

BIBLIOTHECA PATRISTICA

*Comentário ao Evangelho de São
Lucas*

São Beda, o Venerável

Fonte: <http://hjb.com.ar/catena/c0.html>

Capítulo 1

Puesto que muchos intentaron ordenar la historia de las cosas que se cumplieron en nosotros (según la relación que nos hicieron de ellas los que desde el principio las vieron por sí mismos, y fueron ministros de la palabra), me ha parecido oportuno, óptimo Teófilo, después de haberme informado diligentemente de todas esas cosas desde su principio, escribírtelas por orden, a fin de que conozcas la virtud de aquellas palabras que te fueron anunciadas. (vv. 1-4)

Cita otros muchos, no tanto por el número, cuanto por la multitud de herejías que encierran. Porque, como sus autores no estaban inspirados por el Espíritu Santo, hicieron un trabajo inútil, toda vez que tejieron la narración a su gusto, sin cuidarse de la verdad histórica. Sin embargo, Mateo y Juan en muchas cosas que escribieron, tuvieron la necesidad de aprenderlas de aquellos que habían podido conocer la infancia del Señor, su juventud, su genealogía y habían presenciado sus acciones.

Teófilo significa el que ama a Dios, o amado por Dios. Que todo el que ama a Dios, o desea ser amado por Dios, crea que el Evangelio ha sido escrito para él y que se le ha concedido como regalo, con encargo de que conserve una joya tan preciosa. No da a conocer a Teófilo la razón de cosas nuevas y desconocidas, sino que promete exponerle la verdad de las cosas, acerca de las cuales está ya instruido, cuando añade: "Para que conozcas la verdad de aquellas palabras que has aprendido". Esto es, para que puedas conocer todo lo que se te ha dicho acerca del Señor, o se ha hecho por El.

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la suerte de Abías; y su mujer de las hijas de Aarón; y el nombre de ella Isabel. Eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprehensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran avanzados en sus días. (vv. 5-7)

El tiempo de Herodes, esto es, de un rey extranjero, atestigua la venida del Señor. Se había predicho: "No faltará un príncipe de Judá, ni un jefe de su familia hasta que venga el que ha de ser enviado" (Gén 49,12). Desde que los judíos salieron de Egipto fueron regidos por jueces, sacados de su misma gente, hasta el profeta Samuel y después por reyes hasta la cautividad de Babilonia. Después de la vuelta de Babilonia, la suprema autoridad era ejercida por los sacerdotes, hasta Hircano, que fue rey y sacerdote a la vez. Muerto éste por Herodes, el reino de Judea fue entregado para su gobierno, por mandato de César Augusto, al mismo Herodes, extranjero; en cuyo año trigésimo primero vino el que había de ser enviado, según la dicha profecía.

San Juan nació de linaje sacerdotal, para que con tanto más poder anunciase la permanencia del sacerdocio, cuanto apareciese que él pertenecía a la raza sacerdotal. Habían príncipes del santuario (esto es, sumos sacerdotes) tanto entre los hijos de Eleazar como entre los de Tamar, cuyos turnos para entrar en la casa del Señor -según sus ministerios- los dividió David en veinticuatro, tocándole a la familia de Abías (de la cual nació Zacarías) el octavo. (1Cro 24,10). No sin motivo el primer anunciador del Nuevo Testamento nace con los derechos del octavo grupo. Pues así como el Antiguo Testamento se expresa muchas veces con el número siete, a causa del sábado, así también el Nuevo Testamento se expresa algunas veces con el número ocho, a causa del misterio del domingo, o de la resurrección del Señor, o de la nuestra. San Juan fue engendrado de padres justos, a fin de que pudiese dar a los pueblos preceptos de justicia con tanta más confianza cuanto que él no los había aprendido como nuevos, sino que los guardaba como recibidos de sus antepasados por derecho hereditario, de donde sigue: "Pues eran ambos justos delante de Dios".

Y aconteció, que ejerciendo Zacarías su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez, según la costumbre del sacerdocio, salió por su suerte a poner incienso, entrando en el templo del Señor. Y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. (vv. 8-10)

Dios constituyó por medio de Moisés un sumo sacerdote, a quien mandó que sucediese otro, por orden, cuando aquél hubiese muerto. Esto se vino observando hasta el tiempo de David, a quien se le mandó por Dios que instituyese muchos. Por eso ahora se afirma que Zacarías ejercía el sacerdocio en el turno de su grupo, cuando se dice: "Y aconteció que ejerciendo Zacarías su ministerio de sacerdote delante de Dios, en el orden de su vez, según la costumbre del sacerdocio, salió por su suerte", etc.

No fue ahora elegido por una nueva suerte cuando había de entrar a ofrecer el incienso, sino por la suerte primera cuando sucedió a Abías en el orden de su pontificado. Prosigue: "Y toda la multitud del pueblo", etc. El incienso era llevado por el pontífice al Sancta Sanctorum, esperando todo el pueblo fuera del templo el día décimo séptimo de cada mes, según estaba mandado. A este día se le llamó de expiación o de propiciación. Exponiendo el Apóstol a los hebreos el misterio de este día, les manifiesta que Jesús es verdadero Pontífice, que subió a los cielos por su propia sangre, para reconciliarnos con el Padre, e interceder por los pecados de aquellos que todavía esperan orando a la puerta.

Y se le apareció el Angel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso. Y Zacarías, al verle, se turbó: y vino temor sobre él. Mas el Angel le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel te parirá un hijo, y le darás el nombre de Juan: Y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos con su nacimiento". (vv. 11-14)

Es un indicio de un mérito singular el que Dios imponga o anuncie el nombre a un hombre. Juan significa en quien hay gracia o gracia del Señor; con cuyo nombre se manifiesta la gracia concedida, primero a sus padres, a quienes siendo ya viejos, se les dice que les nacerá un hijo. Después, al mismo San Juan, que había de ser grande delante de Dios y, finalmente, a los hijos de Israel, a quienes había de convertir al Señor. De donde prosigue: "Y tendrás gozo y alegría".

"Porque será grande delante del Señor. Y no beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, que es el Dios de ellos. Y marchará delante de él con el espíritu y la virtud de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto". (vv. 15-17)

La sidra quiere decir ebriedad, con cuya palabra los hebreos significan todo lo que puede embriagar -ya se forme de frutas, ya de uvas, ya de cualquier otra materia-. Estaba mandado en la ley de los Nazireos el privarse de vino y de sidra durante el tiempo de la consagración 1, de donde San Juan y los demás, que como él pudiesen ser siempre nazireos -esto es, santos- debían cuidar de abstenerse de estas bebidas. Pues no conviene que se embriague de vino, en el cual está la lujuria (Ef 5), aquel que quiere ser lleno del mosto del Espíritu. Así el que huye de la embriaguez del vino será repleto de la gracia del Espíritu Santo. He aquí por qué se añade: "Y será lleno del Espíritu Santo". Cuando se dice que San Juan -el cual dando testimonio de Jesucristo bautizaba a los pueblos en su fe- convirtió a los hijos de Israel al Señor su Dios, resulta evidente que Jesucristo es el Dios de Israel. Cesen, pues, los arrianos de negar que Cristo sea el Señor Dios. Ruborícense los fotinianos, dando a Cristo principio en la Virgen. Dejen de creer los maniqueos que uno es el Dios de Israel y otro el Dios de los cristianos. Lo que fue predicho por Malaquías (Mal 4,5-6) de Elías, esto mismo se dijo por medio de un ángel acerca de San Juan cuando se añade: "Para que convierta los corazones de los padres hacia los hijos", infundiendo la ciencia espiritual de los santos antiguos, cuando predicaba a los pueblos. Y a los "incrédulos a la prudencia de los justos" que es no pretender ser justos a partir de las obras de la ley, sino buscar la salvación con la fe. (Rom 10.) Como dijera que Zacarías, orando por el pueblo, había sido oído, añade: "Para preparar al Señor un pueblo perfecto". En lo cual enseña cómo debe un mismo pueblo salvarse y perfeccionarse; a saber, haciendo penitencia según la predicación de San Juan, y creyendo en Jesucristo.

Y dijo Zacarías al Angel: "¿En qué conoceré esto? porque yo soy viejo y mi mujer está avanzada en días". Y respondiendo el Angel, le dijo: "Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y soy enviado a hablarte y traerte esta feliz nueva: Y he aquí que serás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que se hagan estas cosas, porque no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo". Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se admiraba de que tardase en el templo. Y cuando salió no les podía hablar, y entendieron que había visto visión en el templo. Y él se lo significaba por señas, y permaneció mudo. (vv. 18-22)

Como si dijese: a un hombre que prometiese tales prodigios, sería permitido pedirle un signo; pero cuando es un Angel quien promete, ya no conviene dudar. Sigue: "Y soy enviado a hablarte", etc. Debe notarse aquí que el ángel afirma al mismo tiempo que él está delante de Dios y es enviado a evangelizar a Zacarías. Le concede la señal que pide para que el que ha hablado no creyendo, aprenda a creer callando. Y por ello prosigue: "Y he aquí que tú quedarás mudo".

Y aconteció que, cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa: y después de estos días concibió Isabel, su mujer, y estuvo escondida cinco meses, diciendo: "Porque el Señor me hizo esto en los días en que atendió a quitar mi oprobio de entre los hombres". (vv. 23-25)

Cuando los pontífices ejercían sus funciones en el templo, no sólo se abstenían del trato con sus mujeres, sino que se privaban también de entrar en su casa. Por eso dice: "Y aconteció que, cumplidos los días". Por lo mismo que se buscaba entonces la sucesión sacerdotal de la estirpe de Aarón, se procuraba conservar su descendencia en todo tiempo. Y como aquí no se busca la sucesión carnal, sino la perfección espiritual, se manda a los sacerdotes -para que siempre puedan asistir al altar- que guarden castidad. Prosigue: "Después de estos días". Esto es, después de terminados los días del servicio de Zacarías. Todas estas cosas sucedieron en el mes de setiembre, en el día 23 del mismo, cuando convenía que los judíos celebrasen el ayuno de

la fiesta de los tabernáculos, cuando estaba próximo el equinoccio, en el cual empieza la noche a ser mayor que el día. Porque convenía que Cristo creciese y Juan disminuyese. Y no en vano eran entonces los días de los ayunos, porque San Juan había de predicar a los hombres la aflicción de la penitencia.

Prosigue: "Y se ocultaba".

Zacarías puede representar místicamente el sacerdocio de los judíos e Isabel la ley. Esta, explicada por los sacerdotes, debía engendrar hijos espirituales para Dios. Pero no podía por sí sola, porque la ley no condujo a nadie a la perfección (Heb 7). Ambos eran justos, porque la ley es buena (Tim 1) y el sacerdocio era santo en aquel tiempo. Los dos eran ancianos, porque viniendo Jesucristo ya se encorvaban por la vejez. Zacarías entra en el templo, porque es propio de los sacerdotes entrar en el santuario de los misterios divinos. La multitud estaba fuera, porque no podía penetrar las cosas misteriosas. Mientras pone el incensario sobre el altar, sabe que Juan ha de nacer; porque mientras los doctores arden por la flama de la enseñanzas divinas, encuentran la gracia de Dios que había de nacer por medio de Jesús; y esto por el ángel, porque la ley fue dada por medio de los ángeles (Gál 3,19). Sin embargo, Isabel concibe a Juan, porque el interior de la ley abunda en misterios de Cristo. Oculta su concepción durante cinco meses, porque Moisés designa en cinco libros los misterios de Cristo. O también porque la dispensación de Cristo se figura en las cinco edades del mundo por los dichos y hechos de los santos.

Y al sexto mes, el Angel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. (vv. 26-27)

Como la encarnación de Cristo debía tener lugar en la sexta edad del mundo y había de aprovechar para el cumplimiento de la ley, el ángel enviado a María anuncia oportunamente, en el sexto mes de la concepción de Juan, al Salvador que había de nacer. Por eso se dice: "En el sexto mes". El

sexto mes es el de marzo, en cuyo día 25 nuestro Señor fue concebido y se dice que padeció. Así como nació el día 25 de diciembre por lo que si, según algunos creen, en este día tiene lugar el equinoccio de la primavera, o si en aquél creemos que se verifica el solsticio del invierno, conviene que sea concebido y nazca con el incremento de la luz Aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9). Mas si alguno objetare que los días crecen o son mayores que la noche antes del tiempo del nacimiento y de la concepción de nuestro Señor, le contestamos que San Juan anunciaba el reino de los cielos antes de su advenimiento. Digno principio de la restauración humana ha sido que se enviare por Dios un Angel a la Virgen, que había de ser consagrada con un parto divino. Porque la primera causa de la perdición humana fue que la serpiente fuese enviada a la mujer por el espíritu de la soberbia. De aquí se sigue, que el Angel fue enviado a una virgen. Lo cual no sólo se refiere a San José, sino también a la Virgen María. Estaba mandado por la ley que cada uno tomase mujer de su propia tribu o familia. Prosigue el mismo evangelista: "Y el nombre de la Virgen era María". La palabra María en hebreo quiere decir estrella del mar, y en siríaco Señora. Y con razón, porque mereció llevar en sus entrañas al Señor del mundo y a la luz constante de los siglos.

Y habiendo entrado el Angel donde estaba María, le dijo: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres": Y cuando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba qué salutación sería ésta. (vv. 28-29)

Y el Angel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: he aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo y llamarás su nombre Jesús. Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y le dará al Señor Dios el trono de David, su Padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino". (vv. 30-33)

Como había visto que la Virgen se había turbado con aquella salutación no acostumbrada, la llama por su nombre, como si la conociese más familiarmente, y le dice que no debe temer. Por ello se añade: "Y el Angel le dijo: No temas, María". La palabra Jesús quiere decir Salvador o saludable. O l llama casa de Jacob a toda la Iglesia. Esta, o bien ha nacido de buena raíz, o bien, siendo un olivo silvestre, fue injerto por medio de la fe en una oliva buena (Rom 11). Que deje ya Nestorio de decir que el hombre sólo ha nacido de la Virgen y que éste no ha sido recibido por el Verbo de Dios en unidad de persona. Cuando dice que el mismo que tiene por padre a David será llamado "Hijo del Altísimo", demuestra la unidad de persona de Cristo en dos naturalezas. No emplea el ángel palabras que se refieran al tiempo futuro, como dicen algunos herejes, que creen que Jesucristo no existió antes que María, sino que en una sola persona el Hombre-Dios recibe el nombre de Hijo.

Y dijo María al Angel: "¿Cómo se hará esto, porque no conozco varón?" Y respondiendo el Angel, le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso el fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios". (vv. 34-35)

No concebirás, pues, en virtud de la obra de un hombre sino que concebirás por virtud del Espíritu Santo, de quien serás llena. No se darán en ti los ardores de la concupiscencia, puesto que el Espíritu Santo te hará sombra.

"Y he aquí que Isabel, tu pariente, también ella ha concebido un hijo en su vejez. Este es el sexto mes a ella, que es llamada la estéril, porque no hay cosa imposible para Dios". Y dijo María: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y se retiró el Angel de ella. (vv. 36-38)

Así pues, recibe el ejemplo de la anciana estéril no porque haya desconfiado de que una virgen pueda dar a luz, sino para que comprenda

que para Dios todo es posible, aun cuando parezca contrario al orden de la naturaleza. Por esto sigue: "Porque no hay cosa alguna imposible para Dios". Recibido el consentimiento de la Virgen, el ángel regresó inmediatamente al cielo, de donde prosigue: "Y el ángel se separó de ella".

Y en aquellos días, levantándose María, fue con prisa a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y aconteció que cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura dio saltos en el vientre. Y fue llena Isabel del Espíritu Santo. Y exclamó en alta voz y dijo: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde esto a mí, que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque he aquí luego que llegó la voz de la salutación a mis oídos, la criatura dio saltos de gozo en mi vientre. Y bienaventurada la que creíste, porque cumplido será lo que fue dicho de parte del Señor". (vv. 39-45)

Fue bendecida por Isabel del mismo modo que lo había sido por el arcángel, para que se mostrase digna de la veneración a los ángeles y a los hombres. Este es el fruto que se prometió a David: "Pondré sobre tu trono un fruto de tu vientre" (Sal 131,11). Y no debe llamar la atención que el Señor -que había de redimir al mundo- empezase su obra por su propia Madre, a fin de que aquella, por la que se preparaba la salvación a todos, recibiese en prenda -la primera- el fruto de salvación. Todo el que concibe al Verbo de Dios en su inteligencia, sube al punto por la senda del amor a la más alta cumbre de las virtudes, puesto que puede penetrar en la ciudad de Judá -esto es, en el alcázar de la confesión y de la alabanza- y hasta permanecer en la perfección de la fe, de la esperanza y de la caridad "como tres meses" en ella.

Y dijo María: "Mi alma engrandece al Señor". (v. 46)

"Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador". (v. 47)

Porque el espíritu de la Virgen se alegra de la divinidad eterna del mismo Jesús -esto es, del Salvador-, cuya carne es engendrada por una concepción temporal.

"Porque miró la bajeza de su esclava: he aquí que por esto me dirán bienaventurada todas las generaciones". (v. 48)

Aquella cuya humildad se ve, se llama por todos con propiedad bienaventurada; por ello prosigue: "He aquí que desde ahora me dirán bienaventurada", etc. Convenía, pues, que, así como había entrado la muerte en el mundo por la soberbia del primer padre, se manifestase la entrada de la vida por la humildad de María.

"Porque me ha hecho grandes cosas, el que es poderoso y santo el nombre de El". (v. 49)

Esto se refiere al principio del cántico, en donde dice: "Mi alma engrandece al Señor". Sólo aquella alma, en quien Dios se ha dignado hacer cosas grandes, es la que puede engrandecerle con dignas alabanzas. Lo extraordinario de su poder aventaja a toda criatura en el grado más alto, y lo distingue mucho de todas las cosas que ha hecho; lo cual se entiende mejor en el texto griego, en el que se pone la palabra *agion*, que significa como fuera de la tierra.

"Y su misericordia de generación en generación para los que le temen". (v. 50)

Volviéndose desde los dones especiales que ha recibido del Señor hacia las gracias generales, explica la situación de todo el género humano añadiendo: "Y su misericordia de generación en generación a los que le

temen". Como diciendo: No sólo me ha dispensado gracias especiales el que es poderoso, sino a todos los que temen a Dios y son aceptos en su presencia.

"Hizo valentía con su brazo, dispersó a los soberbios en la mente de su corazón". (v. 51)

Describiendo el estado del género humano, demuestra qué es lo que merecen los soberbios y qué los humildes, diciendo "Hizo valentía con su brazo". Esto es, en el mismo Hijo de Dios. Así como tu brazo es con lo que obras, así el brazo de Dios se llama su Verbo, por el que ha fabricado el mundo.

"Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes". (v. 52)

Lo que dijo: "Hizo valentía con su brazo" y lo que había dicho antes: "Y su misericordia de generación en generación", debe unirse a estos versículos; porque, en efecto, en toda la sucesión de las generaciones, los soberbios no cesan de perecer y los humildes de ser ensalzados, por justa y piadosa disposición del poder divino. Por eso se dice: "Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes".

"Llenó de bienes a los hambrientos, y a los ricos dejó vacíos". (v. 53)

"Recibió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Así como habló a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos". (v. 54-55)

Esto es, al obediente y al humilde; porque el que no quiere humillarse, no puede salvarse. Llama descendencia, no tanto a los

engendrados por la carne, como a los que han de seguir las huellas de su fe, y a quienes se ha prometido la venida del Salvador en los siglos.

"Recibió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Así como habló a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos". (v. 54-55)

Esto es, al obediente y al humilde; porque el que no quiere humillarse, no puede salvarse. Llama descendencia, no tanto a los engendrados por la carne, como a los que han de seguir las huellas de su fe, y a quienes se ha prometido la venida del Salvador en los siglos.

Mas a Isabel se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo. Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor engrandeció su misericordia con ella, y se congratulaban. (vv. 57-58)

Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías. Y respondiendo su madre dijo: "De ningún modo, sino Juan será llamado". Y le dijeron: "Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre". Y preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase. Y pidiendo una tableta, escribió diciendo: "Juan es su nombre". Y se maravillaron todos. Y luego fue abierta su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. (vv. 59-64)

En sentido alegórico, la celebrada natividad de Juan es la gracia incoada del Nuevo Testamento, a la cual los vecinos y parientes querían más bien imponer el nombre de su padre que el de Juan. Porque los judíos, que estaban como unidos a él por afinidad con la observancia de la ley, querían más seguir la justicia que procedía de la ley que recibir la gracia de la fe. Pero la madre con palabras y el padre con letras procuran pronunciar el vocablo Juan -esto es, gracia de Dios-. Porque la misma ley, los salmos y los profetas,

predican la gracia de Jesucristo con clarísimos oráculos. Aquel sacerdocio antiguo, con las sombras figurativas de ceremonias y sacrificios, le da también testimonio. Con razón Zacarías habla en el octavo día después de nacido su hijo; porque por medio de la resurrección del Señor, que se verificó dentro del octavo día -esto es, después del día séptimo, o sea el sábado-, se dieron a conocer los secretos del sacerdocio legal.

Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías. Y respondiendo su madre dijo: "De ningún modo, sino Juan será llamado". Y le dijeron: "Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre". Y preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase. Y pidiendo una tableta, escribió diciendo: "Juan es su nombre". Y se maravillaron todos. Y luego fue abierta su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. (vv. 59-64)

En sentido alegórico, la celebrada natividad de Juan es la gracia incoada del Nuevo Testamento, a la cual los vecinos y parientes querían más bien imponer el nombre de su padre que el de Juan. Porque los judíos, que estaban como unidos a él por afinidad con la observancia de la ley, querían más seguir la justicia que procedía de la ley que recibir la gracia de la fe. Pero la madre con palabras y el padre con letras procuran pronunciar el vocablo Juan -esto es, gracia de Dios-. Porque la misma ley, los salmos y los profetas, predican la gracia de Jesucristo con clarísimos oráculos. Aquel sacerdocio antiguo, con las sombras figurativas de ceremonias y sacrificios, le da también testimonio. Con razón Zacarías habla en el octavo día después de nacido su hijo; porque por medio de la resurrección del Señor, que se verificó dentro del octavo día -esto es, después del día séptimo, o sea el sábado-, se dieron a conocer los secretos del sacerdocio legal.

Y Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: "Bendito el Señor Dios de Israel, porque visitó e hizo la redención de su pueblo". (vv. 67-68)

Visitó, pues, el Señor a su pueblo, como desfallecido por una larga enfermedad; y lo redimió, como del pecado, comprándolo con la sangre de su Unigénito Hijo. Y como Zacarías conocía que pronto se iba a sacrificar, según costumbre de los profetas, lo cuenta ya como hecho. Dice, pues: "A su pueblo", no porque le halló suyo cuando vino, sino porque visitándolo lo hizo suyo.

"Y nos suscitó un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo".
(v. 69)

El reino de Cristo Salvador se llama también cuerno de salvación; porque todos los huesos están cubiertos de carne, mas el cuerno supera a la carne. Por eso el reino de Jesucristo se llama cuerno de salvación, con el cual se superan el mundo y los goces de la carne. Para figurar ese reino, David y Salomón fueron consagrados con el cuerno del óleo para gloria de su reino.

"Como habló por boca de sus santos Profetas, que ha habido en todo tiempo". (v. 70)

Dice, pues: "Que ha habido en todo tiempo", porque toda la Escritura del Antiguo Testamento es un anuncio profético de Jesucristo; pues el mismo padre Adán y los demás patriarcas dan testimonio con sus hechos a su ministerio.

"Para salvarnos de nuestros enemigos y de todos los que nos aborrecen".
(v. 71)

Habiendo dicho antes: "Nos ha suscitado un cuerno de salvación", explica a continuación lo que había dicho, añadiendo: "Para salvarnos de

nuestros enemigos", como diciendo: "Nos ha suscitado un libertador de nuestros enemigos y de todos los que nos aborrecen".

"Para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo Testamento: juramento que juró a nuestro padre Abraham, que nos daría". (vv. 72-73)

Había dicho que el Señor nacería de la familia de David, según los vaticinios de los profetas. Dice que nos libertará para cumplir la alianza que hizo con Abraham, porque la reunión de los gentiles y la encarnación de Jesucristo se habían prometido principalmente a estos patriarcas. Pone a David en primer lugar porque a Abraham fue prometida la santa asamblea de la Iglesia, y a David le fue anunciado que Jesucristo nacería de él. Y por tanto, después de lo que se ha dicho de David, añade lo que se refiere a Abraham, diciendo: "Para hacer misericordia con nuestros padres".

"Para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor". (v. 74)

"Con verdadera santidad y justicia ante su acatamiento todos los días de nuestra vida". (v. 75)

Porque aquel que antes de la muerte se separa de su servicio, o mancha con alguna acción impura la justicia de la fe, o la perfección de su conducta, o que pretende manifestarse santo y justo solamente delante de los hombres y no de Dios, no le sirve enteramente libre de las manos de sus enemigos espirituales, sino que, a imitación de los antiguos samaritanos, se afana por servir a la vez al Señor y a los dioses de la gentilidad.

"Y tú, niño, tú serás llamado el Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos". (v. 76)

A menos de admitir que Zacarías, tan pronto como pudo hablar, quisiera publicar los dones futuros de su hijo que él había conocido perfectamente por medio de un ángel. Comprendan, pues, los arrianos cómo Jesucristo, a quien San Juan precedía profetizándolo es llamado Altísimo, como en el Salmo: "El hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la fundó" (Sal 86,5).

"Enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo, para que obtenga el perdón de sus pecados". (v. 77)

Como deseando repetir el nombre de Jesús, esto es, del Salvador, hace mención con frecuencia de la salud. Y para que no se creyera que era la salud temporal la que se prometía, añade: "Para que obtenga el perdón de sus pecados".

Pero los judíos no han recibido a Cristo, prefiriendo esperar al Anticristo, porque no han querido librarse interiormente del dominio del pecado, sino exteriormente del yugo de la servidumbre humana.

"Por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese Sol naciente haya venido a visitarnos de lo alto del cielo". (v. 78)

"Para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz". (v. 79)

Jesucristo se llama Oriente y con mucha propiedad, porque nos dio a conocer el nacimiento de la verdadera luz. Por esto dice: "Para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte", etc.

Mientras tanto el niño iba creciendo, y se fortalecía en el espíritu, y habitó en los desiertos hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel. (v. 80)

El que había de predicar la penitencia pasó la primera época de su vida en los desiertos, para separar más fácilmente de los placeres del mundo a los que habían de aprender oyéndolo. Y así dice: "Mientras tanto el niño iba creciendo".

Capítulo 2

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su stirpe. José subió también de Galilea de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén: pues era de la casa y familia de David, para empadronarse, con María, su esposa, la cual estaba encinta. (vv. 1-5)

Así como el Hijo de Dios, viniendo en carne mortal, nace de una Virgen, dando a entender cuánto le agrada la virtud de la virginidad, así también viniendo al mundo en tiempo de paz enseña a buscarla, dignándose visitar a los que la aman. No pudo haber una señal más clara de la paz que la de reunir a todo el mundo bajo un solo cetro, cuyo moderador Augusto, hacia el tiempo del nacimiento del Señor reinó con tanta paz durante doce años, en que, pacificadas las guerras en todo el mundo, pareció que se cumplía al pie de la letra el vaticinio del profeta, y por esto dice: "Por aquellos días se promulgó un edicto", etc. Dice que este empadronamiento fue el primero, o porque comprendió a todo el mundo -constando como consta que muchos puntos de la tierra habían sido empadronados otras veces en particular-, o porque se llevó a cabo cuando Cirino fue enviado a Siria. Por disposición superior se hizo la inscripción del censo de tal modo que se mandaba que cada cual fuese al pueblo donde había nacido, conforme con lo que sigue: "Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad". Por lo cual sucedió que nuestro Señor fue concebido en un sitio y nació en otro, para evitar así con más seguridad el furor de Herodes. Y prosigue: "José subió también de Galilea", etc. Cumplió perfectamente el nombre de Augusto, porque deseó aumentar los suyos, siendo poderoso para aumentarlos. Así, pues, como cuando mandaba Augusto, y siendo presidente Cirino, iban todos a sus pueblos para inscribirse en el censo, así ahora, mandando Jesucristo por medio de sus doctores (los jefes de la Iglesia), debemos inscribirnos en el censo de la justicia. Nuestra ciudad y

nuestra patria son la eterna felicidad, a la cual debemos ir, creciendo todos los días en las virtudes. La Iglesia Santa con sus doctores, abandonando el trato mundano, que es lo que significa Galilea, y subiendo a la ciudad de Judá, que significa confesión y alabanza, paga el censo de su devoción al Rey eterno. Y, a semejanza de la bienaventurada Virgen María, nos concibe virgen por obra del Espíritu Santo. Desposada con Cristo por El, unida de una manera visible al pontífice -su jefe- es colmada de la invisible virtud del Espíritu Santo, dando a entender con su mismo nombre que los esfuerzos del maestro que habla nada valen si, para ser entendido, no recibe el auxilio de la gracia divina.

Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto, y parió a su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. (vv. 6-7)

También el Señor se dignó encarnar en un tiempo en que inmediatamente pudo ser inscrito en el censo del César, sometándose así a la servidumbre por nuestra libertad. Además nace en Belén no sólo para manifestar su distintivo de rey, sino también por el sentido oculto de este nombre.

Pero el Señor no dejará de ser concebido en Nazaret, ni de nacer en Belén hasta la consumación de los siglos, porque cada uno de aquellos que recibiere la flor de su palabra será convertido en habitación del pan eterno, siendo concebido cada día por la fe en el seno virginal, esto es, en el corazón de los creyentes y engendrado por el bautismo.

"Y dio a luz -prosigue- a su hijo primogénito", etc.

También es unigénito, según la divinidad; primogénito, según la acepción humana. Primogénito, según la gracia, y unigénito, según la naturaleza. Aquél, que viste a todo el mundo con tanta variedad de adornos, es envuelto en pobres pañales, para que nosotros podamos recibir la primera vestidura. Las manos y los pies de Aquél que ha hecho todas las cosas son ligados para que nuestras manos estén siempre dispuestas a obrar el bien y nuestros pies a marchar por el camino de la paz. Y se ve en la estrechez de un pesebre duro Aquel a quien el cielo sirve de asiento, para poder ofrecernos

las alegrías del reino de los cielos. Aquél -que es el pan de los ángeles- está recostado en un pesebre para poder fortificarnos como animales santos con el trigo de su carne. El que se sienta a la derecha del Padre se halla en lugar pobre y desabrigado, para prepararnos muchas mansiones en la casa de su Padre (Jn 14). De aquí prosigue: "Porque no hubo lugar para ellos en el mesón". No nace en la casa de sus padres, sino en un mesón, y en el camino, porque por medio del misterio de la encarnación se hizo el camino por el cual nos lleva a la patria, en donde disfrutaremos de la verdad de la vida.

Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercóles con su resplandor una luz divina; lo cual les llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: "No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandiosísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo o Mesías, el Señor nuestro: y sirvaos de señal que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre". (vv. 8-12)

En todo el antiguo testamento no encontramos que los ángeles, que con tanta frecuencia se aparecían a los patriarcas, se apareciesen rodeados de luz. Esta gracia debía estar reservada al tiempo en que ha nacido entre las tinieblas la luz para los de corazón recto (Sal 111), y prosigue: "Y cercóles con su resplandor una luz divina".

La infancia del Salvador se nos ha dado a conocer con frecuencia por la voz de los ángeles y por los testimonios de los evangelistas, con el objeto de que se grabe más profundamente en nuestros corazones lo que se ha hecho por nosotros. Y debe notarse que la señal del nacimiento del Salvador no es la púrpura de Tiro, sino los pobres pañales que lo envolvían; no hemos de encontrarlo en cunas doradas, sino en pesebres. Aquellos pastores de rebaños representan, pues, a los doctores y directores de las almas fieles. La noche durante la cual velaban sobre sus rebaños, representa los peligros de las tentaciones, respecto de las cuales los pastores no deben dejar de precaverse y vigilar a los demás que les están encomendados. Velan

con mucha razón los pastores sobre sus rebaños cuando nace el Señor, porque ha nacido Aquel que dice: "Yo soy el buen pastor" (Jn 10,11), y se acercaba el tiempo en que este mismo pastor había de atraer a sus ovejas, que andaban errantes, a los pastos de la vida eterna.

Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial alabando a Dios y diciendo: "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". (vv. 13-14)

Para que no pareciese pequeña la autoridad de un solo ángel, después que anunció uno el misterio del nacimiento nuevo, apareció inmediatamente una multitud de ángeles del cielo, y por esto dice: "Y al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial". Con toda propiedad se llama milicia celestial al coro de ángeles que viene, porque obedece humildemente a aquel poderoso jefe que apareció para destruir las potestades del aire. Y El mismo, para que estas potestades enemigas no puedan tentar a los mortales tanto cuanto quieren, las confunde fuertemente con las armas del cielo. Porque el que ha nacido es Dios y hombre a la vez, y por tanto se canta con razón: "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", conforme a las palabras del evangelista. Un sólo ángel, un enviado, es quien anuncia que ha nacido Dios, según la carne, y al punto una multitud de espíritus celestiales prorrumpe en alabanzas al Señor. De este modo rinde culto a Cristo y nos intruye con su ejemplo para que, cuando uno de nuestros hermanos pronuncie una palabra de la ciencia sagrada, o cuando nosotros mismos pensemos en cosas piadosas, inmediatamente demos alabanzas a Dios con nuestro corazón, con nuestra palabra y con nuestras obras. Desean también la paz en la tierra para los hombres, añadiendo: "Y paz en la tierra a los hombres" porque, habiendo nacido el Salvador según la carne, respetan como compañeros ahora a los que despreciaron antes como enfermos y abatidos. Para qué hombres piden los ángeles la paz, lo manifiestan diciendo: "A los hombres de buena voluntad", esto es, para aquellos que reciben bien el nacimiento del Señor. Así pues, no hay paz para

los impíos (Is 57), pero sí la hay abundante para los que aman el nombre de Dios (Sal 118).

Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Pasemos hasta Belén, y veamos este prodigio que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado". Vinieron, pues, a toda prisa, y hallaron a María y a José, y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto les había dicho de este Niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado. María empero conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar al Señor por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había anunciado por el ángel. (vv. 15-20)

No dijeron verdaderamente: Veamos al Niño, sino que dijeron porque velaban: "Veamos al verbo que ha sido hecho". Esto es, cómo el Verbo, que ha existido siempre, ha sido hecho carne por nosotros, porque este mismo Verbo es el Señor. Prosigue pues: "Y veamos este prodigio que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado", esto es, veamos cómo el Verbo se ha hecho a sí mismo, y se nos ha mostrado en su carne.

Está en el orden natural que, una vez celebrada dignamente la encarnación del Verbo, se venga a contemplar su misma gloria. Sigue, pues: "Y viéndole, se certificaron de cuanto se les había dicho", etc.

Guardando, pues, las leyes del decoro virginal, no quería decir a nadie los misterios de Cristo que conocía, pero comparaba lo que ella había leído que debía suceder con lo que veía que venía sucediendo, no explicándolo con palabras, sino conservándolo encerrado en su corazón.

Esto es, de los ángeles. "Y que habían visto" (a saber, en Belén), según se les había anunciado por el ángel. Es decir, que glorificaban a Dios porque habían encontrado lo que se les había dicho; y, como se les había

advertido, daban gloria al Señor y le dirigían sus alabanzas, porque así se lo habían enseñado los ángeles, no mandándoselo con la palabra, sino mostrándoles el ejemplo de su devoción cuando cantaron: "Gloria a Dios en las alturas".

En sentido místico, los pastores de los rebaños espirituales, o más bien todos los fieles, van a imitación de estos pastores con su contemplación hasta Belén, y celebran la encarnación de Cristo con grandes homenajes. Vamos también nosotros, renunciando a todas las concupiscencias carnales y con todo el fervor de nuestra alma hasta la Belén del cielo. Es decir, hasta la casa del pan vivo, para que merezcamos ver reinando en el solio de su Padre a Aquel a quien vieron los pastores suspirando en el pesebre. No debe buscarse tanta felicidad con tibieza e indiferencia, sino que deben seguirse las huellas de Jesucristo con alegría. Cuando los pastores lo vieron, le conocieron. También nosotros debemos abrazar con suma diligencia y alegría todo lo que se nos ha dicho de nuestro Salvador, para que podamos comprenderlo con pleno conocimiento en la otra vida.

Los pastores del rebaño divino se transportan a las puertas de Belén contemplando la vida de los antiguos patriarcas, que es en la que se conserva el pan de vida, y no encuentran allí otra cosa que la pureza virginal de la Iglesia, representada en María; la poderosa congregación de los doctores espirituales, representados en José; y la humilde venida de Jesucristo, expuesta en las páginas de la Sagrada Escritura como al Niño Jesús reclinado en el pesebre. Los pastores no guardaron en silencio lo que habían visto, en lo que se manifiesta que los pastores de la Iglesia se ordenan para enseñar a sus oyentes lo que aprenden en las Sagradas Escrituras. También los maestros de los rebaños espirituales, ora se elevan contemplando las cosas del cielo, mientras los demás duermen, ora recorren con estudio los ejemplos de los fieles, ora vuelven a su ministerio pastoral para enseñar al pueblo.

Hasta el que parece observar una vida retirada ejerce el cargo de pastor si, reuniendo gentes de buenas acciones y de pensamientos puros, se

propone gobernarlas con una moderación perfecta, nutrirlas con el pasto de las Escrituras y preservarlas de las asechanzas de los demonios.

Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, le fue puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido. (v. 21)

Una vez expuesta la natividad del Señor, el evangelista continúa diciendo: "Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño". También para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia y favorecer con su compasión a los que, viviendo bajo la ley, no habían podido llevar su yugo, para que el que había venido revestido de una carne semejante a la del pecado, no rechazase el remedio con el cual se acostumbraba purificar la carne de pecado. Porque la circuncisión prescrita en la ley obraba entonces la misma cura saludable contra la llaga del pecado original, que ahora el bautismo después de la gracia revelada, con la diferencia de que no se podía entrar en el reino de los cielos, sino solamente hallar después de la muerte el consuelo del descanso de la paz celestial en el seno de Abraham y esperar con dulce esperanza la entrada en la gloria. Sucedió que se le impuso el nombre en el mismo día de su circuncisión, a imitación de lo que se observaba antiguamente. Así Abraham, que fue el primero que recibió el sacramento de la circuncisión, mereció ser bendito con la amplificación de su nombre en el día que lo recibió (Gén 17.).

En su resurrección también fue figurada nuestra doble resurrección, la de la carne y la del espíritu, porque Jesucristo circuncidado enseñó a nuestra naturaleza que debe purificarse ahora por sí misma de la mancha de sus vicios, y que en el último día será restaurada de la corrupción de la muerte. Y así como el Señor resucitó dentro del octavo día, esto es, después del séptimo, que es el sábado, así también después de las siete edades de este mundo y después de la séptima, que es el sábado de las almas, y que ahora se

pasa esperando en la otra vida, habremos de resucitar como en la octava edad.

Sus escogidos también se alegran de participar de este nombre en su circuncisión espiritual, porque así como cristianos viene de Cristo, así salvados viene de Salvador, cuyo nombre les ha sido concedido por el Señor, no sólo antes de ser concebidos en el seno de la Iglesia por la fe, sino aun antes de todos los siglos.

Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la Madre, según la ley de Moisés, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor: y para presentar la ofrenda de un par de tórtolas o dos palominos, como está también ordenado en la ley del Señor. (vv. 22-24)

Si examinamos detenidamente las palabras de la ley, hallaremos ciertamente que la misma Madre de Dios, como no había concebido por obra de varón, no estaba obligada al precepto legal. Porque no era considerada como inmunda toda mujer que alumbrase, sino sólo aquella que alumbrase por obra de varón, por lo cual se distinguía aquella que había concebido y dado a luz siendo virgen. Pero, para que nosotros nos viésemos libres del yugo de la ley, María, como Cristo, se sometió espontáneamente a ella.

Después de treinta y tres días de su circuncisión, es presentado al Señor, dando a entender de una manera mística que ninguno, si no está circuncidado de sus vicios, es digno de presentarse delante de Dios, y que todo el que no esté libre de los nexos del cuerpo mortal, no puede disfrutar perfectamente de los goces de la ciudad eterna.

Prosigue: "Como está escrito en la ley del Señor".

Las palabras "que abriere matriz" se refieren al primogénito del hombre y del animal, porque estaba mandado que uno y otro debía consagrarse al Señor, y por tanto, pertenecían al sacerdote, pudiendo recibir una ofrenda por el primogénito del hombre y redimir a todo animal inmundo. Las palabras: "Que abriere matriz", se refieren al modo con que se verifica el nacimiento. Pero no se ha de creer que el Señor destruyera por su

nacimiento la virginidad del seno sagrado que había santificado aposentándose en él. Además la paloma que vuela en compañía de otras, representa la agitación de la vida activa, y la tórtola, que goza en la soledad, representa las alturas de la vida contemplativa. Y como estas dos ofrendas son igualmente agradables al Creador, no dice San Lucas si fueron tórtolas o pichones los que fueron ofrecidos al Señor, a fin de no dar la preferencia a uno de estos dos órdenes de vida, enseñándonos a seguir ambos a dos.

Esta era la ofrenda de los pobres porque el Señor había mandado en la ley que los que pudiesen ofrecer un cordero por el hijo o por la hija, ofreciesen a la vez la tórtola o la paloma; pero que los que no pudieran ofrecer un cordero, ofreciesen dos tórtolas o dos pichones. Así el Señor, siendo rico, se dignó hacerse pobre, para hacernos participantes de sus riquezas por su pobreza. La paloma representa la candidez y la tórtola la castidad; porque la primera ama la sencillez, y la última la castidad, de tal modo que, si por casualidad pierde su compañera no vuelve a buscar otra. Por esta razón se ofrece una tórtola y una paloma al Señor en holocausto, porque el trato sencillo y honesto de los fieles es un sacrificio agradable a su justicia.

Pero aunque estas aves son por su costumbre de gemir el emblema de la tristeza presente de los santos, se diferencian, sin embargo, en que la tórtola vuela sola por los bosques, mientras que la paloma acostumbra a volar en compañía de otras, por lo cual la una representa las lágrimas ocultas de nuestras oraciones, y la otra las públicas reuniones de la Iglesia.

Había a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba la consolución de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. El mismo Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo ungido del Señor. Así vino inspirado de El al templo. Y al entrar sus padres con el niño Jesús para practicar con El lo prescrito por la ley, tomándole Simeón en los brazos. (vv. 25-28)

Difícilmente se guarda la justicia sin el temor. No me refiero al de vernos privados de los bienes temporales (el amor perfecto lo rechaza), sino

al santo temor de Dios que dura en el siglo; porque cuanto más ama el justo a Dios, con tanto más cuidado evita el ofenderlo.

Ver la muerte significa sufrirla, y muy feliz será aquél que antes de ver la muerte de la carne haya tratado de ver con los ojos de su corazón al Cristo o ungido del Señor, tratando de la Jerusalén celestial y frecuentando los umbrales del templo del Señor, esto es, siguiendo los ejemplos de los santos (en quienes habita el Señor). Esta misma gracia del Espíritu Santo, que le había hecho antes conocer al que había de venir, hizo que lo reconociera cuando vino. Por ello sigue: "Así vino inspirado de El al templo".

Aquel hombre justo recibió al niño Jesús en sus brazos, según la ley, para demostrar que la justicia de las obras, que, según la ley, estaban figuradas por las manos y los brazos, debía cambiarse por la gracia humilde, ciertamente, pero saludable de la fe evangélica. Tomó el anciano al niño Jesús, para demostrar que este mundo, ya decrepito, iba a volver a la infancia y la inocencia de la vida cristiana.

Bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu palabra, porque han visto ya mis ojos al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea la brillante, que ilumine a los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel". (vv. 29-32)

También la luz de las naciones debía ser mencionada antes que la gloria de Israel, porque cuando haya entrado la totalidad de ellas, entonces todo Israel será salvo. (Rom 10,15-26.)

Su padre y su Madre escuchaban con admiración las cosas que de El se decían. Y los bendijo Simeón, y dijo a María, su Madre: "Este niño que ves está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel y para ser el blanco de la contradicción, lo que será para ti misma una espada que

traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones". (vv. 33-35)

Llama a José padre del Salvador, no porque fuese su padre verdaderamente (según los fotinianos), sino porque era considerado como padre por todos para conservar el buen nombre de María.

En ninguna historia se lee que la Santísima Virgen María muriera herida por alguna espada, especialmente cuando, no el alma, sino el cuerpo es quien puede ser atravesado por el hierro. Por tanto, debemos entender que la espada que traspasó su alma fue aquella de que se dice: "Y la espada en los labios de ellos atravesó su alma" (Sal 58,8), esto es, refiriéndose al dolor de la Virgen por la pasión del Señor. La cual, aun cuando aparecía que Jesucristo moría por voluntad propia (como Hijo de Dios) y aun cuando no dudase que habría de vencer a la misma muerte, sin embargo, no pudo ver crucificar al Hijo de sus entrañas sin un sentimiento de dolor.

Mas hasta la consumación de los siglos, la espada de la más dura tribulación no cesará de traspasar el alma de la Iglesia, al ver que, aunque resucitan muchos con Cristo, una vez oída la palabra de Dios, son muchos también los que niegan y persiguen la fe. También cuando se ve que revelados los pensamientos de muchos corazones en que se ha sembrado la buena semilla del Evangelio, la cizaña de los vicios prevalece, o es la única que germina en ellos.

Vivía entonces una profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada, y la cual, casada desde la flor de ella, vivió con su marido siete años; y habíase mantenido viuda hasta los ochenta y cuatro de edad, no saliendo del templo, y sirviendo en él a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Esta, pues, viniendo a la misma hora, alababa igualmente al Señor, y hablaba de El a todos los que esperaban la redención de Israel. (vv. 36-38)

Según el sentido místico, Ana significa la Iglesia, que en la actualidad ha quedado como viuda por la muerte de su esposo. También el

número de los años de su viudez representa el tiempo de la peregrinación del cuerpo de la Iglesia lejos del Señor. Siete veces doce hacen ochenta y cuatro; siete expresa la marcha del tiempo que gira en siete días, y doce que pertenecen a la perfección de la doctrina apostólica. Por esto, tanto la Iglesia universal, como cualquier alma fiel, que procure pasar todo el tiempo de la vida según la doctrina de los apóstoles, se puede decir que ha servido al Señor por espacio de ochenta y cuatro años. También concuerda bien con esto el tiempo de siete años, que esta viuda había vivido con su marido. Porque en virtud de un privilegio de la majestad del Señor, que El mismo en carne mortal nos ha explicado, el número de siete años es signo que expresa un número perfecto. También el nombre de Ana se conforma mucho con la Iglesia, porque su nombre significa gracia. Es hija de Fanuel que quiere decir cara de Dios, y desciende de la tribu de Aser, que quiere decir bienaventurado.

Jesús y María, cumplidas todas las cosas ordenadas en la ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Entre tanto el Niño iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia del Señor estaba en El. Iban sus padres todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. (vv. 39-41)

San Lucas omite esto, porque sabía que San Mateo lo había expuesto con mucho detenimiento. A saber, que el Señor, después de todas estas cosas (para evitar que Herodes lo encontrase y lo matase) fue llevado por sus padres a Egipto, y volvió a Galilea del mismo modo después que hubo muerto Herodes, empezando a vivir en su ciudad Nazaret. Los evangelistas suelen omitir así las cosas que ven ya referidas, o que el Espíritu les hizo prever que habían de serlo por otros, de manera que prosiguen su narración, sin que aparezca que omitieron nada. Pero el lector solícito, que examina la escritura de otro evangelista, encuentra lo que ha sido omitido. Omitiendo muchas cosas, San Lucas dice: "Cumplidas todas las cosas", etc. Debe advertirse la distinta significación de estas palabras, porque Nuestro Señor Jesucristo en cuanto era niño (esto es, en cuanto se hallaba revestido del hábito de la humana fragilidad), debía crecer y fortalecerse.

"Porque la plenitud de la Divinidad habitaba corporalmente en El" (Col 2,9). Y la gracia porque a Jesucristo, hombre, le fue concedida la gran gracia de que desde que empezó a ser hombre fuese perfecto y fuese Dios, mucho más si consideramos que era Verbo de Dios y Dios mismo, y no necesitaba fortificarse, ni debía crecer. Todavía siendo niño, tenía la gracia de Dios, para que, como todas las cosas en El eran admirables, lo fuese también su niñez, y se cumpliera así la sabiduría de Dios.

Prosigue: "Iban sus padres todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua".

Teniendo el Niño ya doce años cumplidos, habiendo subido a Jerusalén, según solían de aquella solemnidad; acabados aquellos días así que se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien creyendo que venía con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Y como no le hallasen, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba; y cuantos le oían, quedaban pasmados de su sabiduría y sus respuestas. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados. Y le dijo su Madre: "Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, hemos andado buscándote". Y El les respondió: "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?" Mas ellos no entendieron el sentido de su respuesta. (vv. 42-50)

La ida del Señor con sus padres a Jerusalén todos los años por la Pascua, es una señal de humana humildad. Porque es deber del hombre acudir a ofrecer sacrificios al Señor y hacersele propicio por medio de oraciones. Hizo, pues, el Señor entre los hombres, habiendo nacido hombre, lo mismo que Dios había mandado a los hombres por medio de sus ángeles. Por lo que dice: "Según solían en aquella solemnidad". Sigamos, pues, el camino de su vida humana, si nos deleita la idea de ver la gloria de su divinidad. Pero alguno preguntará, cómo el Hijo de Dios, objeto de tanto

cuidado por parte de sus padres, pudo quedar olvidado. A lo que se debe responder que era costumbre entre los israelitas, en los tiempos de las fiestas, bien cuando acudían a Jerusalén, o ya cuando volvían a sus casas, el ir separados los hombres de las mujeres, que los niños podían ir indiferentemente con el padre o con la Madre. Por tanto que San José y la Santísima Virgen, no viendo al niño a su lado, creyeron cada uno por su parte que iría en compañía del otro. Por lo cual sigue: "Antes bien, creyendo que venía con alguno de los de su comitiva", etc. Para manifestar que era hombre, oía humildemente a maestros que al fin eran hombres. Para probar que era Dios, les respondía de una manera sublime cuando le preguntaban. Manifestaba, pues, su lengua una sabiduría divina, pero su edad manifestaba la debilidad humana, por lo que los judíos, turbados y admirados, dudan entre la sublimidad de lo que oyen y la humildad de lo que ven. Nosotros, sin embargo, no debemos admirarnos de ningún modo, porque sabemos por el profeta (Is 9,5) que, aun cuando ha nacido niño para nosotros, siempre es el Dios fuerte. No los reprende porque lo buscan como hijo, sino que les hace levantar los ojos de su espíritu para que vean lo que debe a Aquel de quien es Hijo eterno. Por esto sigue: "No sabíais que yo debo emplearme", etc. Porque les hablaba por cierto de su divinidad.

En seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entretanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres. (vv. 51-52)

¿Qué había de hacer el maestro de la virtud, sino llenar este deber de piedad? ¿Qué había de hacer entre nosotros sino aquello mismo que deseaba hiciésemos nosotros? La Santísima Virgen ya sea porque no entendía estas cosas todavía, o porque las comprendiese, las guardaba en su corazón para examinarlas con más detenimiento. Por lo cual sigue: "Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón".

Capítulo 3

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítida, y Lisania tetrarca de Abilene, hallándose Sumos Sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. (vv. 1-2)

Pilatos, enviado el año duodécimo del imperio de Tiberio César a Judea, se encargó del gobierno del pueblo, y allí permaneció por espacio de diez años continuos hasta casi el fin de Tiberio. Herodes, Filipo y Lisania, eran hijos de aquel Herodes en cuyo tiempo nació el Señor, entre los que se encontraba el mismo Herodes Arquelao, hermano de éstos, que reinó diez años, y que, acusado por los judíos ante Augusto, fue desterrado a Viena, en donde murió. Este mismo Augusto fue el que dividió el reino de Judea en tetrarquías para hacerlo menos fuerte.

Los dos (esto es, Anás y Caifás) eran príncipes de los sacerdotes, cuando San Juan empezó su predicación, pero Anás ejerció en aquel año, y Caifás, cuando fue crucificado Nuestro Señor. En medio del pontificado de estos, hubo otros tres sumos sacerdotes, pero el evangelista sólo hace mención de los que mandaban en el tiempo de la pasión del Señor. Suspendidos los preceptos de la ley, no se concedía el honor del pontificado al mérito ni a la clase, confiriéndose el sumo sacerdocio por la potestad romana. Refiere Josefo, que Valerio Grato nombró pontífice a Ismael, hijo de Bafo (cuando se le quitó el sumo sacerdocio a Anás), pero que también a éste se le quitó poco después, nombrando en su lugar a Eleázaro, hijo del pontífice Ananías. Un año después, separándolo del cargo, nombró para que le sucediese a un tal Simón, hijo de Caifás, quien lo desempeñó no más de un año, teniendo por sucesor a Josefo, (a quien también se le da el nombre de Caifás). Y así se describe todo el tiempo en que Nuestro Señor Jesucristo estuvo predicando, o sea el periodo de cuatro años.

Y vino por toda la ribera del Jordán, predicando un bautismo de penitencia, para remisión de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle será terraplenado, todo monte y cerro rebajado; y los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos allanados: y verán todos los hombres la salud de Dios. Y decía Juan a las turbas que venían a recibir su bautismo: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado que podréis huir de la ira que os amenazaba? Haced dignos frutos de penitencia, y no andéis diciendo: Tenemos por padre a Abraham, porque os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos a Abraham. La segur ya está puesta en la raíz de los árboles; así que todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego". (vv. 3-9)

Y preguntándole las gentes: "¿Qué es, pues, lo que debemos hacer?" Les respondió diciendo: "El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer". Y vinieron también a él publicanos para que los bautizase, y le dijeron: "Maestro, y nosotros, ¿qué debemos hacer?" Respondióles: "No exijáis más de lo que os está ordenado". Le preguntaban también los soldados: Y nosotros, ¿qué haremos?" A éstos dijo: "No maltratéis a nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestras pagas". (vv. 10-14)

Se demuestra el gran valor que tiene la palabra del Bautista, cuando obligó a los publicanos, y los soldados a que le pidiesen consejo respecto de su salvación, por lo que sigue: "Y vinieron también a él publicanos", etc.

Les manda que no exijan más de lo que les está prescrito. Por lo cual sigue: Les respondió: "No exijáis más de lo que os está ordenando". Se llaman publicanos los que recaudan las contribuciones públicas, o los que arriendan los impuestos del fisco o de las rentas públicas, y también los que obtienen ganancia por medio de los negocios de la vida; a todos los cuales, según su oficio, aparta igualmente de todo fraude, para que desde luego no deseen los bienes ajenos, y lleguen después a repartir los suyos con el prójimo. Prosigue: "Le preguntaban también los soldados", etc. Les aconseja

una templanza justa, para evitar que calumnien ni exijan botín de aquellos a quienes debieran ayudar con sus pagas. De aquí prosigue: Y les dijo: "No hagáis extorsiones a nadie (esto es, por violencia), ni lo calumniéis (a saber, por malicia fraudulente) y contentaos con vuestras pagas".

Mas opinando el pueblo que quizá Juan era el Cristo y prevaleciendo esta opinión en los corazones de todos, Juan lo rebatió diciendo públicamente: "Yo en verdad os bautizo con agua; mas está para venir otro más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: El os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego. Tomará en su mano el bieldo, y limpiará su era, metiendo después el trigo en su granero, y quemando la paja en un fuego inextinguible". (vv. 15-17)

¿Cómo les respondió sabiendo que pensaban en su interior que era Cristo, sino porque no sólo pensaban, sino que además le habían enviado sacerdotes y levitas a preguntarle si efectivamente era el Cristo, según refiere el otro evangelista?

Puede entenderse con la palabra fuego el Espíritu Santo, porque abrasa por el amor y por la sabiduría, ilumina los corazones que llena por lo que los apóstoles recibieron el bautismo del Espíritu Santo por medio de un fuego visible. Hay quienes exponen esto así porque al presente debemos ser bautizados por el Espíritu Santo, y en lo futuro por medio del fuego, porque así como renacemos por el agua y el Espíritu a la gracia así entonces seremos purificados de ciertas manchas leves por el bautismo del fuego del purgatorio.

Se entiende por era la Iglesia presente, en la que son muchos los llamados y pocos los escogidos (Mt 20,16). La limpieza de esta era se hace ahora en particular, cuando algún perverso es arrojado de la Iglesia por sus pecados públicos en virtud de castigo sacerdotal, o cuando es condenado después de su muerte por la severidad divina a causa de sus faltas ocultas, y generalmente se cumplirá en el fin, cuando el Hijo del hombre envíe a sus ángeles para que limpien su reino de todo escándalo (Mt 13,41).

Muchas cosas, además de estas, anunciaba al pueblo en las exhortaciones que le hacía. Y como reprendiese al tetrarca Herodes por razón de Herodías, mujer de su hermano, y con motivo de todos los males que había hecho, Herodes añadió a todos ellos el de poner a Juan en la cárcel. (vv. 18-20)

Según el Evangelio de San Juan, el Bautista no fue encarcelado entonces, sino después que Jesucristo hizo algunos milagros, y después que se extendió la fama de su bautismo. San Lucas lo refiere antes de tiempo para hacer ver cuánta era la malicia de Herodes, el cual, viendo que por la predicación de Juan acudían muchos, que sus soldados iban creyendo, que los publicanos hacían penitencia, y que todo el vulgo pedía el bautismo, él, por el contrario, no sólo despreció a San Juan, sino que lo encarceló y lo mató.

En el tiempo en que concurría todo el pueblo a recibir el bautismo, habiendo sido también bautizado Jesús, y estando en oración, sucedió el abrirse el cielo y bajar sobre El el Espíritu Santo en forma corporal como de una paloma, y se oyó esta voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo puestas todas mis delicias". (vv. 21-22)

Porque aunque en el bautismo todos los pecados se perdonan, todavía la fragilidad de la carne no queda fortalecida, porque, cuando pasado el mar Rojo nos felicitamos por la inmersión de los egipcios, nos encontramos con otros enemigos en el desierto de la vida mundana, a los que debemos vencer con nuestro esfuerzo por la gracia de Cristo, hasta que lleguemos a la patria celestial. No se abrió el cielo entonces para Aquél cuyos ojos veían el interior de los cielos; pero allí se manifiesta la virtud del bautismo, del cual cuando cada uno sale encuentra que se abre para él la puerta del reino de los cielos, y mientras que la carne inocente es bañada con las aguas frías, se extingue el fuego de la espada que nos amenazaba en otro tiempo. Como diciendo: He constituido en ti mis complacencias, es decir, cumpliré por medio de Ti lo que me place.

Y el mismo Jesús comenzaba a ser como de treinta años; hijo, según se creía, de José, que lo fue de Helí, que lo fue de Mattat, que lo fue de Leví, que lo fue de Melkí, que lo fue de Janái, que lo fue de José, que lo fue de Mattatías, que lo fue de Amós, que lo fue de Nahúm, que lo fue de Esli, que lo fue de Nangay, que lo fue de Maaz, que lo fue de Mattatías, que lo fue de Semeín, que lo fue de Joséc, que lo fue de Jodá, que lo fue de Joanán, que lo fue de Resá, que lo fue de Zorobabel, que lo fue de Salatiel, que lo fue de Nerí, que lo fue de Melkí, que lo fue de Addí, que lo fue de Cosam, que lo fue de Elmadam, que lo fue de Er, que lo fue de Jesús, que lo fue de Eliezer, que lo fue de Jorim, que lo fue de Matat, que lo fue de Leví, que lo fue de Simeón, que lo fue de Judá, que lo fue de José, que lo fue de Jonam, que lo fue de Eliaquim, que lo fue de Meleá, que lo fue de Menná, que lo fue de Mattatá, que lo fue de Natán, que lo fue de David, que lo fue de Jesé, que lo fue de Obed, que lo fue de Booz, que lo fue de Sala, que lo fue de Naassón, que lo fue de Aminadab, que lo fue de Aram, que lo fue de Esrom, que lo fue de Fares, que lo fue de Judá, que lo fue de Jacob, que lo fue de Isaac, que lo fue de Abraham, que lo fue de Tara, que lo fue de Najor, que lo fue de Serug, que lo fue de Ragáu, que lo fue de Falek, que lo fue de Eber, que lo fue de Sala, que lo fue de Cainam, que lo fue de Arfaxad, que lo fue de Sem, que lo fue de Noé, que lo fue de Lámek, que lo fue de Matusalén, que lo fue de Henoc, que lo fue de Járet, que lo fue de Maleleel, que lo fue de Cainam, que lo fue de Enós, que lo fue de Set, que lo fue de Adam, que lo fue de Dios. (vv. 23-38)

También puede decirse que la edad de treinta años, en la que fue bautizado el Salvador, insinuó también un misterio del bautismo; a saber: a causa de la fe en la Trinidad y el cumplimiento de los preceptos del Decálogo. O de otro modo, Jacob, tomando por mandato de la ley a la mujer de su hermano Helí, muerto sin hijos, engendró a José, hijo suyo según la naturaleza, pero, según la ley, hijo de Helí.

Según el texto hebreo, el nombre y la generación de Cainán no se encuentran ni en el Génesis ni en las palabras de los días, pero se dice que

Arphaxad fue el padre inmediato de Sela (o Salé). Sabed, pues, que Lucas tomó esta generación de la Septuaginta, donde está escrito que Arphaxad, de edad de 135 años, engendró a Cainan, y que éste engendró a Sela, a la edad de ciento treinta años.

Sigue: "Que fue de Arphaxad".

Subiendo el hijo de Dios bautizado hasta Dios el Padre, pone bien en el grado septuagésimo a Enoch, el cual, evitada la muerte, fue trasladado al Paraíso; a fin de significar que aquéllos que son regenerados por agua y del Espíritu Santo en la gracia de la adopción de los hijos (después de la disolución del cuerpo) llegarán un día al eterno descanso. A causa del sábado, que es el día séptimo, el número setenta significa el reposo de aquellos que, con la ayuda de la gracia de Dios, observaron el Decálogo de la ley.

Capítulo 4

Mas Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto. Y allí permaneció cuarenta días, y fue tentado por el diablo. Y nada comió durante aquellos días, y concluidos, tuvo hambre. Entonces el diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios di a esta piedra que se haga pan". Y Jesús le respondió: "Está escrito: El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra de Dios". (vv. 1-4)

A fin de que nadie dudase por qué espíritu quisieron decir los otros evangelistas que fue conducido (o empujado) al desierto, dice oportunamente San Lucas: "Y fue llevado por el Espíritu, durante cuarenta días, en el desierto", a fin de que no se creyese que el espíritu inundo había podido algo contra Aquel, que, lleno del Espíritu Santo, obraba según su voluntad.

Y le llevó el diablo a un monte elevado, y le mostró todos los reinos de la tierra en un momento de tiempo, y le dijo: "Te daré toda esta potestad y la gloria de ellos, porque a mí se me han dado y las doy a quien quiero. Si, pues, postrado delante de mí, me adoraes, tuyas serán todas esas cosas". Y, respondiendo Jesús, le dijo: "Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a El solo servirás". (vv. 5-8)

El diablo, diciendo al Salvador: "Si postrándote me adoras", oye, por el contrario, que él mismo debe más bien adorarlo como su Señor y su Dios. Se preguntará cómo ese precepto (de servir sólo a Dios) puede conciliarse con las palabras del Apóstol, que dice: "Tened un culto de caridad los unos para los otros" (Gál 5,13); pero en el griego *douleia* significa un culto común -esto es, tributado ya a Dios, ya al hombre-; latría *latreia* se llama el culto que es debido a la divinidad. Por lo tanto, por la caridad somos exhortados a servirnos los unos a los otros, lo que en griego se llama

douleuein y somos exhortados a servir sólo a Dios, lo que en griego se llama *latreuein*: por lo que se dice: "Y a El solo servirás", que se dice en griego *latreueis*.

Y le llevó a Jerusalén y le colocó sobre el pináculo del templo, y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está que mandó a sus Angeles que cuiden de ti, y te guarden, y te sostengan con sus manos para que la piedra no hiera tu pie". Y, respondiendo Jesús, le dijo: "Se ha dicho: No tentarás al Señor tu Dios". Y acabada toda tentación, el diablo se retiró de El hasta el tiempo. (vv. 9-13)

Y regresó Jesús por la virtud del Espíritu, a Galilea, y la fama de El se divulgó por todo el país. Y El enseñaba en las sinagogas de ellos, y era engrandecido por todos. Y vino a Nazaret, donde se había criado: y entró, según su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó para leer: y se le dio el libro de Isaías profeta: y abriéndole, halló el lugar en que estaba escrito: El Espíritu del Señor reposó sobre mí, por lo que me ungió; y me envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón, a predicar la remisión a los cautivos, y a los ciegos la vista: poner a los quebrantados en libertad, predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución." Y habiendo cerrado el libro, se lo devolvió al ministro, y se sentó. Y cuantos había en la sinagoga tenían los ojos fijos en El. Y les empezó a decir: "Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos". (vv. 14-21)

La virtud del Espíritu significa los signos de los milagros.

Y como la Sabiduría pertenece a la doctrina y el poder a las obras, ambos se juntan aquí. De donde sigue: "Y El enseñaba en las sinagogas". La palabra griega sinagoga significa en latín congregación, con cuyo nombre los judíos solían llamar, no sólo la asamblea de las turbas, sino también la casa en la que se reunían para oír la palabra de Dios, como nosotros llamamos Iglesia a la reunión de los fieles y al local en que se congregan. Hay, sin

embargo, una diferencia entre sinagoga -que quiere decir congregación- e Iglesia, que significa convocación (asamblea), porque los animales y las demás razas pueden congregarse en un lugar, mientras que sólo se puede convocar a los seres racionales. Por eso a los doctores apostólicos les pareció oportuno que el pueblo de la nueva gracia, que es más digno, se llamase Iglesia más bien que sinagoga. Con razón debía ser glorificado por todos los presentes él que tenía el testimonio de todos los hechos y de todos los oráculos precedentes, cuando sigue: "Y era glorificado por todos".

Reuníanse en las sinagogas el día del sábado, a fin de meditar las enseñanzas de la ley, durante el reposo de las cosas del mundo y en el recogimiento del corazón, de donde sigue: "Y entró, según su costumbre, el día del sábado en la sinagoga".

Es también enviado a evangelizar a los pobres y decirles: "Bienaventurados, pobres, porque vuestro es el reino de los cielos" (Mt 5,3).

O porque está escrito: "Dios no desecha al corazón contrito y humillado" (Sal 50,19); por eso se dice enviado a sanar a los contritos de corazón; según aquella sentencia: "Que sana a los contritos de corazón" (Sal 146,3).

Sigue: "Y anunciar la remisión a los cautivos".

O "poner en libertad a los quebrantados", esto es, enderezar a los que el peso de la ley había encorvado. No sólo el año de la predicación del Señor fue aceptable, sino también aquel en que predicaba el Apóstol, diciendo: "He aquí ahora el tiempo aceptable" (2Cor 6,2). Después del año aceptable del Señor, añade: "Y el día de la remuneración", esto es, extrema, cuando dé a cada uno según sus obras.

Después de haber leído el libro a los que estaban presentes para escucharle, le devolvió al ministro; porque cuando estaba en el mundo hablaba públicamente, enseñando en las sinagogas y en el templo; mas vuelto al cielo, confió el ministerio evangélico a aquellos que le habían visto desde el principio, y que habían sido ministros de su palabra. Leyó de pie, porque, cuando nos explicó las Escrituras que se referían a El, se dignaba obrar en la carne; mas devuelto el libro, se sienta, porque vuelve a ocupar el trono de su celestial reposo. Estar de pie es propio del que obra, sentarse, lo es del que descansa o juzga; así, el predicador de la palabra debe levantarse y leer, esto es, obrar y predicar y sentarse, es decir, esperar el premio del

descanso. Leyó con el libro abierto, porque, enviado el Espíritu de verdad, enseñó toda verdad a la Iglesia. Le entregó cerrado al ministro, porque no todo se puede decir a todos, pero comisionó al doctor para dispensar la palabra según la capacidad de los oyentes.

Sigue: "Y en la sinagoga todos tenían los ojos fijos en El", etc.

Porque el Señor hacía las grandes cosas que aquella Escritura había predicho, y el Señor las anunciaba mayores.

Y todos le daban testimonio, y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: "¿Por ventura no es éste el hijo de José?" Y les dice: "Sin duda me aplicaréis esta semejanza. Médico, cúrate a ti mismo. Cuanto oímos que hiciste en Cafarnaúm, hazlo aquí en tu patria". Dice, pues: "En verdad os digo, que ningún Profeta es bien recibido en su patria. Dígoos en verdad, muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo durante tres años y seis meses, resultando grande hambre en toda la tierra, y a ninguna de aquéllas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y había muchos leprosos en Israel, en tiempo de Eliseo Profeta, y ninguno de ellos fue curado, sino Naamán Siro". (vv. 22-27)

Le daban testimonio, testificando que El era verdaderamente -como había dicho- Aquel de quien cantara el Profeta. Que Cristo es llamado profeta en las Escrituras, lo atestigua Moisés, cuando dice: "Dios os suscitará un profeta de entre vuestros hermanos" (Dt 18,15).

Sidonia quiere decir caza inútil; Sarepta, incendio o escasez de pan; con lo cual se representa a la gentilidad, que, dedicada a la caza inútil -esto es, a las ganancias y a los negocios de la vida-, sufría el incendio de las pasiones carnales, y la escasez del pan espiritual; hasta que Elías -esto es, la palabra profética-, después de haber cesado la inteligencia de las Sagradas Escrituras, por la perfidia de los judíos, vino a la Iglesia, para que, recibido en ella, alimentase y fortificase los corazones de los

Naaman -que quiere decir hermoso-, significa pueblo de las naciones, a quien se manda purificar siete veces, porque el bautismo salva lo que regenera por medio de los siete dones del Espíritu Santo. Su carne

aparece después de la purificación como la de un niño, porque la madre gracia pone a todos en una misma infancia, o porque se hace semejante a Cristo, de quien se dice: "Un niño nos ha nacido" (Is 9,6).

Y se llenaron todos de ira en la sinagoga, oyendo estas cosas, y se levantaron, y le echaron fuera de la ciudad: Y lo llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada la ciudad, para precipitarlo: mas El, pasando por medio de ellos, se fue. (vv. 28-30)

Los judíos son peores, siendo discípulos, que siendo el diablo maestro. Porque aquél dice: "Arrójate al abismo" (Mt 4,6); pero estos intentan arrojarle de hecho. Mas el Salvador, mudando la intención de ellos, o aturdiéndolos, bajó, porque aún les reservaba ocasión de arrepentirse. De aquí prosigue: "Mas El, pasando por medio de ellos, se fue". No había venido aún la hora de su pasión, que debía tener lugar durante la preparación de la Pascua; tampoco se encontraba en el lugar en donde debía suceder la pasión, el cual no se figuraba en Nazaret, sino en Jerusalén, con la sangre de las víctimas; ni tampoco había elegido esta clase de muerte, puesto que todos los siglos anunciaban que sería crucificado.

Y bajó a Cafarnaúm ciudad de la Galilea, y allí les enseñaba en los sábados. Y se maravillaban de su doctrina, porque era con autoridad su palabra. Y había en la sinagoga un hombre poseído de un demonio inmundo, y exclamó en alta voz, diciendo: "Déjanos ¿qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? Conozco bien quién tú eres, el Santo de Dios". Y Jesús le increpó y dijo: "Enmudece y sal de él". Y el demonio, derribándole en medio, salió del cuerpo del endemoniado, y no le hizo daño alguno. Y quedaron llenos de espanto, y se hablaban los unos a los otros, diciendo: "¿Qué cosa es ésta?, porque con poder y con virtud manda a los espíritus inmundos, y salen": Y se difundía la fama de El por todos los lugares de la comarca. (vv. 31-37)

La predicación de un doctor tiene autoridad cuando obra según lo que enseña; mas se desprecia al que desmiente con sus actos lo que predica. Como diciendo: Deja un poco de maltratarme, porque tú no puedes estar conforme con nuestros engaños. El poseído es arrojado en medio de todos por permisión de Dios, a fin de que, manifestada la virtud del Salvador, invite a muchos para emprender el camino de la salvación. De aquí prosigue: "Y el demonio, derribándolo en medio", etc. Parece que lo que dice San Marcos: "Y agitándole con violencia el espíritu inmundo, y dando un gran grito, salió de él" (Mc 1,26) es distinto; a no ser que entendamos que con estas palabras: "Agitándole con violencia", San Marcos quiso decir lo mismo que éstas de San Lucas: "Arrojándole en medio de todos". Por eso cuando sigue: "Y no le hizo daño alguno", se entiende que aquella agitación de miembros, y aquella sacudida, no le hicieron daño, como de ordinario, cuando se amputan y arrancan algunos miembros. Con razón, pues, se admiran de una curación tan completa. Por lo cual sigue: "Y quedaron todos llenos de espanto" etc. Los santos pueden ciertamente expeler a los demonios, (pero sólo en nombre de Dios), mas el divino Verbo ejerce este poder con autoridad propia.

Y saliendo Jesús de la sinagoga entró en casa de Simón. La suegra de Simón padecía recias calenturas, y le rogaron por ella. E inclinándose hacia ella, mandó a la fiebre, y la dejó. Y levantándose al momento, les servía. (vv. 38-39)

Si decimos que aquel hombre librado del demonio representa nuestra alma libre de todo pensamiento malo, deberemos añadir que aquella mujer, afectada por las calenturas y curada en virtud del poder de Dios, representa nuestra carne preservada del ardor de la concupiscencia por los preceptos de la continencia.

Y cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades, se los traían. Y El, poniendo las manos sobre cada uno de ellos,

los sanaba. Los demonios salían de muchos, gritando y diciendo: "Que tú eres el Hijo de Dios": Y reprendiéndoles, no les permitía decir que sabían que El era Cristo. (vv. 40-41)

Los demonios confiesan al Hijo de Dios; por eso después se dice: "Sabían que El era el Cristo". Cuando el demonio le vio fatigado por el ayuno, creyó que era un puro hombre; pero como no pudo triunfar en su tentación, dudó si sería Hijo de Dios; y ahora, por el poder de los milagros, comprende, o más bien, sospecha que es el Hijo de Dios. No persuadió a los judíos a que lo crucificasen porque creyera que no era el Hijo de Dios, sino porque no previó que él mismo sería condenado por su muerte.

Acerca de este misterio, oculto desde la eternidad, dice el Apóstol (1Cor 2,8), "que ningún príncipe de este mundo le ha conocido, porque si le hubieran conocido, nunca hubiesen crucificado al Dios de la gloria".

A los Apóstoles también se les manda callar, no fuera que, conocida la majestad divina, se dilatase la realización de la pasión.

Y cuando fue de día salió para irse a un lugar desierto, y las gentes le buscaban, y fueron hasta donde El estaba. Y le detenían para que no se apartase de ellos. El les dijo: "A las otras ciudades es menester también que yo anuncie el reino de Dios, porque para eso he sido enviado". Y predicaba en las sinagogas de la Galilea. (vv. 42-44)

Si el ocaso del sol es una figura mística de la muerte del Señor, la vuelta del día es el signo de su resurrección; el pueblo creyente lo busca por el resplandor de su luz. Después de haberle hallado en el desierto de las gentes, lo rodea para que no se vaya, especialmente siendo así que esto sucedía en el día siguiente al sábado, en el cual debía verificarse la resurrección.

Capítulo 5

Y aconteció que se agolpaban las gentes hacia El, para oír la palabra de Dios, y El estaba a la orilla del lago de Genesaret. Y vio dos barcas que estaban a la orilla del lago: y los pescadores habían saltado a tierra, y lavaban sus redes. Y entrando en una de estas barcas, que era de Simón, rogó que la apartase un poco de tierra. Y estando sentado, enseñaba al pueblo desde la barquilla. (vv. 1-4)

Aseguran que el lago de Genesareth era el mismo mar de Tiberíades, y que tomó el nombre de mar de Galilea en atención a la provincia que le rodeaba. Genesareth se llama también porque este mar se parece a un lago (que encrespando sus olas parecía que él mismo era quien se agitaba), y en griego quiere decir que engendra la brisa. Sus aguas, en vez de ser tranquilas como las de los lagos, son frecuentemente agitadas por los vientos; son dulces y buenas para beber. Pero en la lengua hebrea se acostumbró a designar con el nombre de mar a toda reunión de aguas, sean dulces o saladas. Místicamente hablando, las dos naves representan al pueblo judío y gentil, los cuales vio el Señor, porque conoce quiénes son los suyos en uno y otro pueblo; y al verlos -esto es, visitándolos con su misericordia-, los conduce a la playa tranquila de la vida futura. Los pescadores son los doctores de la Iglesia, que nos pescan con la red de la fe, y -como a la playa- nos conducen a la tierra de los vivos. Pero estas redes unas veces se tienden a la pesca, otras veces se lavan para plegarlas, porque no todo el tiempo es propicio para la predicación, sino que el Doctor debe hablar unas veces y otras ocuparse de sí mismo. La nave de Simón es la Iglesia primitiva, de quien dice San Pablo: "El que hizo a Pedro Apóstol de los circuncisos" (Gál 2,8). Se dice bien: una barca, porque la multitud de los creyentes tenía sólo un corazón y una alma (Hch 4,32).

Y luego que acabó de hablar, dijo a Simón: "Entra más adentro, y soltad vuestras redes para pescar". Y respondiendo Simón, le dijo: "Maestro,

toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada; mas en tu palabra soltaré la red". Y cuando esto hubieron hecho, cogieron un tan crecido número de peces, que se rompía su red. E hicieron señas a sus compañeros, que estaban en el otro barco, para que viniesen a ayudarlos. Y vinieron, y de tal modo llenaron los barcos, que casi se sumergían. (vv. 5-7)

Se rompe la red pero no escapa el pez, porque el Señor defiende siempre a los suyos contra los escándalos de sus perseguidores. O la otra nave es la Iglesia de los gentiles, la cual, no siendo suficiente una nave, se llena también de peces escogidos; porque el Señor conoce quiénes son los suyos (2Tim 2,19), y sabe el número total de sus elegidos. Aun cuando no encontró a muchos que creyeran en El entre los judíos, sabe perfectamente quienes van a admitir la fe y van a ser premiados con la vida eterna, y busca a los suyos una colocación a propósito en otra nave, llenando también los corazones de los gentiles con la gracia de su fe. La segunda nave se llama cuando se rompe la red. Así, cuando Judas el traidor, Simón Mago, Ananías y Safira y muchos de los discípulos se retiraron, en seguida San Bernabé y San Pablo fueron agregados para el apostolado de los gentiles. Las naves de éstos se llenan con aumento cada día, y se llenarán hasta el fin del mundo. Y que después de llenas se sumergen -esto es, que son amenazadas de naufragio porque no han de ser sumergidas, aun cuando peligren-, el Apóstol lo expone, diciendo: "En los tiempos venideros habrá días peligrosos; y habrá hombres egoístas" (2Tim 3,1-2). Pues sumergirse las naves significa que los hombres, después que fueron elegidos por la fe, recaen en la inmoralidad del siglo.

Y cuando esto vio Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús diciendo: "Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador". Porque él y todos los que con él estaban quedaron atónitos de la presa de los peces que habían cogido. Y asimismo, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y dijo Jesús a Simón: "No temas; desde aquí en adelante serás pescador de los hombres". Y llevadas las barcas a tierra, lo dejaron todo, y le siguieron. (vv. 8-11)

Esto se refería a San Pedro de una manera especial, porque así como entonces cogía los peces por medio de sus redes, más adelante habría de coger a los hombres por medio de la palabra. Le da a conocer, a la vez, el orden de todo lo que había de suceder en la Iglesia -cuyo tipo era él- y que todos los días se viene verificando. Conforta el Señor el temor de los carnales, para que ninguno, temblando a causa de su conciencia culpable, o desalentado a la vista de la inocencia de otros, tema entrar en el camino de la santidad.

Y aconteció que, estando en una de aquellas ciudades, vino un hombre cubierto de lepra; y cuando vio a Jesús, se prosternó contra tierra y le rogó, diciendo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Y Jesús, extendiendo la mano, le tocó, diciendo: "Quiero, sé limpio". Y luego desapareció de él la lepra. Y le mandó que no lo dijese a ninguno: "Mas ve, le dijo, y muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu limpieza, como mandó Moisés, en testimonio a ellos". Y tanto más se extendía su fama: Y acudían muchas turbas para oírle y para ser curados de sus enfermedades. Mas El se retiraba al desierto y oraba. (vv. 12-16)

La perfecta curación de uno sólo excita a muchas turbas a seguir al Señor. De aquí prosigue: "Y acudían muchas turbas para ser curados", etc. Para dar a conocer que el leproso había sido curado interior y exteriormente, le mandó que ocultase el beneficio recibido, pero como dice San Marcos él no calla.

Cuando se retira a orar, no lo atribuyas a la naturaleza, que dice: "Quiero, sé limpio"; sino a aquélla que, extendiendo la mano, toca al leproso. No porque, según Nestorio, haya dos personas del Hijo, sino que en El se dan dos operaciones en una misma persona (porque consta de dos naturalezas).

El leproso representa típicamente al género humano debilitado por los pecados, lleno de lepra "porque todos pecaron y necesitan de la gracia de Dios" (Rom 3,23); para que extendida la mano (esto es, tocando el Verbo

de Dios la naturaleza humana), se purifiquen de sus viejos errores y ofrezcan por la purificación la hostia viva de su cuerpo.

Y aconteció que un día, El estaba sentado enseñando, y había también sentados unos fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los pueblos de la Galilea y de la Judea y de Jerusalén: y la virtud del Señor obraba para sanarlos. Y vinieron unos hombres, que traían sobre un lecho a un hombre que estaba paralítico, y le querían meter dentro y ponerle delante del Señor: mas no hallando por dónde poderlo meter por el tropel de la gente, subieron sobre el tejado y le descolgaron con su cama, poniéndole en medio delante de Jesús. Y cuando vio la fe de ellos dijo: "Hombre, perdonados te son tus pecados". Y los escribas y fariseos comenzaron a decir: "¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" Y Jesús, como entendió los pensamientos de ellos, les respondió y dijo: "¿Qué pensáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Perdonados te son tus pecados; o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados (dijo al paralítico), a ti digo, levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa". Y se levantó luego a vista de ellos, y tomó el lecho en que yacía, y se fue a su casa, dando gloria a Dios. Y quedaron todos pasmados, y daban gloria a Dios. Y penetrados de temor, decían: "Maravillas hemos visto hoy". (vv. 17-26)

Quando el Señor se disponía a curar al paralítico, le perdona primero los pecados, dando a conocer que por sus culpas estaba enfermo, y que sin el perdón de sus pecados no podía recobrar el uso de sus miembros. De donde prosigue: "Y cuando vio la fe de ellos", etc.

Bien dicen: sólo Dios puede perdonar los pecados, el cual los perdona también por medio de aquéllos a quienes da su poder. Y por lo tanto, se prueba que Cristo es verdaderamente Dios, porque puede perdonar los pecados como Dios.

Y se dice bien que la casa de Jesús estaba cubierta de tejas, porque bajo el velo despreciable de las letras se encuentra la virtud de la gracia espiritual.

Y después de esto salió, y vio a un publicano, llamado Leví, sentado en la oficina de los impuestos, y le dijo: "Sígueme": Y levantándose, dejó todas sus cosas, y le siguió. Y le hizo Leví un gran banquete en su casa, y asistió a él un grande número de publicanos y de otros que estaban sentados con ellos a la mesa. Y los fariseos y los escribas de ellos murmuraban, diciendo a los discípulos de El: "¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?" Y respondiendo Jesús, les dijo: "Los sanos no necesitan de médico, sino los que están enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia". (vv. 27-32)

Pero San Lucas y San Marcos, queriendo honrar al Evangelista, callan su nombre vulgar. San Mateo al principio de su Evangelio, acusándose a sí mismo, se llama Mateo y publicano; para que ninguno desespere de su salvación por la enormidad de sus pecados, puesto que él, de publicano que era, fue mudado en Apóstol.

Llama pecadores a aquellos que, reconociéndose de malas acciones y no creyendo que pueden santificarse por medio de la ley, se someten a la gracia de Jesucristo, arrepintiéndose.

Por la elección de San Mateo se expresa la fe de los gentiles, que antes suspiraban por las cosas mundanas, y ahora alimentan el cuerpo de Jesucristo con una tierna devoción.

También se representa aquí la envidia de los judíos, que tanto sienten la salvación de los gentiles.

Y ellos le dijeron: "¿Por qué los discípulos de Juan ayunan tanto y oran, y también los de los fariseos, y los tuyos comen y beben?" A los cuales El dijo: "¿Por ventura podéis hacer que los hijos del Esposo ayunen, mientras con ellos está el Esposo? Mas vendrán días en que el Esposo les será quitado, y entonces ayunarán en aquellos días". Y les decía una semejanza: "No pone

nadie remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque de otra manera el nuevo rompe al viejo, y además no cae bien remiendo nuevo con el viejo, y ninguno echa vino nuevo en odre vieja: porque de otra manera el vino nuevo romperá las odres, el vino se derramará, y se romperán las odres; mas el vino nuevo se debe echar en odres nuevas, y lo uno y lo otro se conserva. Y ninguno que bebe de lo añejo quiere luego lo nuevo, porque dice: mejor es lo añejo". (vv. 33-39)

Todo el tiempo que el Esposo está con nosotros es tiempo de alegría, y por ello no podemos ayunar ni entristecernos. Pero cuando El se separa de nosotros por los pecados, entonces debemos empezar el ayuno, y debe ordenarse el luto.

Nos robustecemos interiormente con el vino, y nos cubrimos exteriormente con el vestido. El vestido son las buenas obras que ajustamos exteriormente, con las que lucimos ante los hombres. El vino es el fervor de la fe, de la esperanza y de la caridad. De otro modo, los antiguos odres son los escribas y los fariseos. El nuevo paño y el nuevo vino son los preceptos evangélicos.

Así los sacramentos de los nuevos misterios no deben administrarse a un alma no renovada, sino que persevera en su antigua malicia. Los que quieren mezclar los preceptos de la ley, como los Gálatas, meten el vino nuevo en odres viejos. Sigue: "Y ninguno que bebe de lo añejo quiere luego lo nuevo, porque dice: el viejo es mejor". En efecto, los judíos, prendados del sabor de la vida antigua, despreciaban los preceptos de la nueva gracia, manchados con las tradiciones de sus mayores, no podían gustar la dulzura de las palabras espirituales.

Capítulo 6

Y aconteció un sábado segundo primero, que como pasase por los sembrados, sus discípulos cortaban espigas, y restregándolas entre las manos, las comían. Y algunos de los fariseos les decían: "¿Por qué hacéis lo que no es lícito en los sábados?" Y Jesús, tomando la palabra, les respondió: "¿Ni aun esto habéis leído que hizo David, cuando tuvo hambre y los que con él estaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, y comió, y dio a los que con él estaban, aunque no podían comer de ellos, sino sólo los Sacerdotes?" Y les decía: "El Hijo del hombre es señor también del sábado". (vv. 1-5)

Como los discípulos no tenían tiempo para comer por la impertinencia de las turbas, tenían hambre como hombres; pero cortando espigas, calmaban su necesidad; lo cual es un indicio de la austeridad de la vida, que no buscaban manjares preparados, sino alimentos simples. Otros dicen que esos cargos se hicieron al mismo Señor; pero pudieron ser dirigidos por diferentes personas al Señor y también a los discípulos; y a cualquiera que se refiriese, el cargo se dirigía a El especialmente. Restregaban las espigas, porque aquéllos que quieren seguir al cuerpo de Jesucristo, hacen morir el hombre antiguo en sus actos, separándole de los pensamientos terrenos.

Y aconteció que, entrando otro sábado en la sinagoga, enseñaba. Y había allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y los escribas y fariseos le estaban acechando por ver si curaría en sábado, para hallar de qué acusarlo. Mas El sabía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: "Levántate y ponte en medio". Y él levantándose se puso en pie. Y Jesús les dijo: "Os pregunto: ¿Es lícito en sábado hacer bien, o hacer mal; salvar la vida o quitarla?" Y mirándolos a todos alrededor dijo al hombre: "Extiende tu

mano". El la extendió, y fue sana la mano: mas ellos se llenaban de furor, y hablaban entre sí, qué harían de Jesús. (vv. 6-11)

En los sábados es cuando especialmente cura y enseña, no solamente para demostrar que el sábado es un día consagrado a Dios, sino también porque los sábados era cuando se reunía gente más solemnemente.

Como el Maestro acababa de excusar con su ejemplo laudable la violación del sábado -que reprochaban a sus discípulos-, ahora le observan a El para calumniarle; de donde prosigue: "Y los escribas y los fariseos le estaban acechando por ver si curaba en sábado", esto es, para si no curaba, argüirle de crueldad o imbecilidad; y si curaba en sábado, considerarlo como infractor de la ley; por esto dice: "Para hallar de qué acusarlo".

Comprendiendo el Señor la calumnia que le preparaban, reprende a aquellos que no interpretan bien los mandamientos de la ley, creyendo que en los sábados no podían hacerse obras buenas, siendo así que la ley únicamente manda abstenerse de los trabajos serviles en el sábado -esto es, de las malas acciones-. Por ello Jesús les dijo: "Os pregunto: ¿Es lícito en los sábados hacer bien", etc.

Este hombre es figura del linaje humano, árido porque no producía obras buenas, desde que representado en su primer padre, alargó la mano para coger la manzana, cuya mala acción enmendó el inocente Hijo de Dios, extendiendo sus manos en la cruz. La mano de la humanidad en la sinagoga estaba seca; porque donde se encuentra mayor copia de los conocimientos, allí comete mayor culpa el que quebranta lo mandado.

Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios. Y cuando fue de día, llamó a sus discípulos: y escogió doce de ellos (que nombró Apóstoles). A Simón, a quien dio el sobrenombre de Pedro, a Andrés su hermano, a Santiago, y a Juan, a Felipe y a Bartolomé, a Mateo y a Tomás, a Santiago de Alfeo, y a Simón, llamado Zelador, y a Judas hermano de Santiago, y a Judas Iscariote, que fue el traidor. (vv. 12-16)

No lo ha llamado por primera vez así, sino mucho antes, cuando llevado por Andrés, le dice: "Tú te llamarás Cephas, que quiere decir Pedro" (Jn 1,42). Y queriendo San Lucas referir los nombres de los apóstoles, teniendo que nombrar a San Pedro por necesidad, da a entender de una manera sencilla que antes no se llamaba así, sino que el Señor fue quien le dio este nombre.

San Mateo por humildad se pospone a Santo Tomás, mientras que los otros evangelistas le colocan primero; prosigue: "A Santiago de Alfeo, y a Simón, llamado el Zelador".

En sentido místico, el monte sobre el que Jesús eligió a sus apóstoles, da a conocer la elevación de la santidad que debía encontrarse en ellos, para que así pudiesen predicarla; por esta razón había sido publicada la ley en la cumbre de un monte.

Y bajando con ellos, se paró en un llano, y la turba de sus discípulos, y un gran gentío de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la marina, y de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle, y a que los sanase de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos eran curados. Y toda la muchedumbre quería tocarle, porque salía de El virtud, y los sanaba a todos. (vv. 17-19)

No dice marina a causa del mar de la Galilea, que estaba próximo, lo cual no sería extraordinario, sino que quiere hablar del gran mar -en el cual ponían también a Tiro y Sidón-, de quienes se dice: "Y de Tiro, y de Sidón", cuyas ciudades, como estaban ocupadas por gentiles, con razón se las llama por su nombre, para que se vea cuánto se había extendido ya la fama y el poder del Salvador, el cual, como había venido a predicar a todas las ciudades, quería enseñar a todas a recibir y a aceptar su doctrina; y así prosigue: "Que habían venido a oírle".

Rara vez se observará que las turbas hayan seguido a Jesús a las alturas, ni que haya curado algún enfermo en la cumbre de un monte; sino que una vez curada la fiebre de las pasiones, y encendida la luz de la ciencia, ha hecho subir a cada uno hasta la cumbre de la perfección evangélica. Las gentes, que pudieron tocar al Salvador, se curaron por la virtud de Este,

como ya hemos visto que el leproso se curó, cuando le tocó el Señor. El tacto del Salvador equivale a la curación, porque el tocarle es tanto como el creer en El, y aquel por quien es

curó, cuando le tocó el Señor. El tacto del Salvador equivale a la curación, porque el tocarle es tanto como el creer en El, y aquel por quien es tocado se cura en virtud de la gracia del Señor.

Y El, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: "Bienaventurados los pobres, porque, vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando os aborrecieren los hombres, y os apartaren de sí, y os ultrajaren, y desecharen vuestro nombre como malo por el Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y regocijaos; porque vuestro galardón grande es en el cielo, porque de esta manera trataban a los profetas los padres de ellos". (vv. 20-23)

Y aun cuando hablaba generalmente con todos, especialmente fijaba sus ojos en sus discípulos. Y prosigue: "Sobre sus discípulos". Para que aquellos que oyen la palabra con atención del corazón, reciban más gracia interior y más luz.

Esto es, bienaventurados los que castigáis vuestro cuerpo y lo reducís a la esclavitud, que en el hambre y la sed os entregáis al ministerio de la palabra, porque habréis de gozar de la abundancia de los goces celestiales.

Nos da a conocer terminantemente el Señor, que no debemos considerar como bueno a cualquiera, sino que hemos de ver que constantemente procure adelantar en el camino de la perfección, a cuya perfección no puede llegarse en esta vida, sino en la otra, como lo dice el Salmista: "Yo me saciaré cuando vea tu gloria" (Sal 16,15). De aquí prosigue: "Porque seréis hartos".

Es bienaventurado el que por las riquezas de la herencia celestial, por el pan de la vida eterna, por la esperanza de las alegrías celestiales, desea sufrir el llanto, el hambre y la pobreza, y aun mucho más bienaventurado aquel que no teme guardar estas virtudes en medio de la adversidad. Por ello

sigue: "Seréis bienaventurados, cuando os aborreciesen los hombres". Aun cuando aborrezcan los hombres con un corazón malvado, no pueden hacer daño al que es amado por Cristo. Prosigue: "Y cuando os apartaren de sí, apartarán también al Hijo del hombre". Porque El resucita para sí a los que mueren con El, y les hace descansar en la eterna bienaventuranza. Prosigue: "Y cuando desecharen vuestro nombre como malo". En esto se refiere al nombre de cristiano, que fue tan ultrajado por los judíos y por los gentiles, cuantas veces se acordaron de El, y también fue despreciado por los hombres, sin que para ello hubiese otro motivo que el odio que tenían al Hijo de Dios, a saber, porque los fieles quisieron tomar su nombre de Cristo. Luego enseña que habrán de ser perseguidos por los hombres, pero que serán bienaventurados, como más que hombres. De aquí prosigue: "Gozaos en aquel día y regocijaos: porque vuestro galardón grande es en el cielo", etc.

Los que dicen la verdad son ordinariamente perseguidos; no obstante, los antiguos profetas no dejaban de predicar la verdad por temor a la persecución.

"¡Mas hay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres, porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos!" (vv. 24-26)

Aquel rico purpurado se saciaba comiendo con esplendidez todos los días; pero sufría aquel cruel "¡ay!" de la sed, cuando suplicaba que un dedo de Lázaro -a quien él había despreciado- le diese una gota de agua.

De otro modo: Si son bienaventurados aquellos que tienen hambre de obras justas, deben por el contrario considerarse como desgraciados aquellos que, satisfaciendo todos sus deseos, no padecen hambre del verdadero bien.

Prosigue: "¡Ay de vosotros los que reís!" etc.

Como la adulación es la que alimenta el pecado, del mismo modo que el aceite alimenta a la llama, y administra fomento a los que arden en la culpa, añade: "¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres", etc.

Se entiende por falsos profetas los que vaticinaban lo futuro, para conseguir la admiración del vulgo. Y por esto el Señor solamente habló en el monte de la bienaventuranza de los buenos, y en el campo explica la desgracia de los malos, en atención a que los que le oían todavía eran ignorantes y se necesitaba inclinarlos a obrar el bien por medio del terror, a la vez que a los perfectos debía invitarse por medio de los premios.

"Mas dígoos a vosotros, que oís: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren mal. Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Y al que te hiere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quite la capa, no le impidas llevar también la túnica. Da a todos los que te pidieren; y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir. Y lo que queráis que os hagan los hombres, eso mismo haced vosotros a ellos". (vv. 27-31)

Como había dicho antes todo lo que se puede sufrir de los enemigos, ahora nos enseña cómo debemos tratar a estos mismos enemigos, diciendo: "Mas dígoos a vosotros, que oís".

Pero con razón se cuestiona: ¿Cómo es que en los profetas se encuentran imprecaciones contra sus enemigos? Pues bien, sépase que los profetas anunciaban en sus imprecaciones lo que debía suceder; no eran votos que expresaban su deseo, sino revelaciones del Espíritu que preveía.

"Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? Porque los pecadores también hacen eso. Y si hicieris bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? Porque los pecadores también hacen esto. Y si prestarais a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores prestan unos a otros, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos: haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada: y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque El es bueno, aun para los malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso". (vv. 32-36)

No solamente reprende el amor y el beneficio de los pecadores, como destituido de mérito, sino también el mutuo, de donde prosigue: "Y si prestarais a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? porque los pecadores también negocian con los pecadores -esto es, prestan- para recibir beneficios iguales".

Ya repartiendo los bienes temporales, ya inspirando los celestiales con singular gracia.

"Y no juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará. Buena medida, y apretada, y remecida y colmada darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis se os volverá a medir". (vv. 37-38)

En esta breve sentencia, condensa todo lo que había mandado hacer respecto de los enemigos, y concluye diciendo: "Perdonad y seréis perdonados". En lo cual nos manda perdonar las injurias y dispensar beneficios, para que se nos perdonen los pecados, y se nos conceda la vida eterna.

Y les decía también una semejanza: "¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? No es el discípulo sobre el maestro; mas será perfecto todo aquel que fuere como su maestro. ¿Y por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que tienes en tu ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga que hay en tu ojo? Hipócrita, saca primera la viga de tu ojo, y después verás para sacar la mota del ojo de tu hermano". (vv. 39-42)

El sentido de esta sentencia pende de las precedentes, en las cuales se manda dar limosnas y perdonar las injurias. Si te cegó -dice- la ira, contra el violento y la avaricia contra el que pide, ¿acaso con tu mente viciada podrás curar el vicio de él? Si Cristo nuestro Maestro -que como Dios pudo vengar

sus injurias- prefirió amansar a sus perseguidores con la paciencia, preciso es que sus discípulos -que son puros hombres- sigan la misma regla.

Esto se relaciona con lo que precede, donde nos dice que un ciego no podía guiar a otro ciego (esto es, que un pecador reprenda a otro). De donde se dice: "¿Cómo puedes tú decir a tu hermano: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga que hay en el tuyo?". Como diciendo: el que comete pecados graves (a lo que llama viga), ¿cómo condena a otro que comete pecados leves, y en ocasiones no comete pecado alguno? Pues esto es lo que la mota significa.

"Porque no es buen árbol el que cría frutos malos, ni mal árbol el que lleva buenos frutos: pues cada árbol es conocido por su fruto: porque ni cogen higos de espinos, ni vendimian uvas de zarzas. El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca bien, y el hombre malo del mal tesoro de su corazón saca mal: porque de la abundancia del corazón habla la boca". (vv. 43-45)

El Señor prosigue hablando contra el hipócrita de este modo: "Porque no es buen árbol el que produce malos frutos", etc. Como diciendo: Si quieres obtener la verdadera virtud y no la falsa, que ostentas por medio de tus palabras, dalo a conocer también por medio de tus obras; porque si el hipócrita quiere aparecer como bueno, no puede considerarse como bueno el que obra mal; del mismo modo que si reprende al inocente, no por eso es malo el que hace buenas obras. O acaso las espinas y la zarza son los cuidados del siglo y las picaduras de los vicios; mientras que el higo y la uva representan la dulzura de la nueva vida y el fervor de la caridad. No salen los higos de los espinos ni se coge la uva de la zarza; porque la inteligencia del hombre viejo, obligada por la costumbre, podrá afectar lo que no es, pero no podrá producir el fruto del hombre nuevo. Sépase, sin embargo, que así como el fértil sarmiento se apoya y enlaza en las zarzas, de suerte que la espina conserva para el uso del hombre un fruto que no es suyo, así los dichos y las acciones de los malos pueden alguna vez aprovechar a los buenos, lo cual no sucede por la voluntad de los malos, sino que se hace de ellos por disposición de Dios. Lo mismo es el tesoro del corazón que la raíz del árbol. Todo aquel que en su corazón tiene el tesoro de la paciencia y del

amor perfecto, produciendo sus óptimos frutos, ama a su enemigo y hace todo lo que el Señor manda, por el contrario el que mantiene un tesoro inútil en su corazón, obra perniciosamente. Por la boca el Señor quiso significar todo lo que de palabra, de obra, o de pensamiento, sale de nuestro corazón. Es costumbre de las Sagradas Escrituras expresar con palabras las obras.

"¿Por qué, pues, me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo? Todo el que viene a mí, y oye mis palabras y las cumple, os mostraré a quién es semejante: semejante es a un hombre, que edifica una casa, el cual cavó, y ahondó, y cimentó sobre la piedra; y cuando vino una avenida de agua, dio impetuosamente la inundación sobre aquella casa, y no pudo moverla, porque estaba fundada sobre piedra. Mas el que oye y no hace, semejante es a un hombre que fabrica su casa sobre tierra, sin cimiento, y contra la cual dio impetuosamente la corriente, y luego cayó: y fue grande la ruina de aquella casa". (vv. 46-49)

Para que alguno no se crea excluido de lo que ha dicho: "De la abundancia del corazón habla la boca", como si solamente las palabras y no las obras fuesen las que se piden al verdadero cristiano, el Señor añade a continuación: "¿Por qué, pues, me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?". Como diciendo: ¿Por qué os jactáis de producir hojas de buena vida, vosotros que no producís fruto alguno de buenas obras?

La piedra es Jesucristo. Ahonda en el cimiento el que por medio de los preceptos de la humildad arranca de los corazones de los fieles todo lo que es terrestre, para que no sirvan a Dios por interés temporal.

Se entiende también por cimiento de la casa la buena intención en el obrar, porque el que oye con buen fin, firmemente cumple los mandamientos del Señor.

La inundación puede verificarse de tres modos: o por medio de los espíritus inmundos, o por medio de los hombres impíos, o por medio de la inquietud del alma o del cuerpo. Y cuando los hombres confían en sus

propias fuerzas, sucumben; mas cuando se adhieren a la piedra firmísima no pueden ser arrollados.

La casa del diablo es todo el mundo que vive y obra el mal, la cual edifica sobre tierra, porque retrae del cielo a la tierra a los que le siguen. Edifica sin cimiento porque el pecado no tiene fundamento puesto, pues no subsiste por sí mismo; el mal no tiene razón de ser, todo lo que se hace estriba en la naturaleza del bien. Además, como la palabra fundamento viene de fondo, podemos tomarle también en el sentido de esta palabra, pues del mismo modo que el que cae en un pozo se detiene en su fondo, así el alma que cae se detiene también como en un fondo, si se detiene en alguna medida de pecado; pero como no puede contentarse con el pecado en que cae, puesto que cada día es peor, no encuentra -por decirlo así- fondo que la detenga en el pozo en que ha caído. Así los malos y los que no son buenos más que en apariencia, resultan peores después de cada tentación que los asalta, hasta que caigan en la pena eterna. De donde prosigue: "Y contra la cual dio impetuosamente la corriente", etc. También puede entenderse por ímpetu del río el discernimiento del juicio final, cuando, destruidas ambas casas, irán los impíos al fuego eterno y los justos a la vida eterna (Mt 25).

Capítulo 7

Y cuando acabó de predicar aquel sermón al pueblo, que le escuchaba, entró en Cafarnaúm. Y había allí, muy enfermo y casi a la muerte, un criado de un Centurión, que era muy estimado de él. Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a El unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a sanar a su criado. Y ellos, luego que llegaron a Jesús, le hacían grandes instancias, diciéndole: "Merece que le otorgues esto, porque ama a nuestra nación, y él nos ha hecho una Sinagoga". Y Jesús iba con ellos. Y cuando estaba cerca de la casa, envió a El el Centurión sus amigos, diciéndole: "Señor, no te tomes este trabajo, que no soy digno de que entres dentro de mi casa; por lo cual, ni aun me he creído digno de salir a buscarte; pero mándalo con una palabra, y será sano mi criado: porque, aunque soy un hombre subalterno, teniendo soldados a mis órdenes, digo a éste: Ve y va, y al otro: Ven y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace". Cuando lo oyó Jesús, quedó maravillado; y vuelto hacia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo: "En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fe tan grande". Y cuando volvieron a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al criado, que había estado enfermo. (vv. 1-10)

Esto significa que, así como nosotros acostumbramos a llamar iglesia, así ellos llamaban sinagoga no sólo a la reunión de fieles, sino al lugar en donde se reunían.

¿Pero quién había introducido en el centurión aquella fe, sino El mismo que se admiraba? Y aun cuando otro se la hubiese inculcado, ¿por qué se admiraba quien todo lo sabe? Nuestro Señor nos da a entender cuando se admira, que nosotros somos los que debemos admirarnos. Todos debemos comprender que, cuando se dice que el Señor experimenta tales emociones, no debe entenderse que su ánimo se perturba, sino que nos enseña como maestro.

No habla refiriéndose a todos los patriarcas y profetas que habían existido antes, sino a los hombres que vivían en aquel tiempo; ante cuya fe prefiere la del centurión, porque aquéllos habían sido instruidos con las

enseñanzas de la ley y de los profetas, y éste creía espontáneamente sin que nadie le enseñase.

San Mateo explica esto más, porque cuando el Señor dijo al centurión (Mt 8,13): "Ve, hágase como creíste", en aquella misma hora fue curado el siervo. Pero era costumbre de San Lucas abreviar y aun omitir enteramente lo que veía suficientemente expuesto por los demás evangelistas. Y lo que omitían o tocaban ligeramente lo dilucidaba con más cuidado.

El centurión cuya fe se prefería a toda la de Israel, representa a los gentiles que habían de ser elegidos, los que, rodeados de las virtudes espirituales, como de una cohorte de cien soldados, son sublimes en perfección. Pues el número cien que se escribe de izquierda a derecha es un signo de la vida celestial. Tales intercesores son necesarios a aquellos que aun viven bajo el temor con espíritu de servidumbre. Mas nosotros que creemos a causa de los gentiles, no podemos ir al Señor por ellos, a quien no es posible ver en la carne, sino que debemos acercarnos a El por la fe. Además debemos enviar a los ancianos de los judíos, esto es, a los hombres más eminentes de la Iglesia, que nos han precedido, rogándoles que sean nuestros defensores. Todo esto a fin de que, dándonos testimonio de que procuramos edificar la Iglesia, intercedan por nuestros pecados. Se dice bien que Jesús no estaba lejos de la casa, porque su salvación está cerca de los que le temen. Y el que observa bien la ley natural, cuanto más obra el bien, tanto más se acerca a Aquel que es el bien.

Los soldados y los siervos, que obedecían al centurión, representan las virtudes naturales, cuya práctica trae muchas riquezas cuando vienen al Señor.

Y aconteció después, que iba a una ciudad, llamada Naím: y sus discípulos iban con El, y una grande muchedumbre de pueblo. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda: y venía con ella mucha gente de la ciudad. Luego que la vio el Señor, movido de misericordia por ella, le dijo: "No llores". Y se acercó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban, se pararon). Y dijo: "Mancebo, a ti digo, levántate". Y se sentó el que había estado muerto, y

comenzó a hablar. Y le dio a su madre, y tuvieron todos grande miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo". Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea, y por toda la comarca. (vv. 11-17)

Naim es una ciudad de Galilea que dista dos leguas del monte Tabor. Por permisión divina acompañaba una gran turba al Señor para que presenciase el milagro tan grande que iba a hacer. Por lo que sigue: "Y sus discípulos iban con El, y una grande muchedumbre de pueblo". Como diciendo: No le llores ya como muerto porque dentro de muy poco lo verás resucitar. Dice el evangelista que el Señor se movió primero a misericordia cuando vio a la madre y que después resucitó al hijo para darnos, por un lado, un modelo de misericordia y, por el otro, un motivo de creer en su poder maravilloso. Por lo que sigue: "Y tuvieron todos grande miedo, y glorificaban a Dios", etc. El difunto que se levantó a la vista de muchos fuera de las puertas de la ciudad, representa al hombre adormecido en el féretro de mortales culpas, y la muerte del alma, que no yace aun en el lecho del corazón, pero que se exhibe a noticia de muchos por sus palabras y sus obras (como por las puertas de la ciudad). Cada uno de los sentidos de nuestro cuerpo es como la puerta de una ciudad. El cual se llama hijo único de su madre, porque la Iglesia, compuesta de muchas personas, es sin embargo única madre. Que la Iglesia es viuda, lo reconoce toda alma que ha sido rescatada con la muerte del Señor. O se confunde el dogma de Novato, el cual, queriendo abolir la purificación de los penitentes, niega que la Iglesia nuestra madre, llorando sobre la muerte espiritual de sus hijos, deba consolarse con la esperanza de devolverles la vida. O el féretro, en que es llevado muerto, representa la conciencia del pecador, que desconfía de la enmienda; los que le llevan al sepulcro son los deseos inmundos o las adulaciones de sus amigos, los cuales se detienen en cuanto Jesús toca el féretro. Su conciencia, tocada por el temor del juicio divino, vuelve sobre sí, refrenando sus pasiones, rechazando las alabanzas, y respondiendo al Salvador cuando le llama. El Señor ha visitado a su pueblo no una vez sola revistiendo de carne a su Verbo, sino enviándole con frecuencia a los corazones de los hombres.

Y contaron a Juan sus discípulos todas estas cosas. Y Juan llamó dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, diciéndole: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" Y como viniesen estos hombres a El, le dijeron: "Juan el Bautista nos ha enviado a ti, y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" Y Jesús en aquella misma hora sanó a muchos de enfermedades y de llagas y de espíritus malignos, y dio vista a muchos ciegos. Y después les respondió, diciendo: "Id, y decid a Juan lo que habéis oído, y visto: Que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí". (vv. 18-23)

No con sencillez, como yo creo, sino disimulando la envidia. Porque ya en otra ocasión se habían quejado diciendo: "Maestro, el que estaba contigo a la otra parte del Jordán, bautiza, y muchos van con El".

No dice: "Tú eres el que ha venido", sino: "Tú eres el que ha de venir". Y éste es el verdadero sentido de esta pregunta: Voy a ser muerto por Herodes y descenderé a los infiernos; mándame a decir si debo anunciarte allí también como te he anunciado sobre la tierra, o si esto no conviene al Hijo de Dios y has de enviar a otro con esta misión.

Y lo que no es de menos importancia, añade: "Y los pobres reciben el Evangelio"; esto es, los pobres de espíritu, que son iluminados interiormente, para que no haya diferencia alguna entre los ricos y los pobres cuando se predique el Evangelio. Es una prueba de la verdad del Maestro, que sean iguales ante El todos los que por El puedan salvarse.

Y cuando se hubieron ido los mensajeros de Juan, comenzó a decir de Juan a las gentes: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida del viento? ¿Mas qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente los que visten ropas preciosas, y viven en delicias, en las casas de los reyes están. ¿Mas qué salisteis a ver? ¿Un profeta? En verdad os digo, y más que profeta. Este es, del que está escrito: He aquí envío mi Angel delante de tu faz,

que aparejará tu camino delante de ti; Porque yo os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista: mas el que es menor en el reino de Dios, es mayor que él". (vv. 24-28)

Esta sentencia puede entenderse de dos maneras. O llamó reino de Dios al que todavía no poseemos (en el que viven los ángeles), y en el que cada uno de ellos, por pequeño que sea, es mayor que el primer justo que todavía soporta un cuerpo que oprime a su alma. O bien, por ese reino de Dios ha querido significar la Iglesia de este tiempo y, entonces, el Señor habló de sí mismo, que era menor que Juan por el tiempo de su nacimiento, pero que era mayor que él por la autoridad divina y por el soberano poder. De allí que según la primera exposición, el sentido es éste: "El que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él", y según la segunda: "El que es menor, es más grande que él en el reino de Dios".

Y todo el pueblo y los publicanos, que le oyeron, dieron gloria a Dios, bautizados con el bautismo de Juan. Mas los fariseos y los doctores de la ley, despreciaron el consejo de Dios, en daño de sí mismos, no siendo bautizados por él. Y dijo el Señor: "¿Pues a quién diré que se semejan los hombres de esta generación, y a quién se parecen? Semejantes son a los muchachos, que están sentados hablando entre sí, y diciendo: Os hemos tocado la flauta, y no bailasteis; os hemos endechado, y no llorasteis. Porque vino Juan Bautista que ni comía pan ni bebía vino, y decís: demonio tiene. Vino el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: He aquí un hombre glotón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Mas la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos". (vv. 29-35)

Estas palabras se referían a la persona del evangelista o a la del Salvador, como algunos creen, pues dice: "en daño de sí mismos" (o contra sí mismos), lo que significa que el que desprecia la gracia de Dios obra contra sí mismo. O los vitupera de insensatos o ingratos porque no quisieron recibir el consejo de Dios que les había sido enviado. El consejo de Dios es el

decreto de salvarnos por la pasión y muerte de Cristo, que los fariseos y los doctores de la ley menospreciaron.

La generación de los judíos se compara con los niños, porque los doctores tenían antiguamente sus profetas, de quienes se dice: "En la boca de los niños y de los que maman, perfeccionaste la alabanza" (Sal 8,3).

Y le rogaba un fariseo, que fuese a comer con él. Y habiendo entrado en la casa del fariseo, se sentó a la mesa. Y una mujer pecadora, que había en la ciudad, cuando supo que estaba a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de ungüento: Y poniéndose a sus pies detrás de El, comenzó a regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies, y los ungía con el ungüento. Y cuando esto vio el fariseo, que le había convidado, dijo entre sí mismo: "Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién, y cuál es la mujer que le toca: Porque pecadora es". Y Jesús le respondió diciéndole: "Simón, te quiero decir una cosa". Y él respondió: "Maestro, di". "Un acreedor tenía dos deudores: el uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; mas como no tuvieran con qué pagarle, se los perdonó a entrambos. ¿Pues cuál de los dos le ama más?" Respondió Simón y dijo: "Pienso que aquél, a quien más perdonó?" Y Jesús le dijo: "Rectamente has juzgado". Y volviéndose hacia la mujer dijo a Simón: "¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; mas ella con sus lágrimas los ha regado y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso, mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con óleo, mas ésta con ungüento ha ungido mis pies: por lo cual te digo: perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Mas al que menos se perdona, menos ama". Y dijo a ella: "Perdonados te son tus pecados". Y los que comían allí, comenzaron a decir entre sí: "¿Quién es éste que hasta los pecados perdona?" Y dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado. Vete en paz". (vv. 36-50)

Después de haber dicho antes: "Y todo el pueblo y los publicanos, que le oyeron, justificaron a Dios, bautizados con el bautismo de Juan", el evangelista establece con hechos lo que había expresado con palabras, esto

es, que la Sabiduría había sido justificada por los justos y los penitentes, diciendo: "Y le rogaba un fariseo", etc.

El alabastro es una especie de mármol blanco manchado de varios colores y que suele destinarse a contener perfumes, porque, según se cree, los conserva incorruptos.

Capítulo 8

Y aconteció después, que Jesús caminaba por ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios: y los doce con El, y también algunas mujeres, que había El sanado de espíritus malignos y de enfermedades; María, que se llama Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana, y otras muchas, que le asistían de sus haciendas. (vv. 1-3)

Como el águila que excita a volar a sus polluelos, el Señor eleva suava suavemente a sus discípulos hacia las cosas sublimes. Pues primeramente enseñó en las sinagogas e hizo milagros. A continuación eligió a los doce, que llamó apóstoles. Después los llevó a ellos solos, predicando por las ciudades y aldeas. Por esto sigue: "Y los doce con El".

María Magdalena es aquella misma de quien dijo en el capítulo precedente, callando su nombre, que había hecho penitencia. Con toda oportunidad el evangelista la da a conocer con este nombre, cuando dice que seguía a Jesucristo. Pero cuando la describe como pecadora (pero penitente), la llama solamente mujer, para no empañar un nombre de tanta fama con el recuerdo de los pasados extravíos, de quien se dice habían salido siete demonios, significando que había tenido todos los vicios.

María quiere decir mar amargo, por el rigor de su penitencia; Magdalena quiere decir torre, o mejor dicho, la de la torre, a causa de la torre, de la que se dice (Sal 60,4): "Tú eres mi esperanza, la torre de la fortaleza contra mi enemigo"; Juana quiere decir el Señor es su gracia o misericordioso, porque de El es todo cuanto nos mantiene. Y si María, una vez purificada de todas sus culpas, representa la Iglesia de los gentiles, ¿por qué Juana no ha de representar la misma Iglesia, en otro tiempo dedicada al culto de los ídolos? Porque todo espíritu maligno, mientras trabaja por el imperio del diablo, es semejante al procurador de Herodes. Susana quiere decir lirio o su gracia, por el candor oloroso de la vida celeste y por la caridad de oro de su amor interno.

Y como hubiese concurrido un crecido número de pueblo, y acudiesen solícitos a El de las ciudades, les dijo por semejanza: "Salió el que siembra, a sembrar su simiente. Y al sembrarla, una parte cayó junto al camino y fue hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre piedra: y cuando fue nacida, se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra: y nació, y dio fruto a ciento por uno". Dicho esto, comenzó a decir en alta voz: "Quien tiene orejas de oír, oiga". Sus discípulos le preguntaban qué parábola era ésta. El les dijo: "A vosotros es dado el saber el misterio del reino de Dios, mas a los otros por parábolas: para que viendo no vean y oyendo no entiendan. Es, pues, esta parábola: La simiente es la palabra de Dios. Y los que están junto al camino, son aquéllos que la oyen; mas luego viene el diablo, y quita la palabra del corazón de ellos, porque no se salven creyendo. Mas los que sobre la piedra, son los que reciben con gozo la palabra, cuando la oyeron; y éstos no tienen raíces; porque a tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás. Y la que cayó entre espinas, éstos son los que la oyeron, pero después en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, y de las riquezas, y deleites de esta vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra; éstos son, los que oyendo la palabra con corazón bueno y muy sano, la retienen, y llevan fruto con paciencia". (vv. 4-15)

No podemos entender que este sembrador sea otro que el Hijo de Dios, quien saliendo del seno de su Padre, a donde las criaturas no podían llegar, vino a este mundo, para dar testimonio de la verdad (Jn 19).

Llama piedra al corazón endurecido e indomable. Por el contrario, la humedad es agua para la raíz de la semilla, que en otra parábola está figurado por el óleo, destinado a alimentar las lámparas de las vírgenes (Mt 25), y que representa el amor y la perseverancia en la virtud.

El fruto centuplicado es el que llama fruto perfecto, pues el número diez expresa siempre la perfección, porque la custodia de la ley (esto es, su observancia) se contiene en diez preceptos. El número diez multiplicado

por sí mismo, forma el número cien, y con este número se representa la gran perfección.

Cuántas veces se hace esta advertencia, ya en el Evangelio ya en el Apocalipsis de San Juan. Anuncia que lo que se dice es misterioso y que debemos meditarlo con más atención. Por eso los discípulos, ignorándolo, preguntaban al Salvador. Sigue, pues: "Sus discípulos le preguntaban qué parábola era ésta". Sin embargo, no se crea que los discípulos le preguntaron al punto que terminó la parábola, sino que, como dice San Marcos: "Le preguntaron estando solo" (Mc 4,10).

Así oyen sólo en parábolas, cuando cerrados los sentidos de su alma, no se cuidan de conocer la verdad, olvidándose de lo que dijo el Señor: "Quien tiene orejas de oír, oiga".

Estos son los que oyen la palabra divina sin fe, sin deseo de conocerla, sin ninguna intención de sacar provecho de ella aplicándola a sus acciones.

"Nadie enciende una antorcha, y la cubre con alguna vasija, o la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre el candelero, para que vean la luz los que entran. Porque no hay cosa encubierta, que no haya de ser manifestada; ni escondida, que no haya de ser descubierta y hacerse pública. Ved, pues, como oís: porque a aquél que tiene le será dado, y al que no tiene, aun aquello mismo que piensa tener, le será quitado". (vv. 16-18)

El Señor había dicho a sus apóstoles: "A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios, mas a los otros en parábola". Y ahora manifiesta que también habrán de revelarse alguna vez a los demás los divinos misterios, diciendo: "Nadie enciende una antorcha, y la cubre con alguna vasija, o la pone debajo de la cama", etc.

Con insistencia nos enseña Jesucristo a escuchar la divina palabra, para que la meditemos continuamente en nuestra alma y la podamos hacer oír a otros. Por esto sigue: "Ved, pues, cómo oís: porque a aquel que tiene se le dará", etc. Como diciendo: Aplicad toda vuestra atención a la palabra que vais a oír; porque al que ama la palabra, le será dado comprender el sentido

de lo que ama; pero el que no tiene amor de oír, por mucho ingenio que tenga, y por muy ejercitado que esté en el estudio de las letras, ninguna dulzura gustará de la Sabiduría. Muchas veces el perezoso recibe ingenio para ser más justamente castigado por su negligencia, porque lo que pudo conseguir a costa de poco trabajo, no quiso conocerlo; y a veces el estudioso de tarda inteligencia, sufre, a fin de que su recompensa sea tanto más grande, cuanto más trabaja para aprender.

Y vinieron a El su Madre, y sus hermanos, y no podían llegar a El por la mucha gente. Y le dijeron: "Tu Madre y tus hermanos están fuera, que te quieren ver". Mas El respondió, y les dijo: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios, y la guardan". (vv. 19-21)

Los que se llaman hermanos del Señor según la carne, no son hijos de la Santísima Virgen, como dice Helvidio, ni hijos de San José por medio de otra esposa, según algunos quieren decir, sino parientes de ellos.

Todos aquellos que oyen la palabra de Dios y la practican se llaman madre del Señor, porque le alumbran en sus corazones y en los de sus prójimos todos los días, por medio del ejemplo y de la palabra; son también hermanos suyos, puesto que también hacen la voluntad de su Padre que está en el cielo.

Enseñando El dentro, los que vienen no pueden entrar, menospreciando el sentido espiritual de sus palabras. Precediéndoles la turba, entró en la casa, porque, mostrándose indiferente la Judea, la gentilidad afluyó en tropel a Jesucristo. Los que están fuera quieren ver a Jesucristo, no buscando el sentido espiritual, sino deteniéndose fuera a guardar la letra y como obligando a Cristo a salir para enseñarles cosas carnales, más bien que consentir en entrar a aprender las espirituales.

Y aconteció que un día entró El con sus discípulos en un barco, y les dijo: "Pasemos a la otra ribera del lago". Y se partieron. Y mientras ellos navegaban, El se durmió, y sobrevino una tempestad de vientos en el lago, y se

henchían de agua, y peligrosaban. Y llegándose a El, le despertaron, diciendo: "Maestro, que perecemos". Y levantándose, increpó al viento, y a la tempestad del agua y cesó, y fue hecha bonanza. Y les dijo: "¿Dónde está vuestra fe?": Y ellos, llenos de temor se maravillaban y decían los unos a los otros: "¿Quién piensas es éste, que así manda a los vientos, y al mar, y le obedecen?" (vv. 22-25)

Así, en esta navegación, el Señor demuestra las dos naturalezas en una sola persona, puesto que El, que duerme como hombre, apacigua como Dios el furor del mar con la palabra.

Puede ser también que no sean los discípulos, sino los otros que estaban en la barca, los que se admiraron.

En sentido alegórico el mar o el lago representa la agitación tenebrosa y amarga de este mundo. La barca representa el árbol de la cruz, por cuyo medio los fieles pueden ganar la orilla de la patria celestial, surcando las olas de este mundo.

Advertidos sus discípulos, suben también con El. De donde dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16,24). Mientras que los discípulos navegan, esto es, mientras que los fieles pisotean el mundo y meditan en su alma el reposo del siglo futuro, mientras que, empujados por el soplo del Espíritu Santo o por los esfuerzos de sus almas, atraviesan a porfía las vanidades inconstantes del mundo, el Señor duerme. Es decir, el tiempo de la pasión del Señor llega y la tempestad avanza, porque durante el sueño de la muerte que el Señor sufrió en la cruz, las olas de las persecuciones se levantan excitadas por el soplo del demonio. La paciencia del Señor no se altera por las olas; pero la imbecilidad de sus discípulos se agita y tiembla. Despiertan al Señor, temerosos de perecer durante su sueño; es decir, que habiendo visto su muerte, aguardaban su resurrección, la cual, si se difiriese, perecerían para siempre. Por esto, levantándose, increpa al viento, porque con su pronta resurrección de la muerte destruyó la soberbia del diablo que tenía el imperio de la muerte. Calmó la tempestad del agua, porque resucitando destruyó la rabia de los judíos que insultaban su muerte.

Una cosa parecida tiene lugar después de su muerte, cuando, apareciéndose a sus discípulos, les reprendió su incredulidad (Mc 15).

Finalmente, calmadas así las hinchadas olas, manifestó a todos el poder de su Divinidad.

Y abordaron a la tierra de los Gerasenos, que está enfrente de la Galilea. Y luego que saltó en tierra fue a El un hombre que tenía el demonio hacía largo tiempo, y no vestía ropa ninguna, ni habitaba su casa, sino en los sepulcros. Este, luego que vio a Jesús, se postró delante de El, y exclamando en alta voz, dijo: "¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús Hijo del Dios Altísimo? Ruégote que no me atormentes". Pues mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, que agitaba con violencia mucho tiempo hacía. Y aunque le tenían encerrado y atado con cadenas y con grillos, rompía las prisiones y era llevado por el demonio a los desiertos. Y Jesús le preguntó, diciendo: "¿Qué nombre tienes tú?" Y él respondió: "Legión": porque habían entrado en él muchos demonios. Y le rogaron, que no les mandase ir al abismo. Andaba allí una grande piara de cerdos paciendo en el monte, y le rogaban que les permitiese entrar en ellos. Y se lo permitió. Salieron, pues, los demonios del hombre y entraron en los cerdos, y luego los cerdos se arrojaron por un despeñadero impetuosamente en el lago y se ahogaron. Cuando esto vieron los pastores, huyeron y lo dijeron en la ciudad y por las granjas. Y salieron a ver lo que había sido, y vieron a Jesús, y hallaron sentado al hombre de quien habían salido los demonios, que estaba vestido, y en su juicio, a los pies de El y temieron. Y les contaron, los que lo habían visto, cómo había sido librado de la legión. Y le rogó toda la gente del territorio de los Gerasenos que se retirase de ellos, porque tenían grande miedo, y El subió en el barco y se volvió. Y el hombre de quien habían salido los demonios, le rogaba por estar con El. Mas Jesús le despidió, diciendo: "Vuelve a tu casa, y cuenta cuán grande merced ha hecho Dios contigo". Y fue diciendo por toda la ciudad cuánto bien le había hecho Jesús. (vv. 26-39)

Gerasa es una ciudad insigne de la Arabia a la otra parte del Jordán situada en la falda del monte Galaad, que ocupó la tribu de Manasés, no lejos del lago de Tiberíades, en el que fueron sumergidos los puercos.

No le preguntó esto como ignorando su nombre, sino para que confesase la malicia que encerraba y brillase mejor la virtud del que curaba. También los sacerdotes de nuestra época, que pueden arrojar a los demonios en virtud del exorcismo, suelen decir a los poseídos que no pueden curarse sino después de haberse confesado claramente de todo lo que han sufrido de los espíritus inmundos, ya velando, ya durmiendo; sobre todo cuando tratan de introducirse entre varios al cuerpo humano y lo logran. De donde aquí se añade la confesión: "Y respondió, diciendo: Legión, porque habían entrado en él muchos demonios".

Gerasa representa las naciones de los gentiles, hablando en sentido espiritual, a quienes el Señor visitó después de su pasión y resurrección por medio de sus predicadores. Por esto Gerasa o Gergesa como algunos leen, significa arrojar al habitante, esto es, al diablo, por quien había sido ocupada antes; o también forasteros que se acercan y que antes estaban lejos.

Y aconteció que, habiendo vuelto Jesús, le recibió la muchedumbre, pues todos le estaban esperando. Y vino un hombre, llamado Jairo, que era príncipe de la sinagoga; y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa, porque tenía una hija única, como de doce años, y ésta se estaba muriendo. Y mientras que El iba, apretaban las gentes. Y una mujer padecía flujo de sangre doce años hacía, y había gastado cuanto tenía en médicos, y de ninguno pudo ser curada. Acercóse a El por detrás, y le tocó la orla de su vestido; y al punto cesó el flujo de su sangre. Y dijo Jesús: "¿Quién me ha tocado?" Y negándolo todos, dijo Pedro, y los que con él estaban: "Maestro, las gentes te aprietan y oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?" Y dijo Jesús: "Alguno me ha tocado: porque yo he conocido que ha salido virtud de mí". Cuando la mujer se vio así descubierta, vino temblando, y se postró a sus pies; y declaró delante de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo había sido luego sanada. Y El le dijo: "Hija tu fe te ha sanado: vete en paz". (vv. 40-48)

O al fin de los tiempos, el Señor ha de volver a los judíos y le recibirán con gusto por la confesión de la fe.

O por príncipe de la sinagoga se entiende a Moisés. Por esto se llama Jairo (esto es, que ilumina o iluminado), porque el que está encargado de darnos palabras de vida, por ese hecho ilumina a los demás y es iluminado por el Espíritu Santo. El príncipe de la sinagoga se postró a los pies de Jesús, porque el legislador, con toda la familia de los patriarcas, conoció que Jesucristo -que había de aparecer vestido de carne mortal- sería muy superior a ellos. Si Dios es la cabeza de Jesucristo, los pies deben representar su encarnación, por la cual tocó la tierra de nuestra mortalidad. Le rogó también que entrase en su casa. Porque deseaba ver su advenimiento. La hija de él era la sinagoga, única que estaba constituida en forma legal; la cual moría a los doce años de edad (esto es, cuando se aproximaba el tiempo de la pubertad), porque, educada noblemente por los profetas, después que había llegado a la edad de la inteligencia en que debía engendrar para Dios frutos espirituales, fue de repente invadida de la enfermedad de los errores y omitió entrar en el camino de la vida espiritual y si Jesucristo no hubiese venido en su socorro, hubiera muerto. Cuando el Señor marchaba a curar a la joven, era oprimido por la multitud, porque dando saludables consejos a la nación judaica, fue oprimido por la interpretación material que daban a sus enseñanzas.

El flujo de sangre debe entenderse de dos maneras, esto es, o de la prostitución de la idolatría, o de aquellos que se entregaban a los placeres de la carne y de la sangre.

La sinagoga empezó a nacer entre los patriarcas, casi al mismo tiempo que la idolatría manchó al pueblo gentil.

Por estos médicos deben entenderse los falsos teólogos, los filósofos y los doctores de las leyes temporales, que, disertando mucho sobre las virtudes y los vicios, prometían dar a los hombres enseñanzas útiles a la vida. O se deben entender los mismos espíritus inmundos, los cuales, como aconsejando a los hombres, se hacen adorar en lugar de Dios; y cuanto más había gastado la gentilidad de sus fuerzas naturales para oírles, tanto menos pudo curarse de la mancha de su iniquidad.

Y El mismo dice: "Si alguno me sirve, que me siga" (Jn 12,26). O porque el que no ve al Señor presente en su carne, si practica los sacramentos de su misericordia temporal, empieza a seguir sus huellas por la fe.

O una mujer fiel toca al Señor, porque el que es afligido por el desorden de diversas herejías, sólo es buscado fielmente por el corazón de la Iglesia católica.

Aún no había acabado de hablar, cuando vino uno al príncipe de la sinagoga, y le dijo: "Muerta es tu hija, no le molestes". Mas Jesús, cuando oyó esto, dijo al padre de la muchacha: "No temas, cree tan solamente, y será sana". Y cuando llegó a casa no dejó entrar consigo a ninguno, sino a Pedro y a Santiago, y a Juan, y al padre y a la madre de la muchacha. Todos lloraban y la plañían. Y El dijo: "No lloréis, no es muerta la muchacha, sino que duerme". Y se burlaban de El sabiendo que era muerta. Mas El la tomó por la mano, y dijo en alta voz: "Muchacha, levántate". Y volvió el espíritu a ella, y se levantó luego; y mandó que le diesen de comer. Y sus padres quedaron espantados, a quienes mandó que a nadie dijese lo que habían visto. (vv. 49-56)

Místicamente, apenas la mujer fue curada del flujo de sangre, se anuncia la muerte de la hija del príncipe de la Sinagoga, porque, cuando la Iglesia fue purificada de sus vicios, al punto la sinagoga espiró por perfidia y envidia. De perfidia, porque no quiso creer en Jesucristo; de envidia, porque se dolió de la fe de la Iglesia.

O acaso por ellos dicen esto hoy los que ven el estado de la sinagoga totalmente caído, que no creen pueda restaurarse, por lo que no juzgan conveniente rogar por su resurrección; mas lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Por esto el Señor le dijo: "No temas, cree tan solamente y será sana". El padre de la niña representa el congreso de los doctores de la ley, quien si hubiese querido creer, también hubiese podido salvar a la sinagoga que le estaba confiada.

Así la sinagoga, que ha perdido la alegría del esposo, con la que podía vivir, yace, por decirlo así, en medio de los que la lloran, sin comprender siquiera por qué lloran.

La joven resucitó al momento, porque el hombre vuelve en sí de la muerte del alma desde el instante en que Cristo conforta su mano. Hay algunos que se dan la muerte con sólo el pensamiento secreto del pecado, y

para significar que los vivifica, el Señor resucita a la hija del príncipe de la sinagoga. Otros, haciendo el mal en que se complacen, sacan a su muerto como fuera de la ciudad; y demostrando que también puede resucitar a éstos, resucitó al hijo de la viuda, fuera de las puertas de la ciudad. Otros, en fin, por la costumbre del pecado, se corrompen por decirlo así, y se sepultan, y la gracia del Salvador también está pronta a levantar a éstos; y para demostrarlo resucitó a Lázaro, que yacía cuatro días en el sepulcro. Cuanto es más cierta la muerte del alma, tanto más grande debe ser el fervor del penitente; por eso habla suavemente, para resucitar a la joven, tendida en su casa, y habla más fuerte para reanimar al joven llevado de la ciudad; mas para resucitar al que había muerto cuatro días hacía, se esforzó sobremanera, derramó lágrimas, y exclamó en alta voz. Pero aquí también debe advertirse que una ofensa pública necesita de público remedio; mientras que los pecados leves pueden borrarse con la penitencia secreta. La joven que estaba tendida en su casa, resucita con poco esfuerzo; el joven que era llevado fuera de su casa, fue resucitado en presencia de la multitud; y Lázaro, llamado del sepulcro, fue conocido por muchos pueblos.

Capítulo 9

Y llamando Jesús a los doce Apóstoles, les dio virtud y potestad sobre los demonios, y para que curasen enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios y a sanar los enfermos. Y les dijo: "No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas; y en cualquier parte que entrareis, allí permaneced, y no salgáis de allí. Y si no os recibieren, al salir de aquella ciudad, sacudid aun el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos". Y habiendo salido, iban de pueblo en pueblo predicando el Evangelio y curando por todas partes. (vv. 1-6)

El polvo se sacude de los pies de los apóstoles en testimonio de su trabajo empleado en venir a la ciudad y de que la predicación del Evangelio haya podido llegar hasta ellos. También se sacude el polvo porque nada reciben (ni aun lo necesario para el sustento) de los que despreciaron el Evangelio.

Los que menosprecian la palabra de Dios, o bien por su abandono mal intencionado, o bien por su mala inteligencia, deben ser abandonados, y sobre ellos debe sacudirse el polvo de los pies, para que con vanas acciones (comparables al polvo) no se manchen los pasos del alma casta.

Y llegó a noticia de Herodes el Tetrarca todo lo que hacía Jesús, y quedó como suspenso, porque decían algunos que Juan ha resucitado de entre los muertos; y otros que Elías había aparecido, y otros que un profeta de los antiguos había resucitado, y dijo Herodes: "Yo degollé a Juan: ¿quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas?" Y procuraba verle. (vv. 7-9)

Y vueltos los Apóstoles, le contaron cuanto habían hecho: y tomándolos consigo aparte, se fue a un lugar desierto, que es del territorio de Betsaida. Y cuando las gentes lo supieron, le siguieron: y Jesús los recibió, y les hablaba del

reino de Dios, y sanaba a los que lo habían menester. Y el día había comenzado ya a declinar. Y acercándose los doce, le dijeron: "Despide a esas gentes, para que vayan a sus aldeas y granjas de la comarca, se alberguen, y hallen qué comer, porque aquí estamos en un lugar desierto". Y les dijo: "Dadles vosotros de comer". Y ellos dijeron: "No tenemos más de cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar viandas para esta gente". Porque eran como unos cinco mil hombres, y El dijo a sus discípulos: "Hacedlos sentar en ranchos de cincuenta en cincuenta". Y así lo ejecutaron. Y se sentaron todos. Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, y los bendijo, y partió y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de las gentes. Y comieron todos, y se saciaron. Y alzaron lo que les sobró: doce cestos de pedazos. (vv. 10-17)

No sólo cuentan lo que ellos habían hecho o enseñado, sino también lo que Juan sufrió, mientras que ellos predicaban. Y son sus propios discípulos, o los de Juan mismo, los que se lo cuentan, como insinúa San Mateo.

Betsaida es una ciudad de Galilea, de donde eran Andrés, Pedro y Felipe, cerca del lago de Genesaret. No hizo esto por temor a morir (como algunos creen), sino perdonando a sus enemigos y para evitar que añadiesen un homicidio a otro, esperando a la vez el tiempo oportuno de su pasión.

Mas El, como poderoso y misericordioso Salvador, recibiendo a los fatigados, enseñando a los ignorantes, sanando a los enfermos y dando de comer al hambriento, muestra cuánto se deleita con la devoción de los creyentes. De donde sigue: "Y Jesús los recibió, y les hablaba del reino de los cielos", etc.

Después de haber dejado la Judea que, por su falta de fe en las profecías, se había como cortado la cabeza, dispensa el beneficio de su palabra en el desierto de la Iglesia que no tenía esposo. Y una gran multitud de fieles deja las ciudades de su antigua vida y diversas creencias para seguir a Cristo, que se retira a los desiertos de las naciones.

Alimentó a la muchedumbre cuando ya declinaba la tarde, esto es, cuando ya se acerca el fin de los tiempos, o cuando el Sol de Justicia iba a morir por nosotros.

Todavía no tenían los apóstoles más que los cinco panes de la ley mosaica y los dos peces de uno y otro testamento, los cuales se ocultaban bajo la capa del misterio, como se oculta el agua en los fondos del abismo. Y como son cinco los sentidos corporales, los cinco mil hombres que siguieron al Señor designan a aquellos que, colocados todavía en la vida del mundo, saben hacer buen uso de las cosas exteriores que poseen. Estos se alimentan de cinco panes, porque necesitan todavía ser gobernados por los preceptos de la ley. Pero los que renuncian enteramente al mundo se hacen robustos con el alimento evangélico. Las muchas reuniones de los convidados representan las diversas congregaciones de la Iglesia en toda la tierra, que constituye la Iglesia católica.

El Señor no crea nuevas viandas cuando da de comer a la muchedumbre hambrienta, sino que bendijo las que sus discípulos le presentaron. Porque viniendo en carne mortal, no predica más que lo que ya había anunciado. Pero nos demuestra los misterios de la gracia contenidos en las palabras proféticas. Mira al cielo, para enseñarles a dirigir allí el espíritu y a buscar allí la luz de la ciencia. Parte y distribuye aquellas viandas a los discípulos, para que las repartan entre la muchedumbre, a fin de dar a entender que por medio de ellos se proponía distribuir a todo el mundo los misterios de la ley y de los profetas, en virtud de la predicación a que los disponía.

También se representan por medio de los doce cestos los doce apóstoles y todos los doctores que los siguieron, en el exterior despreciados por los hombres, pero en el interior repletos de las reliquias de un alimento saludable.

Y aconteció que estando solo orando se hallaban con El sus discípulos, y les preguntó, diciendo: "¿Quién dicen las gentes que soy yo?" Y ellos respondieron, y dijeron: "Los unos que Juan el Bautista, otros Elías, y otros que resucitó alguno de los primeros profetas". Y les dijo: "¿Y vosotros, quién decís que soy?" Respondiendo Simón Pedro, dijo: "El Cristo de Dios". Mas El, increpándolos, mandó que no dijese de esto nada a nadie, añadiendo: "Porque conviene que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado de

los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y que sea entregado a la muerte, y que resucite al tercer día". (vv. 18-22)

Los discípulos estaban con el Señor, pero El oró solo al Padre. Porque los santos pueden unirse al Señor por medio de la fe y de la caridad, pero sólo el Hijo puede penetrar los misterios incomprensibles de la misericordia del Padre. En todas partes estaba solo, porque las oraciones del hombre no pueden comprender los designios de Dios, ni nadie puede participar de los sentimientos interiores de Cristo.

Con toda oportunidad se proponía el Salvador explorar la fe de sus discípulos, preguntando primero por el parecer de la muchedumbre, para que la confesión de ellos no parezca formada por la opinión del vulgo, sino por el conocimiento de la verdad, o que no parezcan vacilantes como Herodes acerca de lo que ha oído decir, sino que crean lo que han visto.

Decía, pues, a todos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame: porque el que quisiere salvar su alma, la perderá, y quien perdiere su alma por amor de mí, la salvará: Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si lo hace a sus expensas, y se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mi palabra, se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando viniere con su majestad, y con la del Padre y de los santos Angeles. Mas dígoos, en verdad, que algunos hay aquí que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios". (vv. 23-27)

Dijo muy bien "a todos", porque lo que precede, relativo a la fe del nacimiento y pasión del Señor, lo trató separadamente, sólo entre El y sus discípulos.

Si alguno no renuncia a sí mismo, no se acerca al que está sobre él. Por lo que sigue: "Niéguese a sí mismo".

Se nos manda tomar todos los días nuestra cruz y, una vez tomada, seguir con ella a Jesucristo, que llevó su propia cruz. De aquí prosigue: "Y sígame".

Y aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y subió a un monte a orar. Y entre tanto que hacían oración, la figura de su rostro se transmutó, y sus vestidos se volvieron blancos y resplandecientes. Y he aquí que hablaban con El dos hombres: éstos eran Moisés y Elías, que aparecieron en majestad, y hablaban de su pasión, que había de consumir en Jerusalén. (vv. 28-31)

Pues así como El resucitó después del día séptimo del sábado, en que había descansado en el sepulcro, así nosotros después de las seis edades del mundo y la séptima del reposo de las almas, que se pasa en la otra vida, resucitaremos, por decirlo así, en la edad octava.

Por ello sube a orar y a transfigurarse a la cumbre de un montn monte, para dar a entender que aquellos que esperan el fruto de la resurrección y desean ver al Rey inmortal en toda su gloria, deben habitar en los cielos con el espíritu y consagrarse a oraciones constantemente.

Cuando el Señor se transfigura, nos da a conocer la gloria de la resurrección suya y de la nuestra. Porque tal y como se presentó a sus discípulos en el Tabor, se presentará a todos los elegidos después del día del juicio. El vestido del Señor representa el coro de sus santos, el cual parecía despreciado mientras el Señor estuvo en la tierra. Pero dirigiéndose El al monte, brilla con nuevo fulgor. Así ahora somos los hijos de Dios, pero lo que un día seremos, no parece todavía; mas sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a El (1Jn 3,2).

Mas Pedro y los que con él estaban se hallaban cargados de sueño. Y despertando, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que estaban con El. Y como se apartasen de El, dijo Pedro a Jesús: "Maestro, bueno es que nos estemos aquí y hagamos tres tiendas, una para ti y una para Moisés y una para Elías", no sabiendo lo que se decía. Y cuando él estaba diciendo esto, vino una nube y les cubrió, y temieron viéndolos entrar en la nube. Y salió una voz de la nube diciendo: "Este es mi hijo amado, oídle". Y cuando sonó la voz, se halló solo

Jesús. Y ellos callaron, y a nadie dijeron en aquellos días cosa alguna de las que habían visto. (vv. 32-36)

Y observa que tanto en el momento en que Jesús es bautizado en el Jordán, cuanto en el que aparece transfigurado en el monte, se da a conocer el misterio de la Santísima Trinidad; porque habremos de ver la gloria de Aquél, que confesamos en el bautismo, en el día de la resurrección. Y no aparece aquí en vano el Espíritu Santo en una nube brillante y allí bajo la forma de paloma. Porque el que ahora guarda en la simplicidad de su corazón la fe que ha recibido, contemplará entonces con la luz de una clara visión las cosas que había creído.

Y otro día, bajando ellos del monte, les vino al encuentro una gran tropa de gente. Y un hombre de la turba exclamó, diciendo: "Maestro, te ruego que atiendas a mi hijo, porque yo no tengo otro: y he aquí que un espíritu le toma, y súbitamente da voces, y le tira por tierra, y le quebranta haciéndole echar espuma, y apenas se aparta de él, despedazándole. Y rogué a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron". Y respondiendo Jesús, dijo: "¡Oh generación infiel y perversa! ¿hasta cuándo estaré con vosotros, y os sufriré? Trae acá tu hijo". Y cuando se acercaba, le tiró el demonio en la tierra y le maltrató. Mas Jesús increpó al espíritu inmundo, y sanó al muchacho, y se le volvió a su padre. Y se pasmaban todos del gran poder de Dios. (vv. 37-43)

Los lugares tienen cierta relación con las cosas. El Señor ora en el monte, se transfigura y da a conocer a sus discípulos los secretos de su majestad. Cuando baja al llano, las turbas le salen al encuentro. De donde se dice: "Y al siguiente día, bajando ellos del monte, les vino al encuentro una gran turba", etc. En lo alto se da a conocer la voz del Padre, en el llano expelen los demonios. Por ello sigue: "Y he aquí un hombre de la turba clamó, diciendo: Maestro, te ruego mires a mi hijo", etc.

No porque le hubiese vencido la tristeza, cuando era manso y humilde; sino que a semejanza de un médico, el cual, si viese al enfermo obrar en contra de sus prescripciones, diría: ¿Hasta cuándo vendré a tu casa,

mandando yo una cosa, y tú haciendo otra? No se disgustaba con el hombre, sino con el vicio, como lo manifestó diciendo: "Trae acá tu hijo".

Místicamente, el Señor asciende a los unos diariamente según la cualidad de sus méritos; y, glorificando a los perfectos -cuya morada está en los cielos, ensalzándolos más sublimemente-, los instruye en las cosas eternas y les enseña lo que no pueden oír las turbas. Desciende también a otros, que son terrenos e ignorantes, para fortificarlos, instruirlos y castigarlos. San Mateo (Mt 17) dice que este endemoniado era lunático y San Marcos (Mc 9) dice que era sordo y mudo. Se refiere a aquellos que se trastornan en las fases de la luna (Eccl 27,12), creciendo y disminuyendo en cuanto a sus diferentes vicios. Ellos son mudos porque no confiesan la fe, y sordos porque no quieren oír la palabra de la fe. Cuando el joven se acerca a Jesús es maltratado. Esto sucedió porque los que se convierten al Señor son ordinariamente tentados con más fuerza por el demonio, ya sea para inculcarles odio a la virtud, o para vengar la injuria de su expulsión. Así sucedió en los primeros siglos de la Iglesia, en que tuvieron lugar tantas luchas, con las que dio a entender cuánto le dolía la desmembración de su reino. No increpaba el Señor al joven que sufría la violencia, sino al demonio. Porque el que desea que el pecador se enmiende quiere que destierre lejos de sí el pecado, aconsejándole y reprendiéndole; pero alienta con amor al hombre, hasta que, sanado, pueda devolverle a los padres espirituales de la Iglesia.

Y maravillándose todos de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos: "Poned en vuestros corazones estas palabras: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres". Mas ellos no entendían este lenguaje, y les era tan oscuro, que no le comprendían; y temían preguntarle acerca de él. (vv. 44-45)

Esta ignorancia de los discípulos no es hija precisamente de su torpeza, sino más bien de su amor. Porque como aún eran carnales y desconocían el misterio de la cruz, no podían creer que moriría Aquel que creían era verdadero Dios. Y como estaban acostumbrados a oírle hablar por

medio de parábolas, cuando decía que El sería entregado, creían que esto lo diría de una manera figurada, refiriéndose a alguna otra cosa.

Y les vino también el pensamiento, quién de ellos sería el mayor. Mas Jesús, viendo lo que pensaban en su corazón, tomó un niño, y le puso junto a El, y les dijo: "El que recibiere a este niño en mi nombre, a mí me recibe: y cualquiera que a mí me recibiere, recibe a Aquel que me envió; porque el que es menor entre todos vosotros, éste es el mayor". Entonces Juan, tomando la palabra, dijo: "Maestro, hemos visto a uno que lanzaba los demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no te sigue con nosotros". Y Jesús les dijo: "No lo prohibáis; porque el que no es contra vosotros, por vosotros es". (vv. 46-50)

Como habían visto que Pedro, Santiago y San Juan, habían sido llamados aparte y llevados al monte; y como se habían ofrecido a Pedro las llaves del cielo, creyeron que, o bien los tres, o bien sólo Pedro había de ser quien presidiese a los demás. O porque habían visto a Pedro igualado al Señor en el pago del tributo, creían que se le distinguía sobre los demás. Pero el lector diligente halla esta cuestión, agitada entre ellos, antes del pago del tributo. Finalmente, San Mateo (Mt 18) hace mención de esto, como sucedido en Cafarnaúm. Dice San Marcos (Mc 9,33-34): "Y vinieron a Cafarnaúm, y hallándose en la casa, les preguntaba: ¿De qué hablabais en el camino? Mas ellos callaban; porque en el camino habían disputado entre sí sobre cuál de ellos sería el mayor".

En esto o enseña simplemente que los que quieren ser más grandes deben recibir a los pobres de Cristo por su honor, o bien los exhorta a ser párvulos en la malicia. Por esto, cuando dice: "El que recibiere a este niño", añadió: "En mi nombre"; para que el modelo de virtud que el niño observa, guiado por la naturaleza, lo imiten ellos, guiados por la razón, por el nombre de Cristo. Mas como enseña que El es recibido en el niño y que El nació niño para nosotros, para que no se creyese que era sólo lo que se veía, añade: "Y cualquiera que a Mí recibiere, recibe a Aquel que me envió"; queriendo así que se le crea semejante e igual al Padre.

Por eso, respecto de los herejes o malos cristianos, nosotros no debemos detestar ni impedir las prácticas que les son comunes con nosotros, y que no son contra nosotros. Lo que hay que detestar es la división, contraria a la paz y a la verdad, con la que están contra nosotros.

Y como se acercase el tiempo de salir de este mundo, hizo firme resolución de ir a Jerusalén. Y envió delante de sí mensajeros; y marchando, entraron en una ciudad de los Samaritanos para prevenirle posada. Y no lo recibieron por cuanto hacía semblante de ir a Jerusalén. Y cuando le vieron Santiago y Juan, sus discípulos, dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe?" Mas El, volviéndose hacia ellos, los reprendió diciendo: "No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas". Y se fueron a otra aldea. (vv. 51-56)

Cesen, pues, los paganos de insultar como hombre crucificado a Aquel que previó ciertamente (como Dios) el tiempo de su crucifixión y que ha venido El mismo (como para ser crucificado voluntariamente) al lugar donde había de ser crucificado, con semblante firme, esto es con intención decidida y resuelta. O ven que va a Jerusalén y los Samaritanos no reciben al Señor; pues los judíos no se comunican con los samaritanos, como dice San Juan (Jn 4). Muchos santos, sabiendo que la muerte que separa el alma del cuerpo no debe temerse, castigaron con la pena de muerte algunos pecados. Con lo cual buscaban infundir miedo útil a los vivos, y a los que eran castigados con la muerte, ésta les era menos funesta que el pecado que podría aumentarse si viviesen. Reprendió el Señor en ellos, no el ejemplo de un profeta santo, sino la ignorancia de vengarse que había en ellos, rudos aún, haciéndoles ver que no deseaban la enmienda por amor, sino la venganza por odio. Así es que, a pesar de haberles enseñado lo que era amar al prójimo como a sí mismo, e infundiéndoles también el Espíritu Santo, no faltaron tales venganzas, aunque fueron mucho más raras que en el antiguo Testamento. Por ello prosigue: "El Hijo del hombre no había venido a perder las almas, sino a salvarlas"; como diciendo: Y vosotros, pues, que

lleváis el sello de su espíritu, imitad también sus acciones, ahora obrando bien y después juzgando con rectitud. Los judíos no se hablaban con los samaritanos. Los judíos despreciaban a los samaritanos porque habían caído en un sincretismo religioso. La raíz histórica la encontramos en la conquista de Samaria (capital del Reino del Norte) por parte de los asirios, el año 722 ó 721, que trajo como consecuencia la deportación de sus habitantes y el establecimiento de extranjeros en la ciudad, de modo que los samaritanos terminaron por "contaminarse" con otros dioses (Ver Jn 4,9).

Y aconteció que yendo ellos por el camino, dijo uno a Jesús: "Yo te seguiré a donde quiera que fueres". Y Jesús le dijo: "Las raposas tienen sus cuevas, y las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza": Y a otro le dijo: "Sígueme"; y él respondió: "Señor, déjame antes ir a enterrar a mi padre". Y Jesús le dijo: "Deja a los muertos que entierren a sus muertos; mas tú ve y anuncia el reino de Dios". Y otro le dijo: "Te seguiré, Señor: mas primeramente déjame ir a dar disposición de lo que tengo en mi casa". Jesús le dijo: "Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios". (vv. 57-62)

Por lo cual se le dice: ¿Cómo deseas seguirme por la avaricia de ganar riquezas de esta vida, siendo así que soy tan pobre, que ni aún donde vivir tengo ni techo donde cobijarme?

No es que desprecia el honor de ser discípulo, sino que, después de cumplir los deberes de buen hijo, desea poder obrar con más libertad.

Poner la mano en el arado (como cierto instrumento de penitencia), es quebrantar la dureza del corazón con el leño y el hierro de la pasión del Señor y abrirle para que produzca frutos de buenas obras. Si alguno empieza a hacerlo y a semejanza de la mujer de Lot se deleita mirando lo que ha dejado, se priva ya de la recompensa del reino futuro.

Si, pues, el discípulo que iba a seguir al Señor, es reprendido porque quiere dar cuenta de ello en su casa, ¿qué será de aquéllos que, sin utilidad alguna, visitan las casas de los que dejaron en el mundo?

Capítulo 10

Después de esto señaló el Señor también otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí a toda ciudad y lugar, a donde El había de venir. Y les decía: "La mies ciertamente es mucha, mas los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a ella". (vv. 1-2)

Oportunamente fueron enviados setenta y dos, porque había de predicarse el Evangelio a otras tantas naciones en el mundo. Y así como antes había escogido doce, a causa de las doce tribus de Israel, así ahora éstos son escogidos para enseñar a las gentes de fuera.

Así como no hay quien dude que los doce apóstoles representaban a los obispos, así estos setenta y dos fueron la figura de los presbíteros (esto es, los sacerdotes de segundo orden). Sin embargo, en los primeros siglos de la Iglesia (como se sabe por tradición apostólica), unos y otros se llaman obispos y presbíteros; el uno significa madurez de sabiduría, y el otro cuidado del cargo pastoral.

Así como la abundancia de mies es toda la turba de los creyentes, así los pocos operarios son los apóstoles y los imitadores de ellos, que son enviados a la mies.

"Id: he aquí que yo os envío, como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludéis a nadie por el camino". (vv. 3-4)

O llama especialmente lobos a los escribas y a los fariseos, que son los sacerdotes de los judíos.

"En cualquier casa que entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa: y si hubiere allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz, y si no, se volverá a vosotros. Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan: porque el trabajador es digno de su salario. No paséis de casa en casa. Y

en cualquier ciudad en que entrareis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante; y curad a los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios. Mas si en la ciudad en que entrareis no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: Hasta el polvo, que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros; sabed, no obstante, que se ha acercado el reino de Dios. Os digo que en aquel día habrá menos rigor para Sodoma, que para aquella ciudad". (vv. 5-12)

Después de haber hablado de cómo deben portarse sus discípulos en las casas, pasa ahora a enseñarles cómo deben portarse en las ciudades. A saber, comunicar en todo con los piadosos y apartarse enteramente de la sociedad de los impíos. Por lo que prosigue: "Y en cualquier ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante".

O para hacer constar el trabajo físico, que vanamente se tomaron por ellos, o para demostrar que hasta tal punto no buscan nada terreno de ellos, que ni el polvo de su tierra quieren que se les pegue. O por los pies se significa el trabajo y la marcha de la predicación, y el polvo que los cubre representa la ligereza de los pensamientos terrenos, de la cual no se ven libres ni aún los más grandes doctores. Aquellos, pues, que despreciaren la doctrina, los trabajos y los peligros de los que les enseñan, se exponen al testimonio de su condenación.

Los sodomitas mismos, aunque fueron hospitalarios en medio de los desórdenes de la carne y del alma, sin embargo, no se hallaron entre ellos huéspedes como los apóstoles; pues aunque Loth era justo en su proceder y en su trato (2Pe 2,3), no se dice que hubiera enseñado ni obrado prodigios.

"¡Ay de ti, Corazin! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho entre vosotros, tiempo ha que sentados en cilicio y ceniza hubiesen hecho penitencia. Por eso para Tiro y Sidón habrá en el juicio menos rigor que para vosotros. Y tú, Cafarnaúm, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. Quien a vosotros oye, a mí me oye, y quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia. Y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquel que me envió". (vv. 13-16)

Corozaim, Betsaida y Cafarnaúm, y también Tiberias, a la cual nombra San Juan, son ciudades de Galilea, situadas a las orillas del lago de Genezareth, que los evangelistas llaman mar de Galilea o de Tiberíades. Se lamentaba el Señor de que estas ciudades no hiciesen penitencia después de tantos milagros y predicaciones, y que fuesen peores que los gentiles que sólo violaron la ley natural; porque, después de haber despreciado la ley escrita, no temieron despreciar también al Hijo de Dios y su gloria. Por lo que prosigue: "Porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han hecho entre vosotros, tiempo ha que sentados en cilicio y ceniza hubiesen hecho penitencia", etc. En cilicio, que tejido de pelo de cabra, significa la áspera memoria del pecado que punza; en ceniza, representando la consideración de la muerte (por la que nos reducimos a polvo); además "sentados" significa la humildad de la conciencia. Hoy vemos realizada la profecía del Señor, porque Corozaim y Betsaida no creyeron en El, aun cuando estuvo presente; mientras que Tiro y Sidón, aliadas de David y de Salomón en otro tiempo (1Re 5), creyeron después a los discípulos de Cristo, que las evangelizaron.

Esta sentencia tiene dos sentidos. O bien serás sumergida hasta el infierno porque resististe soberbiamente a mi predilección, elevándote así por el orgullo hasta el cielo; o porque exaltada hasta el cielo por mi residencia y mis milagros, serás castigada con mayores suplicios, porque tampoco quisiste creer a esos signos. Y para que no se creyese que esta repulsa sólo se dirigía a las ciudades o personas que habiendo visto al Señor en su carne le despreciaron, y no a todos los que hoy desprecian también la doctrina del Evangelio, añade diciendo: "El que a vosotros oye, a mí me oye".

A saber, que para que se comprenda que, oyendo o despreciando la predicación del Evangelio, no se oye o desprecia a unas personas cualesquiera, sino al Señor Salvador, y aún al mismo Padre. Prosigue: "Y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquél que me envió", etc. Porque en el discípulo se oye al Maestro y en el Hijo se honra al Padre.

Puede también entenderse así: "El que a vosotros desprecia, a mí me desprecia" (Mt 25). Esto es, el que no hace misericordia a uno de mis hermanos más pequeños, no me la hace a mí; y el que me desprecia (no

queriendo creer en el Hijo de Dios), desprecia a Aquel que me envió; porque el Padre y Yo somos uno (Jn 10,30).

Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre". Y les dijo: "Veía a Satanás que caía del cielo como un relámpago: Ved que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os dañará; mas en esto no os gocéis, porque los espíritus os están sujetos; mas gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos". (vv. 17-20)

No dice, pues: veo ahora; sino veía antes, cuando cayó. En cuanto dice: Como un relámpago, o significa la caída del cielo a los abismos, o bien que, después de su caída, se transforma todavía en ángel de luz.

Esto es, de expulsar de los cuerpos de los poseídos todo género de espíritus inmundos. Y en cuanto a ellos, añade: "Y nada os dañará". Aunque también se puede tomar a la letra, porque San Pablo, acometido por una víbora, no sufrió daño alguno (Hch 28), y San Juan no se perjudicó (en su vida) con el veneno que tomó. Hay además, según creo, esta diferencia entre las serpientes que dañan con la boca y los escorpiones que hieren con la cola. Las serpientes que atacan abiertamente y los escorpiones que acechan a escondidas, significan ya a los hombres, ya a los demonios. O las serpientes representan a los que se oponen a las virtudes nacientes con el veneno de su persecución, y los escorpiones a los que intentan viciar al fin las virtudes ya consumadas.

Se les prohíbe, siendo carnales, alegrarse porque sujetan a los demonios. Porque arrojar los espíritus, así como obrar otros prodigios, no siempre procede del mérito del que obra, sino que la invocación del nombre de Cristo hace esto para condenación de aquellos que lo invocan o para la utilidad de aquellos que ven y oyen.

Como diciendo: No os conviene alegraros de la humillación de los demonios, sino de vuestra exaltación. Debe entenderse, pues, que si alguno ejecuta buenas obras, ya sean terrenas, ya celestiales, queda anotado como con caracteres y fijo en la memoria de Dios eternamente.

En aquella misma hora se regocijó en el Espíritu Santo y dijo: "Doy a ti loor, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a los pequeñitos. Así es, Padre, porque así ha sido de tu agrado. Todas las cosas me son entregadas por mi Padre; y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien lo quiere revelar el Hijo". (vv. 21-22)

La confesión no siempre significa penitencia, sino también acción de gracias, como leemos muchas veces en los Salmos.

Da, pues, gracias de haber revelado los misterios de su advenimiento a los apóstoles, como párvulos, mientras que los escribas y fariseos, que se creían sabios y se miraban como prudentes, los ignoraron.

A los sabios y a los prudentes no les opuso ignorantes e imbéciles, sino párvulos (esto es, humildes), para demostrar que condenaba la vanidad, no la penetración.

O dice que le han sido entregadas todas las cosas, es decir, no los elementos del mundo, sino aquellos párvulos a quienes el Padre reveló por el Espíritu los misterios del Hijo y de la salvación, de los cuales se regocijó al hablar aquí.

Y volviéndose hacia sus discípulos, dijo: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo, que muchos Profetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: y oír lo que oís, y no lo oyeron". (vv. 23-24)

San Mateo llama más claramente a los profetas, reyes justos (Mt 13). Son, en efecto, grandes reyes, porque no cedieron a los movimientos de las pasiones, sino que reinaron sobre ellas.

Ellos, viéndolo a lo lejos, lo vieron en espejo y en enigma; los apóstoles, teniendo presente al Señor y aprendiendo de El cuanto querían,

no necesitaban ser instruidos por los ángeles ni por revelaciones de otras especies.

Y se levantó un doctor de la ley, y le dijo para tentarle: "Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" Y El le dijo: "En la ley, ¿qué hay escrito? ¿Cómo lees?" El, respondiendo, dijo: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo". Y le dijo: "Bien has respondido: Haz eso, y vivirás". (vv. 25-28)

El Señor había dicho antes que sus nombres estaban escritos en el cielo; de donde, como creo, el doctor de la ley tomó ocasión de tentar al Señor. Por lo que se dice: "Y se levantó un doctor de la ley, y le dijo para tentarle", etc.

Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?" Y Jesús, tomando la palabra, dijo: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y dio en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, y después de haberle herido, le dejaron medio muerto, y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y, viéndole, pasó de largo. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él: y cuando le vio, se movió a compasión, y acercándosele, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; y poniéndole sobre su bestia, le llevó a una venta, y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos denarios y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele, y cuanto gastares de más, yo te lo daré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquél, que dio en manos de los ladrones?" "Aquél, respondió el doctor, que usó con él de misericordia". Y Jesús le dijo: "Ve y haz tú lo mismo". (29-37)

Los pecados se llaman heridas, porque por ellos se destruye la integridad de la naturaleza humana. Se marcharon, no cesando de poner acechanzas, sino ocultando el fraude de sus insidias.

Y se dice bien que puesto sobre el jumento lo llevó al hospedaje, porque ninguno entrará en la Iglesia si no se une al cuerpo de Cristo por medio del santo Bautismo.

Aconteció que, como fuesen de camino, entró, pues, en una aldea, y una mujer, que se llamaba Marta, le recibió en su casa: y ésta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada también junto a los pies del Señor, oía su palabra. Pero Marta estaba afanada preparando lo necesario: la cual se presentó y dijo: "Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude". Y el Señor le respondió: "Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada". (vv. 38-42)

El amor a Dios y al prójimo, que antes había explicado el Señor por medio de palabras y parábolas, ahora lo expone por medio de obras y de verdades. Dícese, pues: "Y aconteció que, como fuesen de camino, Jesús entró en una aldea".

Capítulo 11

Y aconteció que estando Jesús orando en cierto lugar, cuando acabó le dijo uno de sus discípulos: "Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos". Y Jesús le respondió: "Cuando orareis, decid: Padre: santificado sea el tu nombre. Venga el tu reino. Danos hoy el pan nuestro de cada día. Y perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación". (vv. 1-4)

Después de la historia de las hermanas que significaron las dos vidas de la Iglesia, se escribe, no sin misterio, que Jesús oró y enseñó a orar a sus discípulos, pues la oración que enseñó encierra en sí el misterio de ambas vidas y la perfección de estas vidas no puede obtenerse por nuestras propias fuerzas, sino por nuestras oraciones; por esto se dice: "Y un día estando Jesús orando en cierto lugar", etc.

Les dijo también: "Si alguno de vosotros tuviere un amigo y fuese a él a media noche, a decirle: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle; aunque aquél desde dentro le responda: No me molestes; ya está cerrada la puerta, y mis criados están como yo, acostados; no puedo levantarme a dártelos: si el otro porfía en llamar y más llamar, yo os aseguro que cuando no se levantara a dárselos por ser su amigo, a lo menos por librarse de su importunidad, se levantará al fin y le dará cuantos panes hubiere menester". (vv. 5-8)

Así os digo yo: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquél que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá. Que si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿le dará acaso una piedra? ¿O si pide un pez, por ventura le dará una sierpe en lugar del pez? ¿O si un huevo, por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo

malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que lo piden?" (vv. 9-13)

O bien, llama malos a los que aman las cosas del mundo, que dan lo que consideran bueno según su modo de entender, y que son buenas, en efecto, por su naturaleza y para el uso de esta frágil vida. Por esto añade: "Sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos". Los apóstoles que, en virtud de su elección, se sobrepusieron a la bondad de los demás, comparados con la bondad divina, pueden considerarse como malos, porque nada es bueno por sí mismo, sino sólo Dios. Por lo que añade: "¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden?", (expresase así por San Mateo (Mt 7,11): "Dará cosas buenas a los que se las pidan"). Aquí muestra que el Espíritu Santo es la plenitud de todos los dones de Dios, porque todas las ventajas que nos vienen de la gracia de los dones de Dios, emanan de esta fuente.

Y estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo; y así que hubo echado al demonio, habló el mudo, y se maravillaron las gentes. Mas algunos de ellos dijeron: "Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa los demonios", y otros por tentarle le pedían les hiciese ver algún prodigio del cielo. (vv. 14-16)

Admirándose siempre las turbas -que parecían menos instruídas- de los hechos del Señor, los escribas y los fariseos se esforzaban en negarlos o en darles mala interpretación, haciéndolos aparecer no como obra de la divinidad, sino del espíritu inmundo. Por esto sigue el evangelista: "Mas no faltaron allí algunos que dijeron": "Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa El los demonios". Beelzebub era el dios de Accaron ¹; Beel es lo mismo que Baal y Zebub quiere decir mosca. Por tanto, Beelzebub viene a significar el señor de las moscas ², de cuyo asqueroso rito tomó el nombre el príncipe de los demonios.

Notas

¹ Accaron o Eqrón: ciudad filistea.

2. O también: señor del estiércol.

Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dijo: "Todo reino dividido en partidos contrarios, quedará destruido; y una casa dividida en facciones camina a la ruina. Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Y si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos por quién los lanzan? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si con el dedo de Dios lanzo los demonios, es evidente que el reino de Dios ha llegado ya a vosotros". (vv. 17-20)

No responde a lo que han dicho sino a lo que piensan, para que se viesen compelidos a creer en el poder de Aquel que veía los secretos del corazón.

El reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tampoco está dividido, sino que está establecido con estabilidad eterna. Renuncien, pues, los arrianos a sostener que el Hijo es menor que el Padre, y el Espíritu Santo menor que el Hijo, porque los que tienen el mismo reino tienen la misma majestad.

O bien, designa como hijos de los judíos a los exorcistas de aquella gente que arrojaban a los demonios invocando a Dios; como diciendo: si la expulsión de los demonios en vuestros hijos se atribuye a Dios y no a los demonios, ¿por qué cuando se trata de mí no ha de reconocer igual causa la misma obra? Luego ellos mismos serán vuestros jueces, no por poder sino por comparación; porque ellos atribuyen a Dios la expulsión de los demonios y vosotros a Beelzebub, príncipe de los demonios.

"Cuando un hombre valiente guarda armado la entrada de su casa, todas las cosas que posee están seguras. Pero si otro más fuerte que él le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por mí, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama". (vv. 21-23)

Llama su atrio al mundo, porque está ocupado por la malicia (1Jn 5,19) teniendo en él todo poder hasta la venida del Salvador, como que descansaba en los corazones de los infieles sin contradicción ninguna, pero fue vencido por uno más fuerte en poder, Cristo, que al liberar a todos los hombres lo expulsó del mismo, por esto añade: "Pero si sobreviniendo otro más fuerte que él lo venciere", etc. Sus armas son la astucia, el engaño y la torpeza espiritual; y sus restos son los hombres engañados por él. Jesucristo como vencedor distribuye los restos -lo cual es señal de triunfo-, porque conduciendo cautiva a la cautividad, repartió sus dones a los hombres; esto es, ordenando que unos sean apóstoles, otros evangelistas, otros profetas y otros pastores y doctores (Ef 4).

"Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se va por lugares áridos buscando lugar donde reposar; y cuando no le halla, dice: me volveré a mi casa de donde salí: y cuando vuelve la halla barrida y bien adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre es peor que el primero". (vv. 24-26)

Esto mismo puede entenderse respecto de los herejes, de los cismáticos y de todo mal católico, de quienes ha salido el espíritu inmundo en el día del bautismo. Este recorre los lugares áridos, esto es, los corazones de los fieles que están limpios de la blandura de los pensamientos vanos; examina el astuto acechador si puede inculcar en ellos los pasos de su iniquidad. Dice, pues: "Me volveré a mi casa, de donde salí"; en lo cual debe temerse que nos oprima por nuestra negligencia la culpa que creíamos extinguida en nosotros. La encuentra barrida, esto es, limpia de la suciedad del pecado por la gracia del bautismo; pero vacía de buenas obras. Se entiende, en fin, por los siete espíritus malos que toma consigo, todos los vicios; y se llaman peores porque no sólo tendrá aquellos siete vicios que son contrarios a las siete virtudes espirituales, sino que también fingirá tener estas virtudes por hipocresía.

Puede también entenderse que el Señor añadió esto para distinguir sus acciones de las de Satanás. El siempre limpia lo que está manchado,

mientras que Satanás se apresura a manchar con mayores inmundicias lo que ha sido limpiado.

Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron". Pero Jesús respondió: "Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica". (vv. 27-28)

Una mujer confiesa con gran fe la encarnación del Señor, en tanto que los escribas y los fariseos lo tientan y blasfeman. Y así dice: "Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó", etc. Con cuyas palabras confundió la calumnia de los personajes que estaban presentes y la perfidia de los futuros herejes. Porque así como entonces los judíos negaban al verdadero Hijo de Dios, blasfemando de las obras del Espíritu Santo; así después los herejes no quisieron confesar al verdadero Hijo del hombre, consustancial al Padre, negando que María siempre Virgen, por la cooperación de la virtud del Espíritu Santo, hubiese provisto la materia de la carne al Unigénito de Dios que había de nacer. Pero si se dice que la carne del Verbo de Dios, nacido según la carne, es extraña a la de la Virgen Madre, habría que decir que no hay razón para beatificar el vientre que lo había llevado y los pechos que le habían alimentado. ¿Cómo podía decirse que había sido alimentado con la leche de la Virgen si se niega que lo haya concebido en su seno, siendo así que, según los físicos, uno y otro proceden de un mismo origen? Y no sólo Ella que mereció engendrar corporalmente al Verbo de Dios, sino que asegura que son bienaventurados también todos lo que procuran concebir, dar a luz y como dar de lactar espiritualmente al mismo Verbo por la fe y la práctica de las buenas obras, tanto en su corazón como en el de sus prójimos. Sigue pues: "Pero Jesús respondió: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios", etc.

La misma Madre de Dios es bienaventurada ciertamente porque fue el instrumento temporal de la encarnación del Verbo; pero también lo fue por haber sido su amorosa y constante guarda. Con esta sentencia, pues, hiere a los sabios judíos, que no solamente se negaban a oír y a guardar la

Palabra de Dios, sino que también buscaban ocasión para negarlo y blasfemar.

Como las gentes acudiesen a oírle, comenzó a decir: "Esta generación es una raza perversa: pide un prodigio, y no se le dará otro prodigio que el del profeta Jonás. Porque así como Jonás fue una señal para los de Nínive, así el Hijo del hombre lo será para los de esta generación. La reina del Mediodía se levantará el día del juicio contra los hombres de esta nación y los condenará: porque vino del cabo del mundo a oír la sabiduría de Salomón, y veis aquí uno superior a Salomón. Los habitantes de Nínive se levantarán también el día del juicio contra esta generación, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia por la predicación de Jonás; y he aquí más uno que es superior a Jonás". (vv. 29-32)

El Señor había sido provocado de dos maneras: unos lo calumniaban diciendo que arrojaba los demonios en nombre de Beelzebub, a quienes contestó como queda dicho; y otros lo tentaban pidiéndole un prodigio del cielo, a quienes ahora empieza a contestar. Por esto sigue: "Como las gentes acudiesen a oírle comenzó a decir: Esta raza de hombres es una raza perversa", etc.

Les da un signo, no del cielo, porque eran indignos de verlo, sino de lo profundo del infierno. Es decir, les da la señal de su encarnación, no de su divinidad; de su pasión, no de su glorificación.

No precisamente por el poder del juicio, sino por la comparación de sus hechos, que fueron mejores. Y prosigue: "Porque vino del cabo del mundo a oír la sabiduría de Salomón, y veis aquí uno superior a Salomón". La palabra aquí significa que entre ellos se hallaba quien era incomparablemente superior a Salomón.

Si la reina del Mediodía 1 que no se duda fuese elegida, se levantará en juicio contra los réprobos, es evidente que no habrá para todos los mortales (tanto los buenos como los malos) más que una resurrección. Y esto no mil años antes del día del juicio, según las fábulas de los judíos, sino en el mismo día del juicio.

Notas

1. Mediodía o sur es lo mismo. Se refiere a la reina de Saba (reino al sur de Arabia) que visitó a Salomón -según 1Rey 10, 1-13- motivada por la fama de su gran sabiduría.

"Ninguno enciende una antorcha para ponerla en un lugar escondido, ni debajo de un celemín, sino sobre un candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo estuviera puro, todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si estuviera dañado, también tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Cuida, pues, que la luz que hay en ti no se convierta en tinieblas. Porque si tu cuerpo estuviere todo iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo él será luminoso, y te alumbrará como una antorcha refulgente".
(vv. 33-36)

El Señor habla aquí de sí mismo, manifestando que aunque antes había dicho que no se daría señal alguna a aquella raza sino la de Jonás, no por esto quiere ocultar la claridad de su luz a los fieles. El mismo encendió la antorcha que llenó con la llama de su divinidad la naturaleza humana. No la quiso ocultar a los creyentes, ni ponerla debajo del celemín -esto es, dentro de la medida de la ley o dentro de los términos o fronteras de la sola nación judaica-, sino que la colocó sobre el candelero -esto es, sobre la Iglesia-. De esta manera ha hecho resplandecer en nuestras inteligencias la fe de su encarnación, para que los que quieran entrar con fe en la Iglesia puedan ver claramente la luz de la verdad. Por último, mandó que no sólo fuesen puras nuestras acciones, sino que purificáramos y castigáramos los pensamientos y las intenciones mismas del corazón; por ello dice: "La antorcha de tu cuerpo es tu ojo".

Cuando añade, pues: "Porque si tu cuerpo", etc. Llama cuerpo al conjunto de todas nuestras acciones. Porque si haces una obra buena con buena intención no teniendo en tu conciencia ningún pensamiento tenebroso, aun cuando alguno de tus prójimos sufra daño por tu buena acción, tú, sin embargo, en virtud de la rectitud de tu corazón, recibirás gracia aquí, y gloria de luz en la otra vida. Lo que da a conocer cuando

añade: "Y te alumbrará como una antorcha luciente". Todo esto se dijo en contra de la hipocresía de los fariseos qu

esto se dijo en contra de la hipocresía de los fariseos que pedían capciosamente una señal.

Así que acabo de hablar, un fariseo le convidó a comer en su casa; y entrando Jesús en ella, púsose a la mesa. Entonces el fariseo, discurriendo consigo mismo, comenzó a decir: "¿Por qué no se habrá lavado antes de comer?" Y el Señor dijo: "Vosotros, oh fariseos, limpiáis el exterior de las copas y de los platos: mas el interior de vuestro corazón está lleno de rapiña y de maldad. ¡Necios! ¡No sabéis que el hizo lo de fuera hizo también lo de dentro? Sobre todo, dad limosna de lo vuestro que os sobra y todas las cosas estarán limpias en orden a vosotros. Mas ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la yerba buena y de la ruda, y de toda hortaliza, y no hacéis caso de la justicia y del amor de Dios! Estas son las cosas que debíais practicar sin omitir aquéllas. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos de las sinagogas y ser saludados en público! ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros, que están encubiertos, y que son desconocidos de los hombres que pasan por encima de ellos". (vv. 37-44)

San Lucas no dice: "Y cuando decía estas cosas", para dar a entender que no fue inmediatamente después de decir lo que había narrado antes, sino que pasaron algunos momentos antes que el fariseo le rogase fuese a comer con él.

Y así, cuando le anunciaron que estaban fuera su madre y sus hermanos, y dice: (Mt 12,50) "El que hiciere la voluntad del Señor, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre"; es de suponer que había entrado ya al convite por el ruego del fariseo.

Como diciendo: El que hizo las dos dimensiones del hombre desea que ambas estén limpias. Lo cual es contrario a los maniqueos, que dicen que Dios sólo ha creado el alma, pero que la carne ha sido creada por el diablo. Esto también se opone a los que detestan como muy graves los

pecados corporales (como son la fornicación, el hurto y otros semejantes) y consideran leves los espirituales, que condena no menos el Apóstol (Gal 5).

Dice: "lo que resta", esto es, lo que no es necesario para comer y vestir. Porque no manda que se haga la limosna de modo que tú mismo te reduzcas a la indigencia, sino que, satisfechas las necesidades de tu cuerpo, des al pobre todo cuanto puedas. También puede entenderse de este modo: Lo que resta, esto es, el solo remedio que queda a los que andan preocupados por sus muchas maldades es dar limosna. Esta palabra se refiere a todas las obras de misericordia, porque da limosna no sólo el que da de comer al que tiene hambre y otras necesidades por el estilo, sino también el que perdona a quien le falta y ruega por él, y el que corrige a otro castigándolo con alguna pena para que se enmiende.

Entonces uno de los doctores de la ley, le dijo: "Maestro, hablando así, nos afrentas también a nosotros". Y El dijo: "¡Ay de vosotros igualmente, doctores de la ley, porque echáis a los hombres cargas que no pueden soportar, y vosotros ni aun con la punta del dedo las tocáis! ¡Ay de vosotros que fabricáis mausoleos a los profetas después que vuestros mismos padres los mataron! Verdaderamente dais a conocer que aprobáis los atentados de vuestros padres porque ellos en verdad los mataron, mas vosotros edificáis sus sepulcros. Por eso dijo también la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y matarán a unos y perseguirán a otros; para que a esta nación se le pida cuenta de la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde el principio del mundo: desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías que pereció entre el altar y el templo. Sí, os lo digo, que a esta raza de hombres se le pedirá de ello cuenta. ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia! Vosotros mismos no habéis entrado, y aun a los que iban a entrar se lo habéis impedido". Diciéndoles estas cosas, los fariseos y los doctores de la ley comenzaron a contradecirle porfiadamente y a pretender taparle la boca de muchas maneras, armándole asechanzas y tirando a sonsacarle alguna palabra de que poder acusarle. (vv. 45-54)

Cuán miserable es la conciencia de aquellos que se creen ofendidos oyendo la palabra de Dios, y recordando la pena de los malvados se cree siempre condenada.

Se les decía con razón que no tocaban ni con el dedo la carga de la ley; esto es, que no la cumplían en lo más mínimo, puesto que, contra la costumbre de sus mayores, presumían que la cumplían y la hacían cumplir sin la fe y la gracia de Cristo.

Fingían, en efecto, para captarse el amor del pueblo, que miraban con horror la perfidia de sus padres, adornando con magnificencia los sepulcros de los profetas que ellos habían muerto; pero en esto mismo manifiestan cuánto consentían en la iniquidad de sus padres, injuriando al Señor anunciado por los profetas. Por lo cual dice: "Por eso dijo también la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y matarán a unos y perseguirán a otros".

Si, pues, la misma sabiduría de Dios es la que ha enviado profetas y apóstoles, dejen de sostener los herejes que Jesucristo tiene su principio en la Virgen, y que uno es el Dios de la ley y los profetas y otro distinto el del Nuevo Testamento. Aunque también muchas veces los apóstoles llaman profetas en sus escritos no sólo a los que anuncian la futura encarnación de Jesucristo, sino a los que predicen las futuras alegrías del reino de los cielos. Pero de ningún modo creo que éstos deban ser considerados de rango superior a los apóstoles.

Se pregunta ¿por qué razón se exige de esta generación de judíos la sangre de todos los profetas y de los justos, siendo así que muchos de los santos -antes y después de la encarnación- habían sido muertos por otras naciones? Pero es costumbre en las Sagradas Escrituras el dividir a los hombres en dos generaciones, la de los buenos y la de los malos.

No es de admirar que desde la sangre de Abel, que fue el primero que sufrió el martirio, les exija su responsabilidad. Pero ¿por qué dice hasta la sangre de Zacarías, siendo así que muchos fueron muertos después de él hasta el nacimiento de Jesucristo, y aun en este mismo tiempo fueron degollados muchos inocentes? Quizá porque Abel fue pastor de ovejas y Zacarías sacerdote, habiendo sido muerto el primero en el campo y el segundo en el atrio del templo, representando con sus nombres los dos órdenes de mártires: el de los seglares y el de los sacerdotes.

Cuán verdaderos son los crímenes de perfidia, de disimulo y de impiedad -imputados a los fariseos y los doctores de la ley-, lo manifiestan ellos mismos, puesto que, en vez de arrepentirse, se oponen insidiosamente al doctor de la verdad. Sigue, pues: "Diciéndoles estas cosas, los fariseos y los doctores de la ley comenzaron a instar fuertemente".

Capítulo 12

Entretanto, habiéndose juntado alrededor de Jesús tanto concurso de gentes que atropellaban unos a otros, comenzó a decir a sus discípulos: "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Mas nada hay tan oculto que no se haya de manifestar, ni tan secreto que al fin no se sepa. Así es que lo que dijisteis a oscuras, se dirá en la luz del día, y lo que hablasteis al oído en las alcobas se pregonará sobre los terrados". (vv. 1-3)

Porque así como una pequeña cantidad de levadura corrompe toda la masa de harina (1Cor 5,6), así el disimulo priva al alma de toda la sinceridad y verdad de las virtudes.

Dice esto también, porque todo lo que dijeron los apóstoles en las tinieblas de la persecución y en las sombras de las cárceles había de predicarse públicamente con la lectura de sus hechos en la Iglesia extendida por todo el orbe. Y en verdad, cuando dice: "Se pregonará sobre los tejados", habla según la costumbre de la Palestina, en donde acostumbran a estar sobre los tejados, los cuales no están en declive como los nuestros, sino formando figura perfectamente plana e igual (esto es, una superficie plana). Dice, pues: "Se pregonará sobre los tejados"; esto es, al descubierto, para que todos lo oigan.

"A vosotros, empero, que sois mis amigos, os digo: No tengáis miedo de los que matan el cuerpo, y hecho esto ya no pueden hacer más. Yo quiero mostraros a quién habéis de temer: temed a aquel que después de quitar la vida, puede arrojar al infierno. A éste es, os repito, a quién habéis de temer. ¿No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos cuartos, y con todo ni uno de ellos es olvidado de Dios? Hasta los cabellos de vuestra cabeza todos están contados. Por tanto, no tenéis que temer: más valéis vosotros que muchos pajarillos". (vv. 4-7)

Por tanto es en vano la locura de los que arrojan los miembros muertos de los mártires para que los despedacen las fieras y las aves, porque esto no impide que la omnipotencia de Dios vuelva a darles vida resucitándolos.

Un dipondio era una moneda de muy poco peso y constaba de dos ases.

No debe leerse que sois muchos, como si se tratara del número, sino que sois más que muchos, esto es, de mayor importancia para Dios.

"Os digo, pues, que cualquiera que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. Al contrario, quien me negare ante los hombres, negado será ante los ángeles de Dios. Si alguno habla contra el Hijo del hombre, este pecado se le perdonará; pero no habrá perdón para quien blasfemare del Espíritu Santo. Cuando os conduzcan a las sinagogas, y a los magistrados, y a las potestades, no paséis cuidado de lo que o cómo habéis de responder o alegar; porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel trance lo que debéis decir". (vv. 8-12)

Había dicho antes el Salvador que todas las acciones y las palabras ocultas habrían de publicarse; y ahora añade que esta publicación no se verificará en una reunión cualquiera, sino en la ciudad eterna y en presencia del rey y juez eterno; por eso dice: "Os digo, pues, que cualquiera que me confesare", etc.

Pero para que no se juzgue que están en igual caso los que lo niegan por otras razones -esto es, los que lo niegan por debilidad e ignorancia-, y por ello habrían de ser negados, añadió en seguida: "Si alguno habla contra el Hijo del hombre, este pecado se le perdonará", etc.

El que dice que las obras del Espíritu Santo son de Beelzebub no será perdonado ni en esta vida, ni en la otra. No porque neguemos que pueda ser perdonado por Dios si hace penitencia, sino para que nos convenzamos que el blasfemo no llegará nunca a tener los méritos necesarios para ser perdonado, ni a hacer frutos dignos de penitencia; según

estas palabras (Is 6,10 y Mt 12): "Cegó sus ojos para que no se conviertan y no los salve yo".

No obstante, los que dicen que no es Santo y que no es Dios, sino que es menor que el Padre y que el Hijo, no son reos del crimen irremisible de blasfemia, porque esto lo hacen llevados por la ignorancia humana, no por la diabólica envidia, como los príncipes de los judíos.

Cuando somos llevados a causa de Jesucristo ante los jueces, únicamente debemos ofrecer nuestra voluntad por El, porque lo que hemos de responder ya nos lo inspirará el Espíritu Santo. Por esto añade: "Porque el Espíritu Santo, os enseñara".

Entonces le dijo uno del auditorio: "Maestro, di a mi hermano que me de la parte que me toca de la herencia". Mas El le respondió: "Oh hombre, ¿quién me ha constituido a mí juez o repartidor entre vosotros?" Y les dijo: "Estad alerta, y guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de bienes que posee". (vv. 13-15)

Aquel que quiere molestar con la partición de la tierra al Maestro - que recomienda la alegría de la paz celestial-, merece con razón que se le llame hombre; como dice San Pablo (1Cor 3,3): "Puesto que hay entre vosotros celos y cuestión ¿no sois hombres?".

Con motivo de habérsele presentado este necio pretendiente, exhortó contra la peste de la avaricia a las turbas y a sus discípulos, con sus preceptos y ejemplos; por lo cual prosigue: "Y les dijo: Estad alerta y guardaos de toda avaricia". Dice, pues, de toda avaricia, porque algunas cosas parecen hacerse con sencillez, pero la conciencia discierne la intención con que se hacen.

Y les contó una parábola diciendo: "El campo de un hombre rico había llevado abundantes frutos. Y él pensaba entre sí mismo, y decía: ¿Qué haré porque no tengo en dónde encerrar mis frutos? Y dijo: Esto haré: Derribaré mis graneros, y los haré mayores; y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. Y diré

a mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: descansa, come, bebe, ten banquetes. Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te vuelven a pedir el alma, ¿lo que has allegado, para quién será? Así es el que atesora para sí y no es rico en Dios". (vv. 16-21)

Este es un necio y desaparecerá de noche. Luego el que quiere ser rico para Dios, no atesore para sí, sino distribuya sus bienes entre los pobres.

Y dijo a sus discípulos: "Por tanto os digo: no andéis solícitos para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. Más es el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido". (vv. 22-23)

"Mirad los cuervos que no siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. ¿Pues cuánto más valéis vosotros que ellos? ¿Y quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir a su estatura un codo? Pues si lo que es menos no podéis, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas?" (vv. 24-26)

Esto es, vosotros valéis mucho más, porque el hombre, animal racional, tiene un destino más sublime en el orden de la naturaleza que los seres irracionales, como son las aves.

Dejad, pues, el cuidado del cuerpo a Aquel que lo ha formado y le ha dado su estatura.

"Mirad los lirios cómo crecen, que ni trabajan ni hilan: pues os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos. Pues si a la yerba, que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más a vosotros, de poquísima fe? No andéis, pues, afanados, por lo que habéis de comer o beber; y no andéis elevados, porque todas estas son cosas por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe que de éstas tenéis

necesidad. Por tanto, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". (vv. 27-31)

Debe observarse, sin embargo, que no dice: no queráis buscar o andar solícitos respecto de lo que habeís de comer, de beber, o de vestir, sino de lo que comeréis o beberéis; en donde me parece que son reprendidos todos aquellos que, despreciando el alimento o el vestido común, buscan alimentos o vestidos más ricos o más austeros que las personas con quienes viven.

Hay que comprender que una cosa es lo que principalmente se da y otra lo que se añade. Porque debemos proponernos por fin la eternidad y usar sólo de lo temporal.

"No temáis, pequeña grey: porque a vuestro Padre plugo daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna. Haced bolsas, que no se envejecen, tesoro en los cielos que jamás falta; a donde el ladrón no llega, ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón". (vv. 32-34)

El Señor también llama pequeña grey a los escogidos, ya comparándolos con el mayor número de réprobos, o más bien por su amor a la humildad.

Como diciendo: no temáis que falten las cosas necesarias a los que en esta vida trabajan por el reino de Dios. Más aún, vendan también lo que poseen y denlo de limosna. Esto se hace dignamente cuando alguno, una vez que ha dejado todos sus bienes por el Señor, no obstante gana con el trabajo de sus manos por el reino, lo necesario para el alimento y para dar limosna.

Esto es, dando limosna, cuya recompensa dura eternamente. Pero este precepto no debe entenderse en el sentido de que los santos no puedan reservarse ningún dinero -ni para su uso ni para el de los pobres-, ya que el mismo Dios, a quien servían los ángeles (Mt 4), tenía una bolsa en la que conservaba lo que le daban los fieles (Jn 12). Ha de entenderse más bien en

el sentido de que no debe servirse a Dios por estas cosas, ni abandonarse la justicia por temor de la pobreza.

Debe entenderse sencillamente en esto que el dinero que se guarda desaparece y que dado al prójimo produce un fruto eterno en los cielos. O bien que el tesoro de las buenas obras, si se coloca en asunto de interés mundano, se corrompe y desaparece fácilmente. Pero si se ahorra, no para merecer exteriormente la aprobación de los hombres -como el ladrón que roba de fuera- ni para buscar interiormente la vanagloria -como la polilla que destruye en lo interior- sino con santa intención, no se corrompe.

Esto debe entenderse no sólo respecto del dinero, sino de todas las pasiones. Los festines son el tesoro para el lujurioso, las fiestas para el lascivo y la liviandad para aquél a quien domina el amor.

"Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos. Y sed vosotros semejantes a los hombres, que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando viniere y llamare a la puerta, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos que hallare velando el Señor cuando viniere. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar a la mesa y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela y así los hallare, bienaventurados son los tales siervos. Mas esto sabed, que si el padre de familia supiere la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, estad apercebidos, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre". (vv. 35-40)

Y Pedro le dijo: "Señor, ¿dices estas parábolas a nosotros, o también a todos?" Y dijo el Señor: "¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente que puso el señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo en tiempo? Bienaventurado aquel siervo que cuando el señor viniere le hallare así haciendo. Verdaderamente os digo, que lo pondrá sobre todo cuanto posee. Mas si dijere el tal siervo en su corazón: Se tarda mi señor en venir, y comenzare a maltratar a los siervos, y a los criados, y a comer y a beber, y a embriagarse,

vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe, y le apartará y pondrá su parte con los desleales". (vv. 41-46)

El Señor advertía dos cosas en esta parábola: primero, que El vendría de pronto; y segundo, que se debía estar preparado para recibirlo. Pero no se manifiesta claramente cuál de estas dos cosas preguntó San Pedro o si preguntó las dos a la vez, ni a quiénes se refería al decir todos cuando preguntó: "¿Dices esta parábola a nosotros, o también a todos?". Y por tanto, cuando dice nosotros y todos, es de creer que habla de los apóstoles y de los que se les asemejaban y de los demás fieles, o de los cristianos y los infieles, o de los que van muriendo uno a uno recibiendo de buen o mal grado la venida de su juez y los que, cuando llegue el juicio universal estén aún vivos en la carne. Sería extraño que San Pedro dudase que deben vivir en la sobriedad, la piedad y la justicia los que aguardan la esperanza bienaventurada, o que hubiera de ser imprevisto el juicio de todos y el de cada uno. Por lo que sólo falta decir que, conociendo bien ambas cosas, preguntaba lo que podía ignorar, a saber: si la sublime enseñanza de la vida celestial, por la que había mandado vender los bienes, hacer bolsas que no envejeciesen, tener ceñidos los lomos y vigilar con las antorchas encendidas, se refería a los apóstoles y a sus semejantes, o a todos los que deben salvarse.

Tanta como sea la diferencia que hay entre los méritos de los que oyen bien y de los que enseñan bien, así será la diferencia de sus premios. Cuando el que ha de venir los encuentre vigilando, los hará sentarse a su mesa. Mas a los que encuentre administrando fiel y prudentemente, los colocará sobre todo lo que posee, es decir sobre todas las alegrías del reino de los cielos. No hará esto para que tengan solos el dominio de ellos, sino para que disfruten de su posesión eterna con mayor abundancia que los demás santos.

Observa que entre los defectos del siervo malo cuenta el de que cree que su señor tarda en volver; y entre las virtudes del bueno no cuenta que esperó que viniese pronto, sino solamente que le sirvió con fidelidad. Nada hay mejor que soportar con paciencia la ignorancia de lo que no podemos saber y entre tanto trabajemos para que se nos encuentre idóneos.

En este siervo se da a conocer la condenación de todos los superiores malos, quienes, menospreciando el temor de Dios, no sólo se entregan a la

lujuria, sino que también llenan de injurias a los que tienen a sus órdenes. Aquí puede entenderse por maltratar a los siervos y criados el corromper los corazones de los débiles con el mal ejemplo: comer, beber y embriagarse, u ocuparse en los delitos y placeres mundanos que enloquecen al hombre. Acerca de su castigo añade: "Vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera (esto es, en la hora del juicio o de la muerte) y le apartará".

También puede entenderse que lo dividirá separándolo de la comunidad de los fieles y asociándolo a los que nunca pertenecieron a la fe. Por esto prosigue: "Y le dividirá y pondrá su parte con los desleales", porque el que no se cuida de los suyos y de sus domésticos niega la fe y es peor que el infiel, como dice el Apóstol (1Tim 5,8).

"Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no se apercibió, y no hizo conforme a su voluntad, será muy bien azotado: mas el que no la supo, e hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado. Porque a todo aquél a quien mucho fue dado, mucho le será demandado. Y al que mucho encomendaron, más le pedirán". (vv. 47-48)

O de otro modo: a veces se da mucho a algunas personas juntamente con el conocimiento de la voluntad de Dios y la facultad de cumplir lo que conocen, pero se encomienda mucho a aquél a quien se confía con su propia salud el cuidado de apacentar al rebaño del Señor. Por tanto, como son dotados de gracias más importantes, si faltan merecen mayor castigo. Y los que, fuera de la culpa original con la que vinieron al mundo, no cometan ningún pecado merecerán la menor de las penas. En cuanto a los demás que cometieron recibirán un castigo tanto más tolerable, cuanto menor fue aquí su iniquidad.

"Fuego vine a poner en la tierra: ¿Y qué quiero sino que arda? Con Bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿Y cómo me angustio hasta que se cumpla? ¿Pensáis que soy venido a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. Porque de aquí adelante estarán cinco en una casa divididos, los tres

estarán contra los dos, y los dos contra los tres. Estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra su padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre: la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra". (vv. 49-53)

Después añade: "Con bautismo es menester que yo sea bautizado"; esto es, primero debo ser bañado con la propia sangre que yo he de derramar y así he de inflamar los corazones de los que creen con el fuego del Espíritu Santo.

Manifiesta cómo la tierra ha de ser abrasada después del bautismo de su pasión y de la venida del fuego espiritual, añadiendo: "¿Creéis que he venido a traer paz a la tierra?" etc.

O también: tres representa a los que creen en el misterio de la Santísima Trinidad y dos a los infieles que prescinden de la unidad de la fe. El padre es el diablo, cuyos hijos somos cuando lo imitamos. Pero después que vino aquel fuego celestial, nos separó unos de otros y nos dio a conocer a otro Padre que habita en los cielos. La madre es la sinagoga. La hija es la Iglesia primitiva, que sufrió persecución en su fe por la misma sinagoga, de quien desciende y que la contradijo con la verdad de su fe. La suegra es la sinagoga. La nuera es la Iglesia de los gentiles, porque Jesucristo, esposo de la Iglesia, es hijo de la sinagoga, según la carne. La sinagoga, por tanto, se divide contra la nuera y contra la hija, a quienes persigue en los que creen de uno y otro pueblo. Y ellas están divididas contra la suegra y la madre, porque no quieren recibir la circuncisión carnal.

"Y decía también al pueblo: Cuando veis asomar la nube de parte del Poniente, luego decís: Tempestad viene: y así sucede. Y cuando sopla el Austro, decís: Calor hará: y es así. Hipócritas, sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra: ¿pues cómo no sabéis reconocer el tiempo presente? ¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?" (vv. 54-57)

O bien: así como los que quisieron pudieron conocer fácilmente el estado de la atmósfera por la variación de los elementos, así también

pudieron, si hubiesen querido, conocer el tiempo de la venida del Señor por lo que dijeron los profetas.

Y por si había entre los que lo oían algunos que, ignorantes de la enseñanza profética, supusieran que no podían conocer el curso de los tiempos, muy oportunamente añadió: "¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos, lo que es justo?" Dando a entender que aun cuando ellos desconocían la ciencia, podían, sin embargo, comprender por la razón natural, que el que hacía cosas que ninguno otro hacía, estaba sobre el hombre y era Dios. Y por consiguiente que, después de las injusticias de esta vida, habría de venir el justo juicio del Creador.

"Cuando vas con tu contrario al príncipe, haz lo posible por librarte de él en el camino, porque no te lleve al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último maravedí". (vv. 58-59)

O bien: nuestro enemigo en el camino es la palabra de Dios contraria a nuestros deseos materiales en la presente vida, del que se libra el que se somete a sus preceptos. De otro modo será entregado al juez, porque en virtud del menosprecio de la palabra de Dios el pecador será tenido como reo en el examen del juez, quien lo entregará al ejecutor -es decir, al espíritu maligno- para la venganza. Y éste lo arrojará en la cárcel, esto es en el infierno, en donde siempre padecerá el castigo sin que nunca pueda obtener el perdón, por lo que jamás saldrá de allí, sino que sufrirá las penas eternas con la terrible serpiente, el diablo.

Capítulo 13

Y en este mismo tiempo estaban allí unos que le decían nuevas de los Galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios de ellos. Y Jesús les respondió diciendo: "¿Pensáis que aquellos Galileos fueron más pecadores que todos los otros por haber padecido tales cosas? Os digo que no: Mas si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera. Así como también aquellos diez y ocho hombres, sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató: ¿pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que moraban en Jerusalén? Os digo que no: Mas si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera". (vv. 1-5)

Pero como no hicieron penitencia, cuarenta años después de la pasión del Señor, viniendo los romanos (a quienes Pilato representaba como de su misma nación) y empezando por la Galilea (en donde había empezado la predicación del Señor) destruyeron de raíz aquella nación impía y no solamente mancharon con la sangre humana los atrios del templo donde acostumbraban a ofrecer los sacrificios, sino también el interior.

Pilato (que quiere decir boca de herrero) significa al diablo, que siempre está preparado para herir; la sangre representa al pecado y los sacrificios expresan las buenas acciones. Por tanto, Pilato mezcla la sangre de los galileos con la de sus sacrificios, cuando el diablo mancha la limosna y las demás buenas acciones de los fieles con la delectación de la carne, con la ambición de la humana alabanza o con cualquier otra iniquidad. Aquellos jerosolimitanos que fueron aplastados por la torre, representan a los judíos que no quisieron hacer penitencia y que habían de perecer dentro de sus mismas murallas. No carece de misterio el número dieciocho (el cual entre los griegos se escribe con I y H, que son las mismas letras con que empieza el nombre de Jesús). Esto quiere decir que los judíos habrían de perecer principalmente porque no quisieron reconocer el nombre del Salvador. Esa torre representa al que es la torre de la fortaleza, la cual estaba en Siloé, que quiere decir enviado. Representa, pues, al que vino al mundo enviado por el Padre y que aplastaría a todos aquéllos sobre quienes cayese.

Y decía también esta semejanza: "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña y fue a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al que labraba la viña: Mira, tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo: Córdala, pues, ¿para qué ha de ocupar aún la tierra? Mas él respondió y le dijo: Señor, déjala aún este año y la cavaré alrededor y la echaré estiércol. Y si con esto diere fruto, bien; y si no, la cortarás después". (vv. 6-9)

El mismo Señor que estableció la sinagoga por medio de Moisés, habiendo nacido en carne mortal y enseñado en la sinagoga, buscó con frecuencia fruto de fe, pero no lo encontró en la mente de los fariseos. Por esto sigue: "Y fue a buscar el fruto en ella y no lo encontró".

Lo cual se verificó en verdad por los romanos, por quienes los judíos fueron destruidos y expulsados de la tierra de promisión.

Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados. Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años había y estaba tan encorvada, que no podía mirar hacia arriba. Cuando la vio Jesús, la llamó a sí y le dijo: "Mujer, libre estás de tu enfermedad". Y puso sobre ella las manos, y en el punto se enderezó y daba gloria a Dios. Y tomando la palabra el príncipe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en el sábado, dijo al pueblo: "Seis días hay en que se puede trabajar; en éstos, pues, venid que os cure y no en sábado". Y respondiéndole el Señor, dijo: "Hipócritas, ¿cada uno de vosotros, no desata un buey o un asno del pesebre, y lo lleva a abrevar? ¿Y esta hija de Abraham, a quien tuvo ligada Satanás dieciocho años, no convino desatarla en día de sábado?" Y diciendo estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios, mas se gozaba todo el pueblo de todas las cosas, que El hacía gloriosamente. (vv. 10-17)

La hija de Abraham es toda alma fiel, o la Iglesia reunida de uno y otro pueblo por la fe. Así, en sentido espiritual, el buey o el asno soltados del

pesebre para ser llevados al abrevadero, son lo que la hija de Abraham, libertada de los vínculos de nuestra inclinación.

Decía, pues: "¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? Semejante es al grano de la mostaza, que lo tomó un hombre y lo sembró en su huerto, y creció y se hizo grande árbol, y las aves del cielo reposaron en sus ramas". Y dijo otra vez: "¿A qué diré que el reino de Dios es semejante? Semejante es a la levadura que tomó una mujer, y la escondió en tres medidas de harina hasta que todo quedó fermentado". (vv. 18-21)

El hombre es Cristo y el huerto es su Iglesia, que debe ser cultivada por sus doctrinas -cuyo huerto se dice con razón ha recibido el grano de mostaza- porque las gracias que nos ha concedido con el Padre por su divinidad, las ha recibido con nosotros por la humanidad. Creció la predicación del Evangelio y se extendió por todo el mundo. Crece también en el alma de todo creyente, porque ninguno se hace perfecto de pronto. Creciendo, pues, se eleva, no como las hierbas (que se secan pronto), sino a semejanza de los árboles que se elevan mucho. Las ramas de este árbol son sus diferentes dogmas, en los que las almas castas forman su nido y descansan subiendo a lo alto con las alas de sus virtudes.

Llama levadura al amor que hace creer y mueve a la mente. La mujer, que es la Iglesia, esconde la levadura del amor en las tres medidas, porque mandó que amemos a Dios de todo corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Y esto hasta que fermenta todo, es decir hasta que la caridad transforme nuestra alma en su perfección, lo cual empieza aquí pero concluye en la eternidad.

E iba por las ciudades y aldeas enseñando, y caminando hacia Jerusalén. Y le dijo un hombre: "Señor, ¿son pocos los que se salvan?" Y El les dijo: "Porfiad a entrar por la puerta angosta, porque os digo, que muchos procurarán entrar y no podrán. Y cuando el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, vosotros estaréis fuera y comenzaréis a llamar a la puerta,

diciendo: Señor, ábrenos, y El os responderá diciendo: No sé de dónde sois vosotros. Entonces comenzarán a decir: Delante de ti comimos y bebimos, y en nuestras plazas enseñaste. Y os dirá: No sé de dónde sois vosotros: apartaos de mí todos los obradores de la iniquidad. Allí será el llorar y crujir de dientes cuando viereis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán de Oriente, y de Occidente, y de Aquilón y de Austro, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y he aquí que son postreros los que eran primeros, y que son primeros los que eran postreros". (v. 22-30)

Atraídos por el deseo de salvarse y no podrán, asustados por las asperezas del camino.

El padre de familia es Jesucristo, el cual, aunque por su Divinidad se halla en todas partes, se dice que está dentro para los que llena de alegría en el cielo con su presencia, pero que está fuera para aquéllos que pelean en esta peregrinación y a quienes ayuda invisiblemente. Entrará, pues, cuando lleve a toda la Iglesia a la contemplación de su grandeza. Cerrará la puerta cuando quite a los réprobos el tiempo de hacer penitencia. Los que llaman estando fuera, esto es, los que están separados de los justos, en vano implorarán la misericordia que despreciaron. Por esto sigue: "Y El os responderá diciendo: No sé de dónde sois vosotros".

En sentido místico come y bebe delante del Señor el que recibe con avidez el alimento de su palabra. Por esto -como exponiendo- añade: "Y en nuestras plazas enseñaste". La Escritura es en lugares oscuros como una comida, porque se la parte, digámoslo así, al exponerla y se la toma el gusto meditándola. Y es como bebida en los lugares claros, en donde la recibimos como se encuentra. Este convite no ofrece atractivo al que no recomienda la piedad de la fe. Ni la ciencia de las Escrituras hace conocido de Dios al que hace indigno la iniquidad de sus obras. Por ello sigue: "No sé de dónde sois vosotros. Apartaos de mí", etc.

Hay, pues, doble castigo en el infierno: de frío y de calor. Por ello sigue: "Allí será el llorar y el crujir de dientes". El llanto proviene del ardor y el rechinar de dientes del frío. Además el rechinar de dientes manifiesta la indignación, porque el que se arrepiente tarde se irrita contra sí mismo.

Muchos que al principio son fervorosos, después se vuelven tibios y muchos que al principio son tibios, de pronto se hacen fervorosos. Muchos despreciados en esta vida habrán de ser glorificados en la otra y otros, honrados por los hombres, serán condenados al fin.

Estos mismos días se llegaron a El ciertos fariseos y le dijeron: "Sal de aquí y vete, porque Herodes te quiere matar". Y les dijo: "Id, y decid a aquella raposa que yo lanzo demonios, y doy perfectas sanidades hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Pero es necesario que yo ande hoy y mañana y otro día, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, ¿cuántas veces quise juntar tus hijos como el ave su nido debajo de sus alas, y no quisiste? He aquí que os será dejada desierta vuestra casa. Y os digo que no me veréis hasta que venga tiempo cuando digáis: Bendito, el que viene en el nombre del Señor". (vv. 31-35)

Por los engaños y por las acechanzas llama a Herodes zorra, la cual es un animal astuto que se esconde en las cuevas para acechar, que exhala un olor fétido y que nunca sigue los caminos rectos. Todo lo cual conviene a los herejes, cuyo tipo es Herodes, quienes se esfuerzan en extinguir en los fieles la humildad de la fe cristiana, es decir, a Cristo.

Llama Jerusalén, no a las piedras ni a los edificios, sino a los habitantes, a quien llora con afecto de padre.

Con mucha propiedad llama zorra a Herodes, que fraguaba su muerte. Y se compara a sí mismo con un ave, porque las zorras acechan siempre con engaño a las aves.

Esto significa que a la misma ciudad a que había llamado nido, ahora la llama casa de los judíos. Porque habiendo sido crucificado el Señor, vinieron los romanos, rompieron aquel nido vacío y se apoderaron de la ciudad que ocupaban, de su gente y de su reino.

O bien: No me veréis, es decir: no veréis mi rostro cuando venga por segunda vez si no hacéis penitencia y confesáis que yo soy el Hijo del Padre Omnipotente.

Capítulo 14

Y aconteció que entrando Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos a comer pan, ellos le estaban acechando. Y he aquí un hombre hidrópico estaba delante de El. Y Jesús dirigiendo su palabra a los doctores de la ley y a los fariseos les dijo: ¿si es lícito curar en sábado? Mas ellos callaron. El entonces le tomó, le sanó y le despidió. Y les respondió y dijo: "¿Quién hay de vosotros, que viendo su asno o su buey caído, no le saque luego en día de sábado?" Y no le podían replicar a estas cosas. (vv. 1-6)

Cuando se dice que Jesús respondió, se hace referencia a lo dicho antes, que los fariseos le estaban acechando, porque el Señor conoce los pensamientos de los hombres. Pero los preguntados callaban con razón, porque ven que cualquier cosa que dijese se volvería contra ellos. Porque si es lícito curar en día de sábado, ¿por qué acechar al Salvador por ver si cura? Y si no es lícito, ¿por qué ellos cuidan sus rebaños en dicho día? Por esto sigue: "Mas ellos callaron". En lo cual convenció de tal modo a los fariseos que lo observaban, que los condenó por su avaricia, puesto que tratando de librar un animal sólo consultaban su avaricia. ¿Con cuánta más razón, pues, debió Jesucristo librar al hombre, que es mucho mejor que una bestia?

Solventa esta cuestión con un ejemplo apropiado para manifestar que ellos, que quebrantaban el sábado con obras de ambición, le argüían porque la quebranta con una obra de caridad. Por esto sigue: "Y no le podían replicar a estas cosas".

Hablando en sentido místico, el hidrópico es comparado con aquél a quien el flujo exorbitante de los apetitos carnales tiene como oprimido, la palabra hidrópico trae su origen de la expresión humor acuoso.

Muy bien, por tanto, cita como ejemplo al buey y al asno significando a los sabios y a los ignorantes o a los dos pueblos, esto es, al judío, que está sometido al yugo de la ley y al gentil, a quien no domina razón ninguna. Porque el Señor saca del pozo de la concupiscencia a todos los sumergidos en él.

Y observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: "Cuando fueres convidado a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado más honrado que tú, y que venga aquel que te convidó a ti y a él y te diga: Da el lugar a éste, y que entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza; mas cuando fueres llamado, ve y siéntate en el último puesto. Para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo a la mesa. Porque todo aquél que se ensalza humillado será: y el que se humilla será ensalzado". (vv. 7-11)

Y como el evangelista llama parábola a esta amonestación, diremos lo que significa en sentido místico. Todo aquel que invitado viniese a las bodas de Jesucristo y de la Iglesia, unido a los miembros de la Iglesia por la fe, no se ensalce como si fuese superior a los demás, ni se gloríe por sus méritos; sino que cederá su lugar al que sea más digno, convidado después y que le aventaja en el fervor de los que siguen a Jesucristo y con modestia ocupará el último puesto conociendo que los demás son mejores que él en todo lo que se creía superior. Pero alguno se coloca en el último sitio, según aquellas palabras (Eclo 3,20): "Cuanto más grande seas, humíllate más en todo". Y entonces, viniendo el Señor, hará bienaventurado con el nombre de amigo al que encuentre humilde y le mandará subir más alto. Y todo aquél que se humilla como un niño, es más grande en el reino de los cielos (Mt 18,4). Así es que dice: "Entonces será para ti la gloria", para que no empieces a buscar ahora lo que te está reservado para el fin. Puede también entenderse esto respecto de la presente vida, porque el Señor todos los días entra a sus bodas despreciando a los soberbios y concediendo con frecuencia a los humildes tantos dones de su Espíritu, que los glorifican con su admiración los convidados, esto es, los fieles. De la conclusión general que se añade, se conoce claramente que la doctrina del Señor ya explicada debe entenderse en sentido figurado. Porque ni todo el que se ensalza delante de los hombres es humillado, ni todos los que se humillan en su presencia son

ensalzados por ellos. Pero el que se eleva por su mérito será humillado por el Señor; y el que se humilla por sus beneficios será ensalzado por El.

Y decía también al que le había convidado: "Cuando das una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que te vuelvan ellos a convidar y te lo paguen. Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos: y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte; mas se te galardonará en la resurrección de los justos". (vv. 12-14)

No prohíbe como un delito que se convide a los hermanos, a los amigos y a los ricos, pero manifiesta que, como los otros comercios de la necesidad humana, de nada nos aprovecha para obtener la salvación. Por esto añade: "No sea que te vuelvan ellos a convidar y te lo paguen". No dice que se pecará. Y esto se parece a lo que dice en otro lugar (Lc 6,36): "¿Y si hacéis beneficios a los que os los hacen, en qué consistirán vuestros méritos?" Hay también ciertos convites de hermanos y de vecinos, que no sólo no producen beneficio en la presente vida, sino que exponen a la condenación en la otra. Aquellos, por ejemplo, que se celebran contribuyendo todos a los gastos, o que paga cada cual con otro convite y en los cuales se conviene en hacer algo malo, excitándose muchas veces las pasiones por el exceso en la bebida.

Y aun cuando todos resucitan, se llama, sin embargo, resurrección de los justos, porque no dudan que serán bienaventurados en esta resurrección. Por tanto, los que convidan a los pobres recibirán el premio en la otra vida, pero los que convidan a los amigos, a los hermanos y a los ricos ya reciben aquí su premio. Mas cuando se hace esto por Dios, a imitación de los hijos de Job, como los otros deberes del amor fraternal, el mismo que lo manda recompensa.

Cuando uno de los que comían a la mesa oyó esto, le dijo: "Bienaventurado el que comerá pan en el reino de Dios". Y El le dijo: "Un

hombre hizo una grande cena y convidó a muchos. Y cuando fue la hora de la cena, envió uno de los siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba aparejado: Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir a verla; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir a probarlas; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: He tomado mujer, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dio cuenta a su señor de todo esto. Entonces airado el padre de familias dijo a su siervo: Sal luego a las plazas, y a las calles de la ciudad y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste y aún hay lugar. Y dijo el señor al siervo: Sal a los caminos, y a los cercados, y fuérzalos a entrar para que se llene mi casa. Mas os digo, que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena". (vv. 15-24)

Como muchos perciben el olor, digámoslo así, de este pan por la fe y les hastía su dulzura gustándolo verdaderamente, declara el Señor en la parábola siguiente que esta indiferencia no es digna de los banquetes celestiales. Sigue, pues: "Y El le dijo: Un hombre hizo una grande cena y convidó a muchos".

Y muchas gentes iban con El: y volviéndose les dijo: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz a cuestras, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo". (vv. 25-27)

"Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no cuenta primero de asiento los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla? No sea que después que hubiere puesto el cimiento, y no la pudiese acabar, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él diciendo: este hombre comenzó a edificar y no ha podido acabar. ¿O qué rey queriendo salir a pelear con otro rey, no considera antes de asiento, si podrá salir con diez mil hombres a hacer frente

al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, aun cuando el otro está lejos, envía su embajada pidiéndole tratado de paz. Pues así cualquiera de vosotros que no renuncie a lo que posee no puede ser mi discípulo". (vv. 28-33)

Hay diferencia entre renunciar a todas las cosas y dejarlas, porque es de un pequeño número de perfectos el dejarlas -esto es, posponer los cuidados del mundo- mientras que es de todos los fieles el renunciarlas -esto es, tener las cosas del mundo de tal modo que por ellas no estemos ligados al mundo-.

"Buena es la sal. Mas si la sal perdiera su sabor ¿con qué será sazonada? No es buena ni para la tierra, ni para el muladar. Mas la echarán fuera. Quien tiene orejas de oír, oiga". (vv. 34-35)

Había dicho antes que no sólo debe empezarse la torre de las virtudes, sino también que debe completarse. A esto se refiere lo que dice a continuación: "Buena es la sal". Es bueno esconder la sal de la sabiduría espiritual en los misterios del corazón y mucho mejor hacerse con los apóstoles sal de la tierra (Mt 5).

Como diciendo: si alguno se hace apóstata después de haber sido iluminado por la sal de la verdad, ¿por qué otro doctor será corregido? Este es el que, espantado por las adversidades del mundo o arrastrado por los placeres, renuncia a la dulzura de la sabiduría que él mismo ha gustado. Por esto sigue: "No es buena ni para la tierra ni para el muladar", etc. Cuando la sal deja de servir para condimentar los alimentos y secar las carnes, no es aprovechable para ninguna otra cosa. No es útil para la tierra, porque impide la fertilidad. Tampoco aprovecha para el estercolero que ha de servir para abono. Así, el que después de conocer la verdad retrocede, no puede dar fruto de buenas obras ni puede perfeccionar a otros, por lo que debe echársele fuera, esto es, debe separárselo de la unidad de la Iglesia.

O bien: oiga cada uno, no menospreciando, sino obedeciendo y haciendo lo que aprendió.

Capítulo 15

Y se acercaban a El los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: "Este recibe pecadores, y come con ellos". Y les propuso esta parábola diciendo: "¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso. Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia". "O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una dracma, no enciende el candil y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo, que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia". (vv. 1-10)

Mas dijo: "Un hombre tuvo dos hijos. Y dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca. Y él les repartió la hacienda. Y no muchos días después, juntando todo lo suyo el hijo menor se fue lejos a un país muy distante, y allí malrotó todo su haber, viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó a padecer necesidad. Y fue, y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra. El cual lo envió a su cortijo a guardar puercos. Y deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comían y ninguno se las daba". (vv. 11-16)

Apacentar los puercos es hacer como una obra de las que gozan los espíritus inmundos. Prosigue: "Y deseaba henchir su vientre de las algarrobas que los puercos comían".

Ser enviado al cortijo, equivale a subyugarse a la codicia de las cosas mundanas.

"Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose se fue para su padre. Y como aun estuviese lejos, le vio su padre, y se movió a misericordia; y corriendo a él le echó los brazos al cuello y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo a sus criados: Traed aquí prontamente la ropa primera, y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed un ternero cebado y matadlo, y comamos y celebremos un banquete. Porque éste mi hijo era muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a celebrar el banquete". (vv. 17-24)

No se atreve a aspirar al afecto de hijo aquel que no duda que todo lo que es de su padre sea suyo y así desea servirle como mercenario por una retribución. Pero declara que ni aun eso merece ya si no es por la bondad de su padre.

Esto es, en sus acciones, para que su fe brille en sus obras y éstas sean confirmadas por la fe.

"Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó a la casa, oyó la sinfonía y el coro. Y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo. El entonces se indignó y no quería entrar; mas saliendo el padre, comenzó a rogarle. Y él respondió a su padre y dijo: He aquí tantos años ha que te sirvo, y nunca he traspasado tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos. Mas cuando vino éste tu hijo, que ha gastado tu hacienda con

rameras, le has hecho matar un ternero cebado. Entonces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y revivió; se había perdido, y ha sido hallado". (vv. 25-32)

Cuando murmuraban los escribas y los fariseos porque recibía a los pecadores, el Salvador les propuso tres parábolas por orden. En las dos primeras les da a conocer cuánto se alegra con sus ángeles por la salvación de los que se arrepienten; pero en esta tercera, no sólo da a conocer su alegría y la de los suyos, sino que reprende la murmuración de los envidiosos. Dice, pues: "Y su hijo el mayor estaba en el campo".

Capítulo 16

Y decía también a sus discípulos: "Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado delante de él como disipador de sus bienes. Y le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo decir de ti? Da cuenta de tu mayordomía porque ya no podrás ser mi mayordomo. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré porque mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza. Yo sé lo que he de hacer, para que cuando fuere removido de la mayordomía me reciban en sus casas. Llamó, pues, a cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? Y éste le respondió: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu escritura, y siéntate luego, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo. El le dijo: Toma tu vale y escribe ochenta". (vv. 1-7)

Después que el Salvador reprendió en tres parábolas a los que murmuraban porque daba buena acogida a los penitentes, ahora añade la cuarta y después la quinta para aconsejar la limosna y la moderación en los gastos, porque la buena doctrina enseña que la limosna debe de seguir a la penitencia. Por esto continúa: "Decía a sus discípulos: Había un hombre rico", etc.

El arrendatario es el que gobierna la granja o caserío, por lo que toma el nombre de ella. El ecónomo es el administrador, tanto del dinero como de los frutos y de todo lo que tiene el Señor.

Un barril es entre los griegos el ánfora que contenía dos cántaros 1. Prosigue: Y le dijo: "Toma tu escritura y siéntate luego y escribe cincuenta", perdonándole así la mitad. Prosigue: "Después dijo a otro: ¿Y tú, cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo". Un coro tiene treinta modios o celemines. "El le dijo: Toma tu vale y escribe ochenta", perdonándole la quinta parte. Este pasaje da a entender que al que alivia la miseria del pobre en la mitad o en la quinta parte, se le recompensará por su misericordia.

Notas

1. Cada cántaro es equivalente aproximadamente a 13,13 litros.

"Y loó el señor al mayordomo infiel, porque lo hizo cuerdamente; porque los hijos de este siglo, más sabios son en su generación, que los hijos de la luz. Y yo os digo: Que os ganéis amigos de las riquezas de iniquidad, para que cuando falleciereis, os reciban en las eternas moradas. El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor; y el que es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho. Pues en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os fiará lo que es verdadero? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, lo que es vuestro, ¿quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o al uno se llegará y al otro despreciará: no podéis servir a Dios y a las riquezas". (vv. 8-13)

Se llaman hijos de la luz e hijos de este siglo, como hijos del reino e hijos de la perdición, porque cada uno se llama hijo de aquél cuyas obras hace.

Oiga esto el avaro y vea que no puede servir a la vez a Jesucristo y a las riquezas. Sin embargo, no dijo: quien tiene riquezas, sino el que sirve a las riquezas, porque el que está esclavizado por ellas las guarda como su siervo, y el que sacude el yugo de esta esclavitud, las distribuye como señor. Pero el que sirve a las riquezas sirve también a aquel que por su perversidad es llamado con razón dueño de las cosas terrenas y el príncipe de este siglo (Jn 12; 2Cor 4).

Mas los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas, y le escarnecían. Y les dijo: "Vosotros sois los que os vendéis por justos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios. La ley, y los profetas hasta Juan: desde entonces es anunciado el reino de Dios, y todos hacen fuerza contra él. Y más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra que caer un solo tilde de la ley.

Cualquiera que deja su mujer y toma otra, hace adulterio; y también el que se casa con la que repudió el marido, comete un adulterio". (vv. 14-18)

Jesucristo había aconsejado a los escribas y a los fariseos que no presumieran de su justicia, sino que recibieran a los pecadores penitentes y redimiesen sus pecados por medio de limosnas. Pero ellos se burlaban del maestro de la misericordia, de la humildad y del buen uso de las riquezas, por lo cual dice: "Mas los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas y le escarnecían". Por dos razones: o porque mandaba cosas de poca utilidad, o porque creían que ellos ya lo hacían así.

Se justifican delante de los hombres todos aquellos que desprecian a los pecadores como débiles y como desesperados y que, considerándose perfectos, creen que no necesitan del remedio de la limosna. Sin embargo, el que iluminará las tinieblas más profundas verá cuán digna de condenación es la hinchazón de este orgullo culpable. Y prosigue: "Mas Dios conoce vuestros corazones".

Los fariseos se burlaban del Salvador, porque predicaba contra la avaricia, como si mandase algo en contra de lo que prescribían la ley y los profetas, en donde se lee que muchos y muy ricos agradaron al Señor y que aun el mismo Moisés había predicho al pueblo que gobernaba, que si cumplía con exactitud la ley abundaría en toda clase de bienes terrenos (Dt 28). Queriendo el Señor probar esto mismo, manifiesta que entre la ley y el Evangelio hay no pequeña diferencia en cuanto a las promesas y a los preceptos. Por esto añade: "La ley y los profetas hasta Juan".

Para que no se creyese que las palabras "La ley y los profetas hasta Juan" anunciaban la destrucción de la ley y de los profetas, desvanece este pensamiento diciendo: "Y más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra que borrar una sola tilde de la ley"; porque la figura de este mundo pasa (ver 1Cor 7,31), pero no pasará ni una sola letra de la ley. Esto es, ni aun las cosas más pequeñas carecen de misterio en ella. Y, sin embargo, la ley y los profetas no duran más que hasta Juan, porque no pudo vaticinarse que había de venir aquél de quien la predicación de Juan decía claramente que había venido ya. Respecto a lo que había dicho de que no debía infringirse la ley en ningún tiempo, lo confirma con un testimonio sacado de ella misma, por vía de ejemplo, diciendo: "Cualquiera que deja su mujer y toma otra,

hace adulterio; y también el que se casa con la que repudió el marido, comete adulterio". Decía esto con el fin de dar a conocer que también en las demás cosas no había venido a deshacer la ley, sino a cumplir los preceptos de ella.

"Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo y cada día tenía convites espléndidos. Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, lleno de llagas. Deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba: mas venían los perros y le lamían las llagas". (vv. 19-21)

Había advertido el Señor que nos granjeásemos amigos con las riquezas de la iniquidad y los fariseos que lo habían oído se reían de El. Pero después les confirma lo que había predicado por medio de un ejemplo, diciendo: "Había un hombre rico", etc.

"Y aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vio de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno. Y él, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí y envía a Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tú bienes en tu vida, y Lázaro también males; pues ahora él es aquí consolado y tú atormentado. Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros: de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de ahí pasar acá". "Y dijo: Pues te ruego, Padre, que lo envíes a casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos, para que les des testimonio; no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos. Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas, óiganlos. Mas él dijo: No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. Y Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los

profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitaren". (vv. 22-31)

Capítulo 17

Y dijo a sus discípulos: "Imposible es que no vengan escándalos. ¡Mas ay de aquel por quien vienen! Más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzasen en el mar, que escandalizar a uno de estos pequeñitos". (vv. 1-2)

Habla como era costumbre en la Palestina, porque los mayores crímenes entre los antiguos judíos se castigaban así, atando una piedra al cuello y arrojándola al fondo del mar. En realidad sería mucho mejor que sufriese inocente esta pena que, aunque tan atroz, al fin es temporal y concluye su vida corpórea, que dar a su hermano inocente la muerte eterna de su alma. Y con razón aquel que puede escandalizarse se llama pusilánime, porque el que tiene grandeza de alma, vea lo que viere y ocurrale lo que le ocurra, no se aparta de la fe. Siempre que podamos, debemos evitar -sin pecar- el escándalo de nuestros prójimos, pero si el escándalo toma ocasión de la verdad, más vale permitir el escándalo que abandonar la verdad.

"Mirad por vosotros. Si pecare tu hermano contra ti, corrígele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si pecare contra ti siete veces al día, y siete veces al día se volviere a ti diciendo: me pesa, perdónale". (vv. 3-4)

Debe tenerse en cuenta que no manda perdonar igualmente a todo el que peca, sino al que ha de arrepentirse. Podemos, pues, evitar los escándalos con este orden, si no hacemos daño a nadie, si corregimos al que peca por celo de la justicia y si nos ofrecemos con entrañas de caridad al que se arrepiente.

No se pone término al perdón con el número siete, sino que se manda que se perdonen todos los pecados, o bien que se perdone siempre al que se arrepienta. Muchas veces se indica con el número siete la universalidad de cualquier cosa o tiempo.

Y dijeron los apóstoles al Señor: "Aumentanos la fe". Y dijo el Señor: "Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este moral: Arráncate de raíz y trasplántate en el mar, y os obedecerá". (vv. 5-6)

O bien, aquí el Señor compara la fe perfecta al grano de mostaza porque en su aspecto es humilde, pero ardiente en lo interior. Hablando en sentido místico, se entiende por el árbol llamado morera -en cuyo color de sangre se ven brillar el fruto y las ramas- al Evangelio de la cruz que por la predicación de los apóstoles ha sido arrancado del pueblo judío -donde, por decirlo así, había nacido- y trasplantado en el mar de los gentiles.

"¿Y quién de vosotros, teniendo un siervo, que ara o guarda el ganado, que cuando vuelve del campo, le dice: Pasa luego, siéntate a la mesa. Y no le dice antes: Disponme de cenar, y ponte a servirme mientras que como y bebo; que después comerás tú y beberás? ¿Por ventura debe agradecimiento a aquel siervo, porque éste hizo lo que le mandó? Pienso que no. Así también vosotros cuando hiciereis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos". (vv. 7-10)

O bien: el siervo vuelve del campo, cuando una vez interrumpida la obra de la predicación, retorna nuevamente a su maestra, la conciencia, y medita sus acciones y sus palabras. A éste le dice el Señor inmediatamente: "Pasa luego", esto es, de esta vida mortal; "Siéntate a la mesa", esto es, regójate en el descanso eterno de la bienaventuranza.

Le manda preparar algo para que cene, esto es, manifestar después del trabajo de su clara predicación, la humildad del propio conocimiento. Tal es la cena con que el Señor desea alimentarse, porque ceñirse es preservar a la humildad de todas las ilusiones vagas de nuestros pensamientos que suelen impedir el progreso en las buenas obras; ya que quien se ciñe el vestido hace esto para evitar ser envuelto en él y caer al andar. Y servir a Dios es confesar que no se tiene valor para nada sin el auxilio de su divina gracia.

Como diciendo: Después que yo me he complacido por medio de tu predicación y cuando me halle alimentado en los convites del arrepentimiento, tú pasarás y te alimentarás eternamente con los manjares de mi eterna sabiduría.

Somos siervos porque hemos sido comprados a buen precio (1Cor 7); inútiles porque el Señor no necesita de nuestras buenas acciones (Sal 15,2), o porque los trabajos de esta vida no son condignos para merecer la gloria (Rom 8,18). Así la perfección de la fe en los hombres consiste en reconocerse imperfectos después de cumplir todos los mandamientos.

Y aconteció que yendo El a Jerusalén, pasaba por medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en una aldea, salieron a El diez hombres leprosos, que se pararon de lejos. Y alzaron la voz diciendo: "Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros". Y cuando los vio, dijo: "Id y mostraos a los sacerdotes". Y aconteció, que mientras iban quedaron limpios. Y uno de ellos cuando vio que había quedado limpio volvió glorificando a Dios a grandes voces. Y se postró en tierra a los pies de Jesús, dándole gracias; y éste era samaritano. Y respondió Jesús, y dijo: "¿Por ventura no son diez los que fueron limpios? ¿Y los nueve dónde están? No hubo quien volviese, y diera gloria a Dios, sino este extranjero". Y le dijo: "Levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo". (vv. 11-19)

Cayó con la faz sobre la tierra porque se acordó del mal que había hecho y se avergonzó. Y Jesús le mandó que se levantara y se fuese, porque al que se prosterna conociendo humildemente su debilidad, merece que la palabra divina le consuele y le mande adelantar en el camino de obras más santas. Si la fe salvó a aquel que se había postrado a dar gracias, la malicia perdió a los que no se cuidaron de dar gloria a Dios por los beneficios recibidos. Por estos hechos se da a conocer que debe aumentarse la fe por medio de la humildad, como se explica en la parábola anterior.

Y preguntándole los fariseos: "¿Cuándo vendrá el reino de Dios?", les respondió y dijo: "El reino de Dios no vendrá con muestra exterior. Ni dirán:

Helo aquí o helo allí. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros". (vv. 20-21)

Este tiempo no puede conocerse ni por los hombres ni por los ángeles, como el de la encarnación, que fue anunciado por los vaticinios de los profetas y la voz de los ángeles. Por esto añade: "Ni dirán: Helo aquí o helo allí". O de otro modo: Preguntan por el tiempo del reino de Dios, porque (como se dice más adelante) creían que viniendo el Señor a Jerusalén en seguida se daría a conocer su reino. Por esto el Señor responde que el reino de Dios no vendrá dando muestras exteriores.

O dice que el reino de Dios es El mismo, colocado en medio de ellos, esto es, reinando en sus corazones por la fe.

Y dijo a sus discípulos: "Vendrán días, cuando deseareis ver un día del Hijo del hombre, y no lo veréis. Y os dirán: Vedle aquí, o vedle allí. No queráis ir, ni le sigáis. Porque como el relámpago, que deslumbrando en la región inferior del cielo, resplandece desde la una hasta la otra parte; así también será el Hijo del Hombre en su día. Mas primero es menester que El padezca mucho, y que sea reprobado de esta generación". (vv. 22-25)

O bien llama día de Cristo a su reino futuro, que esperamos. Y dice muy bien un solo día, porque en la gloria de la felicidad no tendrán cabida las tinieblas. Bueno es desear el día de Cristo, pero no debemos dejarnos llevar hacia ilusiones y sueños por nuestro gran deseo, creyendo que el día del Señor está próximo. Por esto sigue: "Y os dirán vedle aquí, No queráis ir".

Y bellamente dice: "relumbrando bajo el cielo", porque el juicio se celebrará debajo del cielo, esto es, en los aires, según aquellas palabras del Apóstol (1Tes 4,16): "Seremos arrebatados con ellos hasta las nubes en presencia de Jesucristo en los aires". Por tanto, si el Señor ha de aparecer en el juicio como un rayo, nadie podrá ocultarse ni aun en conciencia, porque el resplandor del juez lo penetrará todo. Puede también referirse esta contestación del Salvador a la venida con la que todos los días se presenta en

su Iglesia. Y como los herejes habían de perturbar muchas veces la Iglesia entre tanto, diciendo que su doctrina era la verdadera fe de Jesucristo, han deseado los fieles de aquel tiempo que el Señor volviese a la tierra por un día -si pudiera ser- y declarase por sí mismo cuál era la verdadera fe. "Y no le veréis", dijo, porque no necesita el Señor venir otra vez en cuerpo visible para manifestar espiritualmente con la verdad del Evangelio lo que ya hizo una vez extendiéndolo y difundiéndolo por todo el mundo.

Así llama no sólo a la de los judíos, sino también a la de todos los réprobos, de quienes había de sufrir mucho y ser reprobado ahora el Hijo del hombre en su cuerpo (esto es, en la Iglesia). Continúa hablándoles de su pasión y de la gloria de su venida, para calmar los tormentos de su pasión con la promesa de su gloria y también para que se preparasen y no temiesen a la muerte, si deseaban la gloria de su reino.

"Y como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre. Comían y bebían: los hombres tomaban mujeres y las mujeres maridos, hasta el día en que entró Noé en el Arca y vino el diluvio y acabó con todos. Asimismo como fue en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y hacían casas. Y el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los mató a todos. De esta manera será el día en que se manifestará el Hijo del hombre". (vv. 26-30)

La Venida del Señor, que fue comparada con un fulgurante rayo que cruza rápidamente el cielo, ahora se compara con los días de Noé y Lot, cuando sobrevino súbita muerte a los hombres. Por esto dice: "Y como fue en los días de Noé", etc.

En sentido místico construye Noé el Arca cuando el Señor forma la Iglesia con los fieles de Jesucristo uniéndolos entre sí como maderas ajustadas. Y una vez que ésta se encuentra concluida perfectamente, entra en ella, ilustrándola con la gloria visible de su presencia en el día del juicio y siendo su habitante eterno. Pero mientras el Arca se está construyendo, los malvados se entregan a sus excesos, mas cuando entra en ella perecen. Porque los que en este mundo ultrajan a los santos que luchan, reciben la eterna condenación, mientras éstos son coronados en la gloria.

Pasando en silencio aquel crimen nefando de los sodomitas, únicamente recuerda aquellos delitos que parecían leves o veniales, para dar a entender cómo serían castigados los pecados graves, cuando aun lo lícito cometido por imprudencia es castigado con el fuego y el azufre. Prosigue: "Y el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo", etc.

Porque el que ahora lo ve todo sin ser visto, apareciendo entonces, juzgará todas las cosas. Aparecerá, pues, para juzgar especialmente en aquel tiempo en que, olvidados todos de sus juicios, se crean como emancipados de El en este mundo.

En sentido místico, Lot, que quiere decir el que se aísla, es el pueblo de los escogidos, que vive como forastero en Sodoma, esto es, entre los réprobos, y se aísla o se separa de sus crímenes cuanto puede y evita su destrucción. Mas cuando Lot ha salido, Sodoma perece. Porque al final del mundo saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los llevarán al horno de fuego (Mt 13,49). Pero el fuego y el azufre que dice bajarán del cielo, no significan la misma llama del eterno suplicio, sino la repentina llegada de aquel día.

"En aquella hora, el que estuviere en el tejado y tuviere sus alhajas dentro de la casa, no descienda a tomarlas; y el que en el campo, asimismo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que procurare salvar su vida, la perderá; y quien la perdiere, la vivificará". (vv. 31-33)

"Os digo: que en aquella noche dos estarán en un lecho: el uno será tomado, y el otro dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada, y la otra dejada: dos en un campo: el uno será tomado, y el otro dejado". Respondieron y le dijeron: "¿En dónde, Señor?" Y El les dijo: "Do quiera estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas". (vv. 34-37)

Había dicho antes el Señor, que el que estuviese en el campo no debía volver atrás, con lo que se refiere no sólo a los que efectivamente estaban en el campo y habían de regresar, esto es, que habrían de negar al

Señor a las claras, sino también a los que, si bien parece que miran hacia adelante, miran hacia atrás con el alma. Por esto dice: "Os digo: que en aquella noche dos estarán en el lecho", etc. Se le presentan al Señor dos preguntas, a saber: a dónde serán conducidos los buenos y en dónde dejados los malos. Contestó una de estas preguntas y dejó la otra para que la interpretasen. Por lo que sigue: "Y El les dijo: Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se congregarán las águilas".

Capítulo 18

Y les decía también esta parábola: que es menester orar siempre, y no desfallecer. Diciendo: "Había un juez en cierta ciudad que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. Y había en la misma ciudad una viuda que venía a él y le decía: Hazme justicia de mi contrario. Y él por mucho tiempo no quiso. Pero después de esto dijo entre sí: Aunque ni temo a Dios ni a los hombres tengo respeto, todavía, porque me es importuna esta viuda, le haré justicia, porque no venga tantas veces que al fin me muela. Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el injusto juez: ¿Pues Dios no hará venganza de sus escogidos, que claman a El día y noche, y tendrá paciencia en ellos? Os digo, que presto los vengará. Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?" (vv. 1-8)

Debe decirse también que ora siempre y no falta el que no deja nunca el oficio de las horas canónicas. Y todo lo demás que el justo hace o dice en conformidad con el Señor, debe considerarse como oración.

Sin embargo, cuando aparezca el Omnipotente Creador en la figura del Hijo del hombre, serán tan pocos los escogidos, que no tanto por los ruegos de los fieles, como por la indiferencia de los malos, se habrá de acelerar la ruina del mundo. Lo que el Señor dice aquí como dudando, no lo dice porque duda, sino porque reprende. Nosotros también algunas veces ponemos palabras de duda al reprender a otros, aun cuando tratemos de cosas que tenemos por ciertas, como cuando se dice a un siervo: Considera, si acaso no soy tu amo.

Y dijo también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos, como si fuesen justos, y despreciaban a los otros. "Dos hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, estando

lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio a mí, pecador. Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado a su casa; porque todo hombre que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado". (vv. 9-14)

El fariseo, en realidad, es el que representa al pueblo judío, el cual ensalzaba sus méritos por la justicia de la ley; y el publicano al pueblo gentil, que estando lejos de Dios, confiesa sus pecados. El uno se retira humillado por su orgullo y el otro mereció acercarse y ser ensalzado por lamentar sus faltas.

Y le traían también niños para que los tocase. Y cuando lo vieron los discípulos los reñían. Mas Jesús los llamó, y dijo: "Dejad que vengan a mí los niños, y no lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. Y en verdad os digo, que el que no recibiere el reino de Dios, como niño, no entrará en él". (vv. 15-17)

Por esto dice terminantemente: "De tales" y no de éstos, para dar a conocer que no se refería a la edad, sino a las costumbres; y por esto debían prometerse premios únicamente a los que tuviesen tal inocencia y sencillez.

Y le preguntó un hombre principal, diciendo: "Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" Y Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino sólo Dios. Sabes los mandamientos. No matarás, no fornicarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre". El dijo: "Todo esto he guardado desde mi juventud". Cuando esto oyó Jesús, le dijo: "Aún te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme". Cuando él oyó esto se entristeció, porque era muy rico. (vv. 18-23)

Cierto hombre principal había oído del Señor que únicamente entrarían en el reino de Dios aquellos que quisiesen hacerse semejantes a los

niños; y por tanto le ruega que le diga, no por una parábola, sino de un modo claro, qué podría hacer para salvarse. Por esto dice: "Y le preguntó un hombre principal, diciendo: Maestro bueno", etc.

No debe creerse tampoco que mintiese, sino que dijo simplemente como había vivido -en lo exterior al menos- de otro modo no diría San Marcos (Mc 10,21) que Jesús lo miró y lo amó.

Todo el que quiera ser perfecto debe vender lo que tiene; no en parte, como lo hicieron Ananías y Safira, sino todo.

Y Jesús le dijo cuando le vio triste: "¿Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que tienen dineros! Porque más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios". Y dijeron los que le oían: "¿Pues quién puede salvarse?" Les dijo: "Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios". Y dijo Pedro: "Bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido". El les dijo: "En verdad os digo, que ninguno hay que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna". (vv. 24-30)

Como diciendo: Hemos hecho lo que has mandado, ¿qué premio nos darás, pues? Y como no es suficiente el dejarlo todo, añadió lo que es perfecto, diciendo: "Y te hemos seguido".

El sentido de esto es como sigue: aquel que dejase todos sus afectos, todas las riquezas y las complacencias de la vida y prescindiese de las delicias y de los placeres por alcanzar el reino de Dios, recibirá -aun en esta vida-, mayores beneficios. En virtud de esto, algunos han inventado la fábula judaica de los mil años que seguirán a la resurrección de los justos; en cuyo tiempo todo lo que dejemos por Dios nos será devuelto con creces en tanto que se nos da la vida eterna. Y no ven los ignorantes que, si en las demás cosas la promesa puede ser digna respecto de las mujeres -según los demás evangelistas, se recibirá centuplicadamente- parece ser una torpeza, sobre todo porque el Señor asegura que en la resurrección no habrá ya matrimonio y -según San Marcos-, nos será devuelto lo que hubiéremos

dejado en este tiempo con las persecuciones, que en aquellos mil años dicen que no existirán.

Y tomó Jesús aparte a los doce, y les dijo: "Mirad, vamos a Jerusalén y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas, del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y azotado, y escupido. Y después que le azotaren le quitarán la vida, y resucitará al tercer día. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida y no entendían lo que les decía". (vv. 31-34)

Previendo que habían de decir algunos herejes que Jesucristo había enseñado doctrinas contrarias a la ley y a los profetas, manifiesta que por los oráculos de los profetas se había anunciado la consumación de su pasión y celebrado el triunfo de su gloria posterior.

Y por lo mismo que los discípulos deseaban principalmente la vida del Salvador, no podían comprender su muerte. Además, como no sólo sabían que era un hombre inocente, sino también verdadero Dios, no creían de ningún modo que podría morir. Y porque muchas veces había sucedido que lo habían oído hablar por parábolas, creían que todo lo que decía acerca de su pasión debía referirse en sentido alegórico a alguna otra cosa. Por esto sigue: "Y esta palabra les era escondida y no entendían lo que les decía". Pero los judíos, como conspiraban contra su vida, comprendían que se refería a su pasión cuando por medio de San Juan decía (Jn 3,14): "Conviene que el Hijo del hombre sea levantado". Por esto dijeron: "Nosotros sabemos por la ley que Cristo permanece eternamente; ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre conviene que sea levantado?".

Y aconteció, que acercándose a Jericó estaba un ciego sentado cerca del camino pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo a voces: "Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí". Y Jesús parándose, mandó que se lo trajesen. Y cuando estuvo cerca le preguntó, diciendo: "¿Qué quieres que te haga?" Y él respondió: "Señor, que vea". Y Jesús le dijo: "Ve, tu fe

te ha hecho salvo". Y luego vió, y le seguía glorificando a Dios. Y cuando vio todo esto el pueblo, dio loor a Dios. (vv. 45-43)

No sólo por el beneficio de la vista que había alcanzado, sino por la fe que había obtenido.

Capítulo 19

Y habiendo entrado Jesús, paseaba por Jericó. Y he aquí un hombre, llamado Zaqueo; y éste era uno de los principales entre los publicanos, y rico. Y procuraba ver a Jesús quién fuese; y no podía por la mucha gente, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, se subió en un árbol cabrahigo para verle, porque por allí había de pasar. Y cuando llegó Jesús a aquel lugar, alzando los ojos le vio, y le dijo: "Zaqueo, desciende presto, porque es menester hoy hospedarme en tu casa". Y él descendió apresurado y le recibió gozoso. Y viendo esto, todos murmuraban, diciendo que había ido a posar a casa de un pecador. Mas Zaqueo, presentándose al Señor, le dijo: "Señor, la mitad de cuanto tengo doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más". Y Jesús le dijo: "Hoy ha venido la salud a esta casa; porque él también es hijo de Abraham. Pues el Hijo del hombre vino a buscar, y a salvar lo que había perecido". (vv. 1-10)

He aquí cómo el camello, dejando la carga de su jiba, pasa por el ojo de la aguja; esto es, el publicano siendo rico, habiendo dejado el amor de las riquezas y menospreciando el fraude, recibe la bendición de hospedar al Señor en su casa. Sigue pues: "Y él descendió apresurado, y le recibió gozoso", etc.

Se dice que Zaqueo es hijo de Abraham, no porque hubiese nacido de su estirpe, sino porque le imitó en su fe, y así como aquél abandonó su país y la casa de su padre, así éste abandonaba también sus bienes distribuyéndolos a los pobres. Muy oportunamente dice: "Porque él también", por cuanto declara que no sólo aquellos que viven bien, sino aquellos que dejan la mala vida, pertenecen a los hijos de la promesa.

En sentido espiritual puede decirse que Zaqueo, cuya palabra quiere decir justificado, significa al pueblo creyente que nacería de los gentiles, a pesar de que por las preocupaciones que tenía por las cosas temporales vivía como oprimido y empequeñecido, pero fue santificado por Dios; deseó ver al Salvador cuando entró en Jericó queriendo participar de la fe que trajo al mundo.

La turba, esto es, la costumbre de los vicios, que era la que increpaba al ciego para que no pidiese la luz, es también la que impide que éste vea a Jesús; pero así como el ciego gritando más venció a la turba, así este pequeño, dejando las cosas de la tierra y subiendo al árbol de la cruz, se levanta sobre la turba. El sicómoro, pues, que es un árbol de hojas semejantes al moral, pero de más altura (por lo que los latinos le llaman celsa), se llama higuera salvaje o sin fruto; también la cruz del Salvador alimenta, como la higuera, a los que creen en El; pero los incrédulos se burlan de la cruz creyéndola estéril. A este árbol (de la cruz) se sube el pequeño Zaqueo para elevarse; y dice, como todo humilde y que conoce su propia debilidad: "No quiero gloriarme en otra cosa más que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (Gál 6,14).

Adelantándose el Señor, llegó al sitio en donde Zaqueo se encontraba subido al sicómoro; porque enviando sus predicadores por todo el mundo, por los cuales hablaba y marchaba El, vino al pueblo gentil que se había elevado ya por la fe de su pasión; a quien levantando la vista vio, porque le eligió por la gracia. Alguna vez se detenía el Señor en la casa del principal de los fariseos, pero mientras El hacía cosas dignas de Dios ellos le mortificaban con su lengua. Por lo que el Salvador, detestando su proceder, se salió diciendo: "Quedará vuestra casa desierta" (Mt 23,38). Pero hoy conviene que permanezca en la casa del pequeño Zaqueo, esto es, que descanse en el corazón de las naciones humildes, resplandeciendo la gracia de la ley nueva. Respecto a que se le manda bajar del árbol y preparar un lugar en su casa, ya lo explica el Apóstol cuando dice: "Y si hemos visto a Jesucristo según la carne, ahora ya no le vemos" (2Cor 5,16); y otra vez dice en otro lugar: "Y si ha muerto según la debilidad (de la carne), vive según la fuerza de Dios". Con esto se da a entender que los judíos habían detestado siempre la salud de los gentiles; pero la salud que en otros tiempos llenaba las casas de los judíos, hoy brilla en el pueblo pagano, porque El también era hijo de Abraham, creyendo en Dios.

Oyendo ellos esto, prosiguió diciéndoles una parábola, con ocasión de estar cerca de Jerusalén, y porque pensaban que luego se manifestaría el reino de Dios. Dijo pues: "Un hombre noble fue a una tierra distante para recibir

allí un reino, y después volverse. Y habiendo llamado a diez de sus siervos les dio diez minas, y les dijo: traficad entre tanto que vengo: Mas los de su ciudad le aborrecían: y enviando en pos de él una embajada, le dijeron: No queremos que reine éste sobre nosotros. Y cuando volvió, después de haber recibido el reino, mandó llamar a aquellos siervos a quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Llegó, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Y le dijo: Está bien, buen siervo: pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades. Y vino otro y dijo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas. Y dijo a éste. Tú tenla sobre cinco ciudades. Y vino el tercero, y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un lienzo: Porque tuve miedo de ti, que eres hombre recio de condición, llevas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te condeno: sabías que yo era hombre recio de condición, que llevo lo que no puse y siego lo que no sembré. ¿Pues por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando volviese lo tomara con las ganancias? Y dijo a los que estaban allí: Quitadle la mina y dádsela al que tiene las diez minas. Y ellos le dijeron: Señor, que tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo aquel que tuviere, se le dará y tendrá más: mas al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. Y en cuanto a aquéllos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y matadlos delante de mí". (vv. 11-27)

La mina, pues, que los griegos llaman mna, tiene cien dracmas y toda la Sagrada Escritura resplandece con el valor del número ciento, porque figura la perfección de la vida eterna.

El primer siervo es el orden de los doctores enviados al pueblo de la circuncisión, que recibió una mina para que fructificase, porque se le mandó predicase una sola fe; pero esta mina produjo diez, porque su enseñanza asoció con ellos al pueblo que vivía bajo el yugo de la ley. Le dijo, pues: "Está bien, siervo bueno: pues que en lo poco has sido fiel", etc. El siervo es fiel en lo poco, porque no adultera las palabras de Dios. Todos los dones que recibimos en la vida presente son pocos en comparación con los de la otra vida.

Aquel siervo figura a los que han sido enviados a predicar a los gentiles, cuya mina (esto es, la fe evangélica) había producido cinco minas; porque convirtió a la gracia de la fe evangélica a las naciones esclavas de los sentidos del cuerpo. Prosigue: "Y a éste le dice: Y tú gobierna sobre cinco ciudades". Esto es, brille tu justicia sobre las almas en que has imbuido la fe.

El colocar la moneda en un sudario, es tanto como sepultar los dones recibidos bajo el ocio de una muelle pereza. Pero lo mismo que dijo para excusarse se convirtió en su acusación. Por esto sigue: "Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te condeno". Es llamado mal siervo, porque fue perezoso en el cumplimiento de su deber, y soberbio en acusar el juicio del Señor. "Sabías que yo era hombre severo, que llevo lo que no puse, y siego lo que no he sembrado, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco?". Como diciendo: Si sabías que yo era duro y que me gusta utilizar lo ajeno, ¿por qué este pensamiento no te ha llenado de premura, previendo que yo había de buscar lo mío con mayor solicitud? El dinero o la plata es la predicación del Evangelio y la palabra divina, porque la palabra de Dios es santa y pura como el oro probado por el fuego (Sal 11). Esta palabra del Señor debía ponerse en el banco, o lo que es lo mismo, inculcarla en los corazones que están dispuestos y preparados.

El que recibe el dinero de la palabra creyendo en lo que se le enseña, queda obligado a devolverlo con ganancias trabajando; o bien que, según lo que ha oído, procure entender lo que aún no ha aprendido por boca de los predicadores.

En sentido espiritual esto quiere decir (según yo creo), que cuando entrase la plenitud de las gentes se salvaría todo Israel (Rom 11) y que entonces se concedería la abundancia de la gracia espiritual a los doctores.

Y dicho esto iba delante subiendo a Jerusalén. Y aconteció, que cuando llegó cerca de Betfagé y de Betania al monte que se llama del Olivar, envió dos de sus discípulos. Diciendo: "Id a esa aldea que está enfrente, y luego que entrareis hallaréis un pollino de asna atado, sobre el cual nunca se sentó hombre alguno; desatadlo y traedlo. Y si alguno os preguntare: ¿Por qué lo desatáis?, le responderéis así: Porque el Señor lo ha menester". Fueron, pues, los que habían sido enviados, y hallaron al pollino que estaba como les había

dicho. Y cuando desataban al pollino les dijeron sus dueños: "¿Por qué desatáis al pollino?" Y ellos respondieron: "Porque el Señor lo ha menester". Y lo trajeron a Jesús. Y echando sobre el pollino sus ropas, pusieron encima a Jesús. Y yendo El así, tendían sus vestidos por el camino. (vv. 28-36)

Manifestando también que la parábola anterior se refería al destino de esta ciudad, que lo había de matar, y perecería ella a manos de sus enemigos. Prosigue: "Y aconteció que cuando llegó cerca de Bethphage", etc. Bethphage era un lugar de los sacerdotes, que estaba en el monte de los Olivos; también Betania era una ciudad o una villa que se encontraba a la falda del mismo monte, y distaba de Jerusalén unos quince estadios.

Según los demás evangelistas, no fueron sólo los discípulos los que extendieron sus ropas en el camino, sino también muchos de los de la multitud.

Bellamente se habla de las ciudades colocadas en el monte de los Olivos, esto es, en el mismo Dios, el cual fomenta más la unción de las gracias espirituales por la luz de la ciencia y la piedad.

Y cuando se acercó a la bajada del monte del Olivar, todos los discípulos, en tropas, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz por todas las maravillas que habían visto. Diciendo: "Bendito el Rey, que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas". Y algunos de los fariseos que estaban entre las gentes le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos". El les respondió: "Os digo, que si éstos callasen las piedras darán voces". (vv. 37-40)

Habían visto muchos milagros del Señor, pero estaban especialmente asombrados por la resurrección de Lázaro; porque, como dice San Juan: Venían muchas gentes detrás de El, porque sabían que había hecho este milagro (Jn 21,18). Debe advertirse que no era ésta la primera vez que el Salvador iba a Jerusalén, sino que había ido muchas otras veces, como dice San Juan.

Esto es, en el nombre de Dios Padre; aun cuando también puede entenderse que en su propio nombre, porque El es Dios mismo; pero sus palabras dirigen mejor nuestro entendimiento cuando nos dice por medio de San Juan: "Yo he venido en el nombre de mi Padre" (Jn 5,43). Jesucristo es, por tanto, el maestro de la humildad. No se dice que el Salvador sea rey que viene a exigir tributos, ni a armar ejércitos con el acero, ni a pelear visiblemente contra los enemigos; sino que viene a dirigir las mentes para llevar a los que crean, esperen y amen, al Reino de los Cielos; y que quisiera ser rey de Israel es un indicio de su misericordia y no para aumentar su poder. Pero como Jesucristo apareció en carne mortal para hacerse propicio a todo el mundo, cantan perfectamente a la vez en alabanza suya los cielos y la tierra. Cuando nació cantaron las legiones celestiales; y cuando ha de volver al cielo, los mortales repiten a su vez sus alabanzas. Por esto sigue: "Paz en el cielo".

Es admirable la locura de los envidiosos. Aquel a quien no dudan que debe llamarse maestro, porque conocían que enseñaba verdaderas doctrinas, creen que, como si ellos fueran más sabios, debe reprender a sus discípulos.

Una vez crucificado el Señor, como callaron sus conocidos por el temor l temor que tenían, las piedras y las rocas le alabaron, porque, cuando expiró, la tierra tembló, las piedras se rompieron entre sí y los sepulcros se abrieron. También cuando bajaba el Señor del monte de los olivos, bajaban las turbas; porque una vez humillado el autor de la caridad, se hace preciso que los que necesitan de ella imiten sus pasos.

Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "¡Ah si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz! Mas ahora está encubierto a tus ojos. Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán en tierra, y a tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación". (vv. 41-44)

Y habiendo entrado en el templo comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él. Diciéndoles: "Escrito está: mi casa de oración es. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Y cada día enseñaba en el templo. Mas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo, le querían matar. Y no sabían qué hacerse con él. Porque todo el pueblo estaba embelesado cuando le oía. (vv. 45-48)

Y como todos los días enseñaba en el templo y había arrojado de él a los ladrones, o bien porque venía como Rey y Señor, le recibió una numerosa multitud de creyentes alabándolo con himnos celestiales.

Esto puede entenderse de dos modos: o porque temían un alboroto del pueblo, en cuyo caso no sabían qué hacer de Jesús a quien trataban de perder, o porque trataban de perderlo poniendo por causa que muchos habían rechazado la enseñanza de los judíos por ir a escucharlo.

Capítulo 20

Y aconteció un día que estando El en el templo instruyendo al pueblo, y evangelizando, se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas con los ancianos. Y le hablaron de esta manera: "Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién es el que te dio esta potestad?" Y Jesús respondió y les dijo: "Yo también os haré una pregunta. Respondedme: ¿El bautismo de Juan era del cielo o de los hombres?" Ellos pensaban dentro de sí diciendo: "Si dijéremos que del cielo, dirá: ¿Pues por qué no creísteis? Y si dijéremos: De los hombres, nos apedreará todo el pueblo: pues tiene por cierto que Juan era profeta". Y respondieron que no sabían de dónde era. Y les dijo Jesús: "Pues ni yo os digo con qué potestad hago estas cosas". (vv. 1-8)

Y cuando dicen: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?" dudan del poder de Dios y quieren dar a entender que lo que hace lo ejecuta en virtud del poder de Satanás. Añaden además: "¿O quién es el que te dio este poder?" Negando terminantemente que sea hijo de Dios aquel que creen que no hace estas cosas por su propia virtud, sino en virtud de un poder extraño. El Señor podía muy bien refutar semejante calumnia con una respuesta terminante; pero pregunta con prudencia, para que ellos mismos se condenen con su silencio o con sus propias palabras. Prosigue: "Y Jesús respondió y les dijo", etc.

Como diciendo: Aquel a quien confesáis que fue un profeta bajado del cielo, fue el que dio testimonio de mí; y de él habéis oído con qué poder hago yo estas cosas. Prosigue: "Y si dijéremos: de los hombres, nos apedreará todo el pueblo; porque estaban seguros de que el Bautista era un profeta". Vieron, pues, que de cualquier modo que respondiesen caerían en un lazo; temían ser apedreados, y más aún confesar la verdad. Prosigue: "Y respondieron que no sabían de dónde era". Como no quieren confesar lo que saben, son repelidos, de modo que el Señor no les dijo lo que sabía. Por esto sigue: "Jesús les contestó: Pues ni yo os digo con qué potestad hago estas cosas". Por dos causas debe ocultarse el conocimiento de la verdad a los que la inquietan, a saber, cuando el que la inquiere es incapaz de comprenderla,

o cuando por odio o menosprecio de ella se hace indigno de que se le explique.

Y comenzó a decir al pueblo esta parábola: "Un hombre plantó una viña y la arrendó a unos labradores; y él estuvo ausente por muchos tiempos. Y en la vendimia envió uno de sus siervos a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña. Mas ellos le hirieron y le enviaron vacío. Y volvió a enviar a otro siervo. Mas ellos hirieron también a éste, y ultrajándolo lo enviaron vacío. Y volvió a enviar a otro tercero, a quien ellos del mismo modo hirieron y le echaron fuera, y dijo el señor de la viña: ¿Qué haré? enviaré a mi amado hijo: puede ser que cuando le vean le tengan respeto. Cuando le vieron los labradores, pensaron entre sí y dijeron: Este es el heredero: matémosle, para que sea nuestra la heredad. Y sacándole fuera de la viña le mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña? Vendrá y destruirá estos labradores, y dará su viña a otros". Y como ellos lo oyeron, le dijeron: "Nunca tal sea". Y El mirándolos, dijo: "¿Pues qué es esto que está escrito? La piedra que desecharon los que edificaban, ésta vino a ser la principal de la esquina. Todo aquel que cayere sobre aquella piedra, quebrantado será: y sobre quien ella cayere, le desmenuzará". (vv. 9-18)

Luego el hombre que plantó esta viña es el mismo que condujo los operarios a su viña, según otra parábola.

Y con razón dijo fruto y no renta, porque nunca esta viña produjo renta ninguna. El primer siervo que Dios envió fue Moisés, quien por espacio de cuarenta años había estado exigiendo el fruto a los colonos; pero sufrió mucho por ellos, porque irritaron su espíritu. Por esto sigue: "Mas ellos le azotaron y le enviaron sin nada" (Sal 77,32).

Este siervo era David, el cual fue enviado para que excitase a la práctica de las buenas obras a los cultivadores de la viña, después de la promulgación de la ley, con la melodía de sus salmos. Pero en contra de todo esto dijeron: "¿Qué tenemos que ver con David? (1Re 12,16) ¿O qué herencia tenemos con el hijo de Isaí?" Por esto prosigue: "Mas ellos azotaron también a éste, y ultrajándole le enviaron sin nada". Pero no desistió aún por

esto. Sigue, pues: "Y volvió a enviar a otro tercero". Por éste debe entenderse todo el coro de los profetas, quienes hablaron al pueblo con su perpetuo testimonio. Pero, ¿a cuál de los profetas no persiguieron? Por lo cual sigue: "A quien ellos del mismo modo hirieron y le arrojaron fuera". En estas tres clases de siervos se puede ver a todos los doctores de la ley, como lo manifiesta el Señor en otro lugar cuando dice: "Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos".

Lo que el señor de la viña dice como dudando, no es por ignorancia -¿qué es lo que ignorará Dios Padre?- pero se expresa así para que se conserve independiente la voluntad humana.

El Señor prueba de una manera clara que los príncipes de los judíos no crucificaron al Hijo de Dios por ignorancia, sino por envidia. Comprendieron, pues, que El era de quien se había dicho en los salmos: "Te daré en herencia a todos los pueblos de la tierra" (Sal 2,8). Sigue: "Sacándole de la viña, le mataron". Porque Jesús, para santificar al pueblo por su sangre, fue crucificado fuera de la puerta (Heb 13,12).

O bien, una vez arrojado de la viña, fue muerto, porque primero fue rechazado del corazón de los fieles y después fue clavado en la cruz.

Como diciendo: ¿Cómo puede cumplirse esta profecía, sino porque Cristo, reprobado y muerto por vosotros, debe ser predicado a los gentiles que han de creer en El para poder levantar así como sobre piedra angular un templo formado por uno y otro pueblo?

O de otro modo, el que es pecador y, sin embargo, cree en El, cae sobre la piedra y se quebranta, porque la penitencia le vuelve a la salud; pero aquél sobre el que caiga, esto es, sobre el que caerá porque le ha negado, le triturará como un vaso de barro en el que no queda un pedazo para beber un poco de agua. O bien habla de aquellos que caen sobre El y lo menosprecian ahora; aún no perecen en absoluto, sino que se quebrantan de modo que no marchan ya derechos; pero para aquellos sobre los cuales cae, vendrá sobre ellos en juicio desde el cielo con pena de perdición, y los aplastará para que queden como el polvo que barre el viento de la superficie de la tierra (Sal 1,4).

En sentido moral da a cada fiel la viña para que la cultive, cuando le confía el ejercicio del misterio del santo bautismo. Envía a un primer siervo,

a un segundo y a un tercero, cuando se lee la ley, los salmos y los profetas. Pero el siervo enviado es ultrajado y maltratado cuando se desprecia o se blasfema la palabra de vida. Mata -en la forma que puede- al heredero enviado, el que rechaza al Hijo de Dios por el pecado (Heb 6). Una vez perdido, el mal cultivador se entrega la viña a otro; porque el don de la gracia que desprecia el soberbio enriquece al humilde.

Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas le querían echar mano en aquella hora, mas temieron al pueblo; porque entendieron que contra ellos había dicho esta parábola. Y acechándole, enviaron malsines que se fingiesen justos para sorprenderle en alguna palabra, y entregarle a la jurisdicción y potestad del presidente. Estos, pues, le preguntaron diciendo: "Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente y que no tienes respeto a persona, sino que enseñas en verdad el camino de Dios: ¿nos es lícito pagar el tributo a César o no?" Y El, entendiendo la astucia de ellos, les dijo: "¿Por qué me tentáis? mostradme un denario, ¿cuya es la figura y el letrero que tiene?" "De César", le respondieron ellos. Y les dijo: "Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios". Y no pudieron reprender sus palabras delante del pueblo, antes maravillados de su respuesta, callaron. (vv. 19-26)

Y así, buscando ocasión de matarle, enseñaban que era verdad lo que había dicho en la parábola; porque El era el heredero cuya muerte injusta decía que había de ser vengada, y que aquellos colonos malvados eran los que buscaban ocasión para matar al Hijo de Dios. Lo mismo sucede todos los días en la Iglesia, cuando alguno que de hermano sólo tiene el nombre, o se avergüenza o teme atacar la unidad de la fe eclesial y de la paz que no ama por miedo a la multitud de los buenos. Y como los príncipes deseaban prender al Señor, no pudiendo hacerlo por sí mismos, se proponían conseguirlo por medio de sus allegados; por esto sigue: "Y acechándole enviaron espías", etc.

Pregunta suave y fraudulenta que le mueve a responder que teme a Dios más que al César. Sigue, pues: "Y que no tienes falsos respetos humanos, sino que enseñas en verdad el camino de Dios". Dicen esto para

obligarle a que responda que no deben pagarse tributos, con objeto de que oyendo esto los ministros del rey, que según dicen los demás evangelistas también se encontraban allí, le prendiesen como autor de sedición contra los romanos; por esto le preguntan a continuación: "¿Nos es lícito pagar el tributo?", etc. Había, pues, una gran agitación en el pueblo, porque decían unos que debían pagarse los tributos por la seguridad y tranquilidad que los romanos mantenían para todos, mientras que los fariseos se oponían, diciendo que el pueblo de Dios no estaba obligado a someterse a las leyes humanas porque ya venía pagando los diezmos y primicias.

Los que creen que la pregunta del Salvador es hija de la ignorancia aprendan en estas palabras qué es lo que pudo saber Jesús acerca de aquél cuya imagen se encontraba en la moneda; pero pregunta para responder oportunamente a los que le interrogaban. Sigue, pues: "Y respondieron ellos diciendo: Del César". No era César Augusto el representado en la moneda, sino Tiberio; porque todos los emperadores romanos desde el primero, Cayo César, venían llamándose Césares; por tanto, el Señor solventó la cuestión oportunamente con su respuesta. Sigue, pues: "Y les dice: Pues devolved al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Pagad también a Dios lo que es de Dios; a saber, las décimas, las primicias, las ofrendas y víctimas.

Los que debían haber creído quedaron admirados ante una sabiduría tan grande que no dejaba lugar a la astucia de sus intrigas. Por esto sigue: "Y no pudieron refutar sus palabras delante del pueblo; por el contrario, maravillados de su respuesta, callaron".

Además se llegaron algunos de los saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron. Diciendo: "Maestro: Moisés nos dejó escrito: si muriese el hermano de alguno teniendo mujer, y sin dejar hijos, que se case con ella el hermano y levante linaje a su hermano. Pues eran siete hermanos, y tomó mujer el mayor y murió sin hijos; y la tomó el segundo, y murió también sin hijos; y la tomó el tercero. Y así sucesivamente todos siete, los cuales murieron sin dejar sucesión. Y a la postre de todos murió también la mujer. ¿Pues en la resurrección, de cuál de ellos será la mujer? pues todos siete la tuvieron por

mujer". Y Jesús les dijo: "Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento; mas los que serán juzgados dignos de aquel siglo, y de la resurrección de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento. Porque no podrán ya más morir, por cuanto son iguales a los ángeles, e hijos son de Dios cuando son hijos de la resurrección. Y que los muertos hayan de resucitar lo mostró también Moisés cuando junto a la zarza llamó al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y no es Dios de muertos, sino de vivos; porque todos viven en El". Y respondiendo algunos de los escribas, le dijeron: "Maestro, bien has dicho". Y no se atrevieron a preguntarle ya más. (vv. 27-40)

Había dos clases de herejías entre los judíos: la de los fariseos, que preferían la rectitud de las tradiciones -y por esto el pueblo los llamaba divididos-; y la otra de los saduceos, que quiere decir justos, atribuyéndose lo que no eran. Cuando se marcharon los primeros, vinieron los segundos a tentarle; por esto sigue: "Además se llegaron algunos de los saduceos", etc.

Inventaron esta fábula para tildar de locos a los que dicen que es verdad la resurrección de los muertos. Oponen, por tanto, la torpe invención de esta fábula para negar la verdad de la resurrección; por esto añaden: "Pues en la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer?", etc.

Estos siete hermanos pueden representar a los réprobos que viven estériles de las buenas obras por toda la vida de este mundo, que es una revolución de siete días, sobre los cuales, pasando de unos a otros la muerte, acabará hasta el último de ellos su vida mundana como mujer infecunda.

Lo cual no debe entenderse de tal modo que creamos que únicamente resucitarán los que sean dignos o los que no se casen, sino que también resucitarán todos los pecadores, y no se casarán en la otra vida. Además, el Señor, para excitar nuestras almas a que busquen la resurrección gloriosa, no quiso hablar más que de los elegidos.

Serán iguales a los ángeles y a los hijos de Dios, porque renovados por la gloria de la resurrección, sin miedo alguno a la muerte, sin mancha de corrupción y sin ninguna circunstancia de la vida material, gozarán de la presencia constante de Dios.

O bien dice esto para deducir, una vez probada la existencia de las almas después de la muerte -lo que negaban los saduceos- la resurrección de los cuerpos que han obrado bien o mal en unión con las almas. En efecto, es verdadera vida la de los justos que viven en Dios aun cuando mueran en cuanto al cuerpo. Para probar la verdad de la resurrección pudo emplear ejemplos más evidentes de los profetas; pero los saduceos únicamente admitían los cinco libros de Moisés, despreciando los oráculos de los profetas.

Y como vieron refutados sus sofismas no volvieron a preguntarle ya más, sino determinaron prenderle y entregarle al poder de los romanos. De lo cual se desprende que puede ocultarse el veneno de la envidia, pero que es difícil hacerle desaparecer.

Y El les dijo: "¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? Y el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies. Luego David le llama Señor, ¿pues cómo es su hijo?" (vv. 41-44)

Y oyendo todo el pueblo, dijo a sus discípulos: "Guardaos de los escribas que quieren andar con ropas talaras, y gustan de ser saludados en las plazas, y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los primeros asientos en los convites: Que devoran las casas de las viudas, pretextando larga oración. Estos recibirán mayor condenación". (vv. 45-47)

Esto es, que van vestidos con mucho esmero cuando se presentan en público, circunstancia que se considera como uno de los pecados del rico.

No prohíbe que se sienten en las primeras sillas o a la mesa aquellos a quienes corresponde por razón de su dignidad, pero dice que se guarden de los que desean esto indebidamente; no reprendiendo así la autoridad sino el deseo; aun cuando no carezcan de culpa los que desean tomar parte en los litigios del foro, a la vez que apetecen ser llamados maestros de las sinagogas. Se nos ordena evitar todo trato con los amantes de la vanagloria por dos razones: para que no seamos engañados por su hipocresía creyendo que es bueno lo que hacen, y para que no nos llenemos de envidia con su ejemplo viendo que se alegran de ser alabados por las buenas acciones que ellos

afectan. No sólo desean las alabanzas de los hombres, sino también sus riquezas. Prosigue: "Que devoran las casas de las viudas, pretextando larga oración". Los que afectan ser justos y de gran mérito delante de Dios no tienen reparo alguno en recibir dinero de los débiles y de los que tienen perturbada la conciencia, como si fuesen sus defensores en el juicio que ha de venir.

Y como esperan de los hombres alabanzas y dinero, serán castigados con mayor condenación.

Capítulo 21

Y estando mirando vio los ricos que echaban sus ofrendas en el gazofilacio. Y vio también una viuda pobrecita que echaba dos pequeñas monedas. Y dijo: "En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos los otros. Porque todos éstos han echado para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza, ha echado todo el sustento que tenía". (vv. 1-4)

En griego *julaxai* quiere decir conservar, y *gaza*, que procede del idioma persa, significa riquezas. De aquí que se llame gazofilacio aquel sitio en que se guarda el dinero. Era éste un arca que tenía encima un agujero, colocada junto al altar, a la derecha de los que entraban en la casa del Señor, en la que ponían los sacerdotes que guardaban las ofrendas todo el dinero que se daba para el templo del Señor. Así como el Señor arrojó a los que traficaban en su casa, así ahora se fija en los que ofrecen sus dones: al que ve digno lo alaba y al culpable lo condena. Por esto sigue: "Y vio también una viuda pobre que echaba dos pequeñas monedas".

Es aceptable en la presencia del Señor todo lo que se ofrece con buen fin; porque El acepta el corazón más que la ofrenda, se fija en el valor del sacrificio y no en el valor de lo que se le ofrece. Por esto sigue: "Porque todos éstos han echado para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta ha echado todo su sustento".

En sentido espiritual, los ricos que echaban sus ofrendas en el gazofilacio representaban a los judíos enorgullecidos de la justicia de la ley, y la viuda pobre representaba la sencillez de la Iglesia, que suele llamarse pobrecita porque rechazó al espíritu de soberbia y el pecado, como las riquezas del mundo. Y es viuda porque su esposo ha dado la vida por ella, y ésta ha echado en el gazofilacio dos monedas pequeñas, porque ofrece sus oblaciones delante de Dios -que conserva las ofrendas de nuestras obras-, o porque son prenda del amor de Dios y del prójimo, o de fe y de oración; todo lo cual aventaja a todas las obras de los soberbios judíos. Los judíos ofrecen las limosnas de Dios cuando les sobra porque presumen de su

justicia; pero la Iglesia ofrece a Dios toda su subsistencia porque comprende que su vida entera es un don de Dios.

Y dijo a algunos, que decían del templo que estaba adornado de hermosas piedras y de dones: "Estas cosas que veis, vendrán días, cuando no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida". Y le preguntaron, y dijeron: "¿Maestro, cuando será esto? ¿y qué señal habrá cuando esto comenzare a ser?" El dijo: "Mirad, que no seáis engañados; porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy, y el tiempo está cercano. Guardaos, pues, de ir en pos de ellos". (vv. 5-8)

La Providencia divina permitió que toda la ciudad y el templo fuesen destruidos con el fin de que ninguno de los que aún estaban débiles en la fe -admirado de que aún subsistían los ritos de sus sacrificios- fuera seducido por sus diversas ceremonias.

En efecto, hubo muchos líderes, cuando era inminente la destrucción de Jerusalén, que se llamaron Cristos, diciendo que se acercaba el tiempo de la libertad. Muchos herejes en la Iglesia de Jesucristo anunciaron que se acercaba el día del Señor, pero el Apóstol (2Tes 2) los condena. Muchos anticristos también vinieron en nombre de Cristo, de los que el primero fue Simón Mago, que decía: "Este es la virtud de Dios, que se llama grande" (Hch 8).

"Y cuando oyereis guerras y sediciones, no os espantéis; porque es necesario que esto acontezca primero, mas no será luego el fin". Entonces les decía: "Se levantará gente contra gente, y reino contra reino. Y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias, y hambres, y habrá cosas espantosas y grandes señales del cielo". (vv. 9-11)

Advierte luego a los apóstoles que no se espanten por estas cosas y que no abandonen Jerusalén ni Judea. Un reino contra otro, y las pestes (de aquellos cuya palabra se extiende como un cáncer) y el hambre de escuchar

la palabra de Dios, y el estremecimiento de toda la tierra, pueden entenderse de los que se separan de la verdadera fe, como los herejes, que peleando entre sí hacen el triunfo de la Iglesia.

"Mas antes de todo esto os prenderán y perseguirán, entregándoos a la sinagoga y a las cárceles, y os llevarán a los reyes, y a los gobernadores, por mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Tened, pues, fijo en vuestros corazones de no pensar antes cómo habéis de responder. Porque yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Y seréis entregados de vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir a algunos de vosotros. Y os aborrecerán todos por mi nombre: mas no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas". (vv. 12-19)

No perecerá un solo cabello de la cabeza de los discípulos del Señor, porque no solamente las grandes acciones y las palabras de los santos, sino el menor de sus pensamientos, será premiado dignamente.

"Pues cuando viereis a Jerusalén cercada por un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca: Entonces los que están en la Judea, huyan a los montes: y los que en medio de ella, sálganse: y los que en los campos, no entren en ella. Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ¡Mas ay de las preñadas, y de las que dan de mamar en aquellos días! Porque habrá grande apretura sobre la tierra, e ira para este pueblo. Y caerán a filo de espada: y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones". (vv. 20-24)

Hasta aquí todo lo que sucedería en el espacio de cuarenta años (antes que viniera el fin). Ahora, con las palabras del Señor, se expone la

destrucción que causaría el ejército romano, cuando dice: "Pues cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército", etc.

Refiere la historia de la Iglesia que todos los cristianos que se encontraban en la Judea, al hacerse inminente la ruina de Jerusalén, advertidos por Dios, salieron de allí y fueron a habitar a la otra parte del Jordán en una ciudad que se llama Pella, mientras se consumó la destrucción de Judea.

¿Pero cómo podrían salirse de la ciudad los que estaban dentro de ella, si ya estaba sitiada por un ejército? A no ser que dijera esto no refiriéndose al tiempo mismo del sitio, sino al próximo de él, cuando el ejército romano empezara a invadir las fronteras de Galilea y de Samaria.

Estos son los días del castigo, esto es, los días que piden venganza por la sangre del Señor.

Dijo, pues: "Ay de las preñadas" (a causa del cautiverio) "y de las que alimentan o dan de mamar" (como algunos interpretan), porque ya sea que sus entrañas o sus manos estén cargadas con el peso de sus hijos, hallarán gran dificultad para poder huir.

Esto es lo que refiere el Apóstol cuando dice: "Una parte de Israel ha quedado ciega hasta que entre la plenitud de las gentes y sea salvo así todo Israel" (Rom 11,25-26). Cuando alcance la salud prometida es de esperar que volverá a su suelo patrio.

"Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y se abatirán las naciones en la tierra, por la confusión del rugido del mar y de las olas; quedando los hombres yertos por el temor y expectación de lo que sobrevendrá a todo el universo; porque las virtudes de los cielos se conmoverán, y entonces verán al Hijo del hombre que vendrá sobre una nube con gran poder y majestad". (vv. 25-27)

Anuncia después lo que sucederá cuando se cumpla el tiempo de las naciones, diciendo: "Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas".

Por esto se dice en el libro de Job que tiemblan las columnas del cielo y se amedrentan a su mandato (Job 26,11). Y ¿qué sucederá a las

tablas, cuando tiemblan las columnas? ¿qué no sufrirán los arbustos del desierto cuando el cedro del paraíso es desgajado?

"Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención". Y les dijo una semejanza: "Mirad la higuera y todos los árboles: Cuando ya producen de sí el fruto, entendéis que está cerca el estío. Así también vosotros, cuando viereis hacerse estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sean hechas. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán". (vv. 28-33)

Recomienda mucho lo que anuncia de esta manera; y (si es permitido decirlo) estas palabras, "En verdad os digo" son un juramento, porque "amén" quiere decir verdad. Por tanto es la Verdad quien dice: En verdad os digo; y aunque no se expresara así, no puede mentir de ningún modo. Llama generación a todo el género humano, o en especial la raza de los judíos.

El cielo que pasará no es el etéreo de las estrellas, sino el aire del que toman el nombre las aves del cielo. Pero si la tierra ha de pasar, ¿cómo dice el Eclesiastés: "Mi tierra subsiste eternamente?" (Ecle 1,4). Pero por una clara razón, el cielo y la tierra pasarán en cuanto a la forma que ahora tienen, pero en cuanto a la esencia subsistirán siempre.

"Mirad, pues, por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería y embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque así como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas que han de ser y de estar de pie delante del Hijo del hombre". (vv. 34-36)

Y en verdad, si algún médico sabio prohíbe usar del jugo de alguna hierba para evitar una muerte repentina, cumpliremos lo mandado con la

mayor escrupulosidad. Del mismo modo cortemos ahora, porque así lo ordena el Salvador, la embriaguez, la crápula y los cuidados del mundo, especialmente aquéllos que no temen ser heridos o muertos; porque dan crédito a las palabras del médico y menosprecian los consejos del Señor.

Y estaba enseñando de día en el templo; y de noche se salía y la pasaba en el monte llamado del Olivar. Y todo el pueblo madrugaba por venir a oírle en el templo. (vv. 37-38)

El Señor confirma con su propio ejemplo lo que había explicado con palabras; respecto a la venida del Juez y de la incertidumbre del resultado del juicio, nos exhorta a que vigilemos y oremos, y El mismo (cuando se acercaba el día de su pasión) nos da ejemplo con sus enseñanzas, con sus vigiliass y con sus oraciones. Por esto dice: "Y estaba enseñando de día en el templo". En lo que da a entender con su ejemplo que es grata a Dios la vigilancia, para enseñar a nuestros prójimos con obras y palabras el camino de la verdad.

En sentido espiritual, puede decirse que cuando vivimos con sobriedad, piadosa y justamente en medio de la prosperidad, enseñamos de día en el templo, porque enseñamos a los fieles la manera de obrar bien, y habitamos de noche en el monte de los Olivos, porque respiramos en medio de las tinieblas de las penas por medio del consuelo espiritual, y por ello madruga también el pueblo para venir a nosotros cuando nos imita en prescindir de las obras de las tinieblas o en disipar las nieblas de las aflicciones.

Capítulo 22

Y estaba ya cerca la fiesta de los Azimos, que es llamada Pascua. Y los príncipes de los Sacerdotes, y los escribas, buscaban cómo harían morir a Jesús: mas temían al pueblo. (vv. 1-2)

La Pascua, que en hebreo quiere decir fase, no viene de la palabra pasión ¹, sino de la palabra tránsito; porque el ángel exterminador, cuando veía la sangre en las puertas de los israelitas, pasaba sin herir a sus primogénitos. También el Señor, queriendo favorecer a su pueblo, bajó del cielo. Pero hay una diferencia entre la Pascua y los Azimos. La Pascua no es más que un solo día, el día en que se sacrificaba el cordero por la tarde, esto es la decimo cuarta luna del primer mes. En cambio, en la decimo quinta luna, cuando el pueblo israelita salió de Egipto, se celebraba la fiesta de los Azimos, que empezaba con la Pascua y duraba siete días, hasta el 21 del mismo mes. Por esta razón, los evangelistas ponen indiferentemente una palabra u otra, por lo que dice: "La fiesta de los Azimos, que es llamada Pascua". Por este misterio se da a entender que Jesucristo ha padecido por nosotros una sola vez por todo el tiempo que dura la vida del mundo, que se calcula dividida en siete días, durante los que se nos ordena vivir en los ázimos de sinceridad y de verdad.

No temían que se levantase, sino que se prevenían para que no se les escapase de las manos auxiliado por el pueblo. Esto sucedía dos días antes de la Pascua, estando reunidos en el atrio de Caifás, según dice San Mateo.

Notas

1. Pascua se dice en hebreo *pésach*; y en griego, *pasca*. Por ello podría parecer que proviene de *pascó*, que significa padecer.

Y Satanás entró en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariotes, uno de los doce. Y fue, y trató con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se lo entregaría. Y se holgaron y concertaron de darle dinero. Y quedó

con ellos de acuerdo. Y buscaban sazón para entregarlo sin concurso de gentes. (vv. 3-6)

No se opone a esto lo que dice San Juan, que Satanás entró por la boca. Porque entró en Judas como tentando a un extraño, pero en esta ocasión entró como en casa propia, para ejecutar lo que creyese más conveniente.

Muchos detestan el crimen de Judas, pero no evitan su repetición. Quien menosprecia los derechos de la caridad y de la verdad, menosprecia al mismo Cristo (que es la verdad y la caridad misma). Y no pecan por ignorancia ni por negligencia, porque, a imitación de Judas, buscan la oportunidad para que, careciendo de obstáculos, transformen la verdad en mentira y la virtud en pecado.

Vino, pues, el día de los Azimos, en que era menester matar la Pascua. Y envió a Pedro y a Juan, diciendo: "Id a aparejarnos la Pascua para que comamos". Y ellos dijeron: "¿En dónde quieres que la aparejemos?" Y les dijo: "Luego que entréis en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare. Y decid al padre de familia de la casa: el Maestro te dice: ¿En dónde está el aposento donde tengo que comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una grande sala aderezada; disponedla allí". Y ellos fueron y lo hallaron como les había dicho, y prepararon la Pascua. (vv. 7-13)

Llama día de los Azimos de la Pascua al día catorce del primer mes, cuando -quitado el fermento- se acostumbraba matar la pascua, esto es, el cordero.

Como diciendo: "No tenemos casa ni habitación". Fíjense en esto los que se esmeran en edificar casas. Observen cómo Jesús, siendo el Señor de todo, no tiene dónde reclinar la cabeza.

Hablando de esta Pascua el Apóstol dice: "En nuestra Pascua ha sido inmolado Jesucristo" (1Cor 5,7). Entonces, era necesario que su Pascua concluyese, puesto así estaba consagrado desde los orígenes por el designio

paterno y su santa determinación. Y aunque Jesús fue crucificado al día siguiente, es decir en la decimoquinta luna, dio comienzo a su inmolación - es decir a su pasión- en esta noche en que los judíos sacrificaban el cordero, una vez aprehendido y atado.

Preparan la Pascua donde entra el cántaro de agua, porque ha llegado el tiempo en que debe ofrecerse a los fieles la realidad de la verdadera Pascua, cesando el derramamiento de sangre y dando principio a la destrucción de la culpa, por medio de la fuente saludable del bautismo.

Y cuando fue hora, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con El, y les dijo: "Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de que padezca; porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios". Y tomando el cáliz dio gracias, y dijo: "Tomad y distribuidlo entre vosotros, porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios". (vv. 14-18)

La hora de celebrar la Pascua estaba fija en el día 14 del primer mes a la caída de la tarde, cuando ya aparece iluminada la luna del día 15.

En primer término deseaba comer el cordero pascual -que era la figura de sí mismo- con sus discípulos, y así declara al mundo los misterios de su pasión.

Así pues, el Señor se muestra a favor de la Pascua que se celebraba conforme a la Ley. Y enseñando que ésta había sido conveniente como figura de su entrega, prohíbe que en adelante se le dé un carácter material. Por ello sigue: "Porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios"; es decir, nunca celebraré la Pascua según Moisés, hasta que en la Iglesia sea realizada en sentido espiritual. La Iglesia es el reino de Dios, como dice San Lucas: "El reino de Dios está entre vosotros" (Lc 17,21). Pertenece también a la antigua Pascua que se proponía abolir lo que añade: "Y tomando el cáliz, dio gracias, y dijo: "Tomad, y distribuidlo entre vosotros". Dio gracias porque habían pasado las figuras y empezaban a realizarse los nuevos misterios.

Esto puede entenderse simplemente creyendo que desde la cena hasta el día de la resurrección -en que había de venir el reino de Dios-, no

volvería a beber vino. Después ya comió y bebió, como asegura San Pedro cuando dice: "Comimos y bebimos con El, después que resucitó de entre los muertos" (Hch 10,41).

Pero es lógico que así como antes había comido del cordero figurativo, así ahora niega que volverá a gustar la bebida de la Pascua hasta que, inaugurada la gloria del Reino, venga la fe a los hombres, para que por medio de las dos más solemnes publicaciones de la ley, es decir la comida y la bebida pascual transformadas en sentido espiritual, aprendamos que todos los sacramentos de la ley se dictaron para que se cumpliesen en el orden espiritual.

Y habiendo tomado el pan dio gracias, y lo partió, y se lo dio diciendo: "Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros; esto haced en memoria de mí". Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros". (vv. 19-20)

Terminadas las solemnidades de la antigua Pascua pasa a ocuparse de la nueva, deseando que se perpetúe en la Iglesia la memoria de la redención. Pero substituyó la carne y la sangre del cordero con el sacramento de su Carne y su Sangre bajo las figuras del pan y del vino. Fue hecho sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (Sal 109; Heb 7). Por ello dice: "Y habiendo tomado el pan, dio gracias". Como dio gracias porque terminaban las antiguas figuras, nos dio ejemplo para que diésemos las gracias por todo beneficio tanto al principio como al fin, porque debe darse gracias a Dios en toda obra buena. Prosigue: "Y lo partió". Partió el pan que distribuyó, para prefigurar la mortificación de su cuerpo -es decir su Pasión- que habría de tener lugar porque El así lo quería: "Y se lo dio, diciendo: 'Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros'".

Se sobreentiende "les dio", para que la construcción sea perfecta.

En aquel entonces los apóstoles comulgaron después de cenar, porque era preciso consumir las figuras antes que viniese la realidad de la Pascua, pasando así a los misterios de la verdadera Pascua. Pero ahora, en honor de tan augusto sacramento, los Padres de la Iglesia han creído

oportuno que nos fortalezcamos primero con los alimentos espirituales y después con los terrenos.

"Pero ved ahí que la mano del que me entrega conmigo está en la mesa. Y en verdad, el Hijo del hombre va, según lo que está decretado. ¡Mas ay de aquel hombre por quien será entregado!" Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, cuál de ellos sería el que esto había de hacer. (vv. 21-23)

No lo señala sin embargo de una manera especial, para evitar que una vez corregido públicamente, se vuelva peor. Culpa a todos igualmente, para que se arrepienta el que sea. Pero predice el castigo, para que si el bochorno no convence, convenzan los castigos con que se amenaza. Por esto sigue: "Y en verdad el Hijo del hombre va", etc.

Pero ¡ay del hombre que se acerca a la Mesa sagrada en pecado, porque, a imitación de Judas, entrega al Señor, no a los judíos, sino a unos miembros pecadores! Y aun cuando los otros once Apóstoles sabían que nada malo pensaban contra el Señor, como creen más a su Maestro que a sí mismos, temiendo por su propia debilidad, se preguntan acerca del pecado que no tenían. Sigue, pues: "Y ellos comenzaron a preguntarse", etc.

Y se movió también entre ellos contienda, cuál de ellos parecía ser el mayor. Mas El les dijo: "Los reyes de las gentes que se enseñorean de ellas; y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores. Mas vosotros no así: antes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que precede, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿no es mayor el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve". (vv. 24-27)

Así como los buenos buscan en las Santas Escrituras ejemplos los de los Santos Padres, para aprender de ellos y humillarse, así los malvados, cuando encuentran algo reprehensible en los buenos, insiten mucho en ello

como queriendo disculpar sus maldades. Por esto, muchos leen con gusto que hubo disputa entre los discípulos del Señor.

Veamos también de no fijarnos en el ejemplo de los discípulos, que todavía eran apegados a lo mundano, y ocupémonos de lo que mandaba el Maestro espiritual. Sigue, pues: "Les dijo: los reyes de las gentes", etc.

En esta fórmula, enseñada por el Señor, no se excluyen len los que tienen posición elevada; no deben dominar éstos a los que viven de una manera más modesta, como hacen los reyes de las naciones con los que les están subordinados, ni deben ser ensalzados por sus alabanzas; pero deben obrar enérgicamente contra los que obran mal, por amor a la justicia. El Señor añadió a sus palabras el ejemplo, por lo que sigue: "Porque, ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? Pues Yo estoy", etc.

Se refiere también al servicio material de que habla San Juan, que siendo el Señor y el Maestro, lavó los pies de sus discípulos. Aun cuando en la palabra servir puede entenderse todo cuanto hizo el tiempo que vivió en carne mortal, también dio a conocer por esta palabra el servicio que habría de prestar a la humanidad derramando su sangre por ella.

"Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones: y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí: para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel". (vv. 28-30)

El alcanzar el reino de los cielos no es para el que empieza a tener paciencia, sino para el que persevera; porque la perseverancia -que se llama constancia o fortaleza del espíritu-, debe extenderse a todo, y ser como el fundamento de todas las virtudes. El Hijo de Dios, pues, lleva al reino de los cielos a los que permanecen con El en las tentaciones; y como hemos sido identificados con El por la semejanza en la muerte, así también nos deberemos parecer a El en la resurrección. Por lo que sigue: "Por esto dispongo para vosotros", etc.

La mesa celestial que se ofrece a todos los santos para que gocen, es la gloria del cielo y de la vida, en la que se saciarán todos los que tienen

hambre y sed de justicia, (Mt 5) gozando del deseado gozo del verdadero bien.

Esta es la idea invariable del Salvador (Sal 117): los que gozan en servir a sus prójimos, sean alimentados entonces en la mesa sacratísima del Señor con los manjares de la vida eterna, y que aquellos que en las tentaciones son juzgados injustamente permanecen con Dios, allí sean constituidos con El en justos jueces contra sus perseguidores. Por ello sigue: "Y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel".

Judas fue excluido de la sublimidad de este ofrecimiento; porque se cree que salió del cenáculo antes que Jesús dijera esto. También son exceptuados aquellos que, habiendo oído la predicación de tan sublime misterio, se volvieron (Jn 6. 67).

Y dijo más el Señor: "Simón, Simón; mira que Satanás os ha pedido para cribaros como trigo; mas yo he rogado por ti, que no falte tu fe; y tú una vez convertido, confirma a tus hermanos". Y él le dijo: "Señor, aparejado estoy para ir contigo aún a cárcel y a muerte". Mas Jesús le respondió: "Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que tres veces hayas negado que me conoces". (vv. 31-34)

Para que no se gloriasen los once apóstoles, ni atribuyesen a sus propias fuerzas el haber permanecido fuertes ellos solos entre tantos judíos, al lado del Señor, les hace ver que si no son protegidos por el favor del cielo, podrán caer como los demás en toda clase de peligros. Por ello sigue: "Dice, pues, el Señor a Simón: Simón, mira que Satanás os ha pedido para cribaros como trigo", etc.; es decir, conviene que seáis tentados; y así como se limpia el trigo zarandeándolo, así ellos deberían ser estremecidos, en lo que demuestra que ninguno es tentado en su fe por el diablo si no lo permite Dios.

Como diciendo: Así como yo he fortalecido tu fe (para que no desaparezca) por medio de la oración, tú también, acuérdate de confortar a tus hermanos más débiles para que no desesperen del perdón.

Como el Señor había dicho que había rogado por la fe de Pedro, éste, conociendo su gran afecto y el fervor de su fe, como ignoraba lo que le

había de suceder, no creyó que podría faltar. Por esto sigue: "Y él le dijo: Señor, aparejado estoy para ir contigo aun a cárcel y a muerte".

Debe tenerse en cuenta que por consentimiento de Dios los pusilánimes sufren algunas caídas para remedio de males anteriores. Pero aunque parezca que es igual la falta del pusilánime y de los demás, se diferencian y mucho, porque el pusilánime peca en virtud de ciertas asechanzas y casi contra su voluntad; pero los demás pecan, porque no se cuidan ni de sí ni de Dios, ni distinguen entre pecar y obrar bien; por lo que creo que deben tener distinto castigo, porque el pusilánime necesita de cierta ayuda, y debe recibir su castigo de conformidad con su falta.

Y les dijo: "Cuando os envié sin bolsa, sin alforja o sin calzado, por ventura ¿os faltó alguna cosa?" Y ellos respondieron: "Nada". Luego les dijo: "Pues ahora, quien tiene bolsa, tómela, y también la alforja: y el que no la tiene, venda su túnica, y compre una espada: porque os digo que es necesario que se vea cumplido en mí aún esto que está escrito: y fue contado con los inicuos; porque las cosas que miran a mí tienen su cumplimiento". Mas ellos respondieron: "Señor, he aquí dos espadas". Y El les dijo: "Basta". (vv. 35-38)

No es una misma la manera de vivir que deben tener los discípulos en el tiempo de la persecución y en el de la paz. Cuando envía a sus discípulos a predicar, les manda que no lleven nada para el camino, diciéndoles que el que sirve al Evangelio, del Evangelio debe vivir; pero cuando hay peligro de perder la vida, y por todos es perseguido el pastor, lo mismo que las ovejas, establece la manera de vivir entonces, permitiendo que reúnan los alimentos necesarios, hasta que vuelva el tiempo en que cese la rabia de la persecución y se pueda predicar el Evangelio; en lo que nos da a entender, que cuando hay una verdadera causa, puede prescindirse en algo del rigor con que nos debemos tratar, sin que se falte en ello.

También puede decirse, que dos espadas son testimonio suficiente de que Jesucristo sufrió espontáneamente su pasión: una da valor a los apóstoles para pelear en favor de Dios, y que en Dios existía el poder de curar; y la otra, que siempre metida en su vaina da a conocer que no les permitía hacer en su defensa ni aun lo que hubieran podido hacer.

Y saliendo, se fue, como solía, al monte de las Olivas, y le fueron también siguiendo sus discípulos. Y cuando llegó al lugar les dijo: "Haced oración para que no entréis en tentación". Y se apartó El de ellos, como un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba, diciendo: "Padre; si quieres, traspasa este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya". (vv. 39-42)

Como el Señor había de ser entregado por su discípulo, se marchó al lugar donde pudiera encontrarlo fácilmente. Por esto sigue: "Y habiendo salido se fue, como solía, al monte de los Olivos".

Muy oportunamente llevó al monte de los Olivos a los que estaban instruidos acerca de los misterios referentes a su cuerpo, porque bautizados todos en su preciosa muerte, daba a entender que después serían confirmados por el crisma del Espíritu Santo.

Es imposible que deje de ser tentado el hombre; por ello dice: "Orad", no para que no seáis tentados, "sino para que no caigáis en tentación". Esto es, para que no os venza la tentación.

Solo oraba por nosotros, Aquel que solo por nosotros había padecido, dándonos a conocer, que tanto su oración como su pasión, se diferenciaban mucho de las nuestras.

Pide que pase de El aquel cáliz, no en verdad porque tema padecer, sino compadecido del pueblo de Israel, que debería beber el cáliz que se le había pronosticado. Por esto no dijo terminantemente, aparta de mí el cáliz, sino este cáliz, esto es, el del pueblo judío que no puede tener excusa si me mata, puesto que tiene la Ley y los Profetas, que me han anunciado con tanta frecuencia.

Al acercarse el Salvador a la pasión, tomó la voz de los que están afligidos; porque cuando va a suceder lo que no queremos que suceda, debemos pedir -por nuestra flaqueza- que no suceda, mientras que con nuestra firme voluntad debemos estar preparados a cumplir las disposiciones de nuestro Creador, aun en contra de nuestros deseos.

Y le apareció un ángel del cielo, que le confortaba. Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia. Y fue su sudor como de gotas de sangre, que corría hasta la tierra. Y como se levantase de orar, y viniese a sus discípulos, los halló durmiendo de tristeza: "Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación". (vv. 43-46)

En otro lugar también leemos (Mt 4,11) que los ángeles le servían, acercándose a El. Tanto respecto de una como de otra naturaleza, se dice en repetidas ocasiones que los ángeles le servían y le confortaban. El Creador no necesitó nunca de la ayuda de sus creaturas; pero una vez hecho hombre, como se entristece por nosotros, así también es confortado por nosotros.

Nadie crea que este sudor era hijo de la flojedad, porque es contrario a la naturaleza sudar sangre; sino entiéndase, que por medio de este sudor nos dice que ya había obtenido la gracia que pedía, proponiéndose a la vez purificar con su sangre la fe de sus discípulos, que todavía estaban bajo el influjo de la flaqueza humana.

Da a conocer el Señor en seguida que oraba por sus discípulos, pues les reprende porque no participan de sus oraciones, por no estar vigilantes y en oración. Sigue, pues: "Y les dice: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no caigáis en tentación".

Y cuando estaba El aún hablando se dejó ver una cuadrilla de gente: y el que era llamado Judas, uno de los doce, iba delante de ellos: y se acercó a Jesús para besarle. Mas Jesús le dijo: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" Y cuando vieron los que estaban con El lo que iba a suceder, le dijeron: "Señor, ¿herimos con espada?" Y uno de ellos hirió a un siervo del príncipe de los sacerdotes, y le cortó la oreja derecha. Mas Jesús, tomando la palabra, dijo: "Dejad hasta aquí". Y le tocó la oreja, y le sanó. Y dijo Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados del templo, y a los ancianos que habían venido allí: "¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas". (vv. 47-53)

El Señor nunca se olvida de su bondad. Sus enemigos procuran la muerte del justo, y Este cura las heridas de los que lo persiguen.

Este siervo es el pueblo judío que perdió la oreja derecha. Es decir, la inteligencia espiritual de la ley, por el mal papel que representó en la Pasión del Señor, instado por los príncipes de los sacerdotes. Su oreja fue cortada por la espada de San Pedro, no porque privara de la inteligencia a los que quieren oír, sino porque da a conocer que, por juicio divino, ésta les fue quitada a los negligentes. Pero la misma oreja derecha es restituida por la dignación del Señor, a todos los de aquel pueblo que creyeron.

Prosigue: "Y dijo Jesús a los príncipes de los sacerdotes... ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos?", etc.

Como diciendo: Por lo tanto, os congregáis contra mí en las tinieblas, porque en ellas está vuestro poder -con el que os armáis en contra de la verdad-. Se pregunta que cómo pudo ser que Jesús hablase a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y a los ancianos del pueblo, que habían venido a prenderle cuando, según los demás evangelistas, ellos esperaban en el atrio de Caifás, y enviaron desde allí sus ministros. Pero se responde a esta contradicción, diciendo que ellos vinieron no en persona, sino en la de aquellos que ellos mandaron, y se presentaron a prender a Jesús.

Y echando mano de El, le llevaron a la casa del príncipe de los sacerdotes; y Pedro le seguía a lo lejos. Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos. Una criada, cuando le vio sentado a la lumbre, le miró con atención y le dijo: "Y éste con El estaba". Mas él lo negó, diciendo: "Mujer, no le conozco". Y un poco después, viéndole otro, dijo: "Y tú de ellos eres". Y dijo Pedro: "Hombre, no soy". Y pasada como una hora, afirmaba otro y decía: "En verdad éste con El estaba, porque es también galileo". Y Pedro: "Hombre no sé lo que dices". Y en el mismo instante, cuando aún él estaba hablando, cantó el gallo. Y volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: "Antes que el gallo cante, me negarás tres veces". Y saliendo fuera Pedro, lloró amargamente. (vv. 54-62)

El príncipe de los sacerdotes, quiere decir Caifás, quien, según San Juan, era el pontífice en aquel año.

El que San Pedro haya seguido a Jesús a lo lejos representa a la Iglesia, que habría de seguir su verdad, es decir, habría de imitar la Pasión del Señor, pero de una manera diferente. La Iglesia sufre por sí misma, pero Jesús sufre por la Iglesia.

En esta negación de San Pedro, decimos que no sólo fue negado Cristo por el que dice que no es Cristo, sino también por aquel que siendo cristiano niega que lo es.

Añade: "Porque es galileo". No porque hablasen diferente lengua los galileos y los de Jerusalén: todos hablaban el hebreo, pero cada provincia tiene un modo especial de hablar, que no puede ocultarse.

Prosigue: "Y dijo Pedro: Hombre, no sé lo que dices".

Suele muchas veces la Sagrada Escritura, indicar el mérito de las causas porsas por el del tiempo. Por ello, Pedro que pecó hacia la media noche, se arrepintió en seguida que cantó el gallo. Prosigue: "Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando cantó el gallo". Lo que faltó durante las tinieblas del olvido, lo enmendó al volver la verdadera luz.

Creo que debe entenderse por el gallo, alguno de los doctores que increpan a los que andan soñolientos o están echados, diciéndoles: "Vigilad, justos, y no queráis pecar" (1Cor 15,34).

Mirar a uno equivale a compadecerse de él; porque no sólo cuando se hace penitencia, sino también para que pueda hacerse, es necesaria la divina misericordia.

Y aquellos que tenían a Jesús, le escarnecían, hiriéndole; le vendaron los ojos, y le herían en la cara, y le preguntaban, y decían: "Adivina, ¿quién es el que te hirió?" Y decían otras muchas cosas, blasfemando contra El. Y cuando fue de día se juntaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron a su concilio, y le dijeron: "Si tú eres el Cristo, dínoslo". Y les dijo: "Si os lo dijere no me creeréis, y también si os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis. Mas desde ahora el Hijo del hombre estará

sentado a la diestra de la virtud de Dios". Y dijeron todos: "¿Luego tú eres el Hijo de Dios?" El dijo: "Vosotros decís: yo lo soy". Y ellos dijeron: "¿Qué, necesitamos más testimonios? pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca". (vv. 63-71)

Esto lo hicieron por burlarse de El, porque había querido ser considerado como Profeta. Pero el que fue herido y abofeteado por los judíos, lo es también ahora por las blasfemias de los malos cristianos. Le vendaron los ojos, no para que no viera aquellas afrentas, sino para ocultar su rostro. Los herejes y los judíos, y los malos cristianos, cuando lo ofenden con sus malas acciones, también se burlan de El, y le dicen: ¿Quién te ha herido? creyendo que no conoce los pensamientos y las acciones pecaminosas.

No deseaban conocer la verdad, sino preparar la calumnia. Porque como esperaban que el Cristo aparecería como hombre, resucitando la grandeza de David, deseaban oír de El: Yo soy el Cristo, para insultarle porque se atribuía la regia autoridad.

Había dicho muchas veces que El era el Cristo, como cuando decía, según (San Juan 10,30): "Yo y el Padre somos una misma cosa"; y otras cosas por el estilo. "Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis". Les había preguntado ya antes, cómo decían que el Cristo sería Hijo de David, cuando David lo llamó en espíritu su Señor, pero ellos no quisieron creerle cuando hablaba, ni responderle cuando preguntaba. Y porque preferían ofender la descendencia de David, les declara con autoridad una profecía mayor. Prosigue: "Mas desde ahora, el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios".

Porque dijo que era el Hijo de Dios, comprendieron que era así al expresarse en estos términos: "El Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios".

Capítulo 23

Y se levantó toda aquella multitud, y lo llevaron a Pilatos. Y comenzaron a acusarle, diciendo: "A éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando dar tributo al César, y diciendo que El es el Cristo Rey". Y Pilatos le preguntó, y dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Y El le respondió, diciendo: "Tú lo dices". Dijo Pilatos a los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: "Ningún delito hallo en este hombre". Mas ellos insistían, diciendo: "Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí". (vv. 1-5)

Así se cumplía aquel vaticinio referente a Jesús que predecía su muerte (Lc 18,32): "Será entregado a los gentiles", esto es, a los romanos. Porque Pilato era romano, y los romanos lo habían enviado a Judea para que la rigiese.

Querían entregar al Señor por dos razones, a saber: porque decían que prohibía dar el tributo al César, y porque se llamaba a sí mismo Cristo. Pudo suceder que llegasen a oídos de Pilato aquellas palabras del Señor: (Lc 20,25) "Dad al César lo que es del César". Y por eso ahora menosprecia la mentira de los judíos, y sólo le pregunta acerca de si se proponía reinar. Prosigue: "Y Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos?", etc.

El Señor respondió al gobernador con las mismas palabras con las que había contestado a los príncipes de los sacerdotes, para que él se condenara por la propia sentencia. Prosigue: "Y El le respondió, diciendo: Tú lo dices"

dices".

En estas palabras no acusan precisamente al Señor sino que se acusan a sí mismos. Pues haber instruido al pueblo, y haberlo alejado de la necedad del tiempo antiguo, y haber recorrido así toda la tierra de promisión, no es un crimen, sino una señal de virtud.

Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si era de Galilea, y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió; a la sazón se encontraba en Jerusalén. Y Herodes cuando vio a Jesús se holgó mucho; porque de largo tiempo había deseado verle, por haber oído decir de El muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo, pues, muchas preguntas; mas El nada le respondió. Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusándole con grande instancia. Y Herodes, con sus soldados, le despreció, y escarneciéndole le hizo vestir de una ropa blanca, y le volvió a enviar a Pilatos. Y aquel día quedaron amigos Herodes y Pilatos, porque antes eran enemigos entre sí. (vv. 6-12)

Pilato consideró que no debía interrogar al Señor acerca de la acusación previa, y deseaba devolverlo, juzgándolo libre, aprovechando está repentina gran ocasión. Por ello dice: "Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si era de Galilea". Y para no verse obligado a sentenciarle, puesto que estaba convencido de su inocencia, y de que sólo lo habían aprehendido por envidia, lo envió para que Herodes lo oyese. Porque como Herodes era el tetrarca de aquel país, podía absolverlo o condenarlo. Prosigue: "Y cuando entendió que era de la jurisdicción

Esta amistad de Pilato y Herodes también significa que los judíos y los gentiles, estando muy distantes entre sí por razón de su religión, de su origen y modo de pensar, se unirían en el tiempo de las persecuciones.

Pilatos, pues, llamó a los príncipes de los sacerdotes, y a los magistrados, y al pueblo. Y les dijo: "Me habéis presentado a este hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre culpa alguna de aquéllas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco; porque os remití a él, y he aquí que nada se ha probado que merezca muerte. Y así le soltaré después de haberle castigado". Y debía soltarles uno en el día de la fiesta. Y todo el pueblo dio voces a una, diciendo: "Haz morir a éste y suéltanos a Barrabás": éste había sido puesto en la cárcel por cierta sedición acaecida en la ciudad, y por un homicidio. Y Pilatos les habló de nuevo, queriendo soltar a

Jesús. Mas ellos volvían a dar voces, diciendo: "Crucificalo, crucificalo". Y él, tercera vez, les dijo: "¿Pues qué mal ha hecho Este? Yo no hallo en El ninguna causa de muerte: le castigaré, pues, y le soltaré". Mas ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado; y crecían más sus voces. Y Pilatos juzgó que se hiciera lo que ellos pedían, y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en la cárcel, al cual habían pedido, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos. (vv. 13-25)

Desaparezcan, pues, los escritos, que después de tanto tiempo se han publicado contra Jesucristo, sin pruebas que fuese acusado ante Pilato por delito de magia; sino que han sido compuestos por los malvados en contra de Jesucristo, dando a entender que deben ser acusados de perfidia y mala fe.

Como diciendo: Yo lo martirizaré con los azotes y las penas que queráis imponerle, con tal que no deseéis su sangre inocente. Prosigue: "Y debía soltarles uno en el día de la fiesta", etc. Tenía necesidad de ello, no porque así lo permitiese la legislación romana, sino obligado por la costumbre anual, con la que deseaba condescender.

La petición de los judíos pesa sobre ellos hasta hoy, porque prefirieron un ladrón a Jesús, y un asesino al Salvador. Con razón, pues, han perdido la salvación y la vida, y se han dedicado a toda clase de latrocinios y sediciones, desde que perdieron su patria y su reino.

Desean acabar con el inocente, deseando matarlo con tal clase de muerte, esto es, crucificándolo. Los crucificados, que pendían de un leño, eran sujetados al madero con clavos, que traspasaban sus pies y sus manos, y así eran muertos, para que durase su dolor. Pero el Señor había escogido muerte de cruz, porque así, vencido el diablo, habría de ser colocada ésta, como trofeo, en la frente de los fieles.

Pilato se proponía satisfacer al pueblo, exponerlo a la burla y presentarlo azotado para que no insistiese obligándolo a crucificar al Salvador, como San Juan atestigua. Pero como ellos veían que toda su acusación contra el Señor quedó desvirtuada por el cuidadoso interrogatorio de Pilatos, terminan por pedir solamente que fuese crucificado.

Y cuando le llevaron, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simón, que venía de una granja, y le cargaron la cruz, para que la llevase en pos del Salvador. Y le seguía una grande multitud de pueblo y de mujeres, las que le plañían y lloraban: mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días, en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces empezarán a decir a los montes: caed sobre nosotros; y a los collados, cubridnos; porque si en el árbol verde hacen esto, ¿en el seco qué se harán?" Y llevaban con El también otros dos, que eran malhechores, para hacerles morir. (vv. 26-32)

Simón quiere decir obediente, y Cirene, heredero, en cuyos nombres se designa al pueblo gentil, que en otro tiempo era sólo peregrino y forastero de los testamentos, pero ahora se ha convertido en heredero de Dios por su obediencia. Cuando Simón vuelve de la granja, lleva la cruz siguiendo a Jesucristo, porque abandonado el culto idólatra, abraza con gusto la cruz de la Pasión de Cristo: granja, en griego, quiere decir pago, de cuyo nombre procede el de pagano.

Seguía a Jesús mucha gente, pero no lo seguían todos con el mismo fin. Porque el pueblo que había pedido su muerte, lo seguía para tener el gusto de verlo morir, y las mujeres para llorar al que estaba sentenciado. No lo seguía sólo el cortejo de mujeres llorando, sino que también lo seguía un buen número de hombres profundamente afligidos por su Pasión, pero como el sexo femenino podía manifestar su sentimiento con libertad, por ser menos estimado, lo hacía llorando.

Esto es, cuya pronta resurrección puede destruir la muerte, cuya muerte ha de acabar con toda muerte, y aún con el mismo autor de la muerte. Debe advertirse, que cuando las llama hijas de Jerusalén, no sólo se refiere a las que lo habían seguido desde Galilea, sino a las que vivían en la ciudad de Jerusalén y se unieron a las otras.

Cita el tiempo en que tendría lugar el sitio y la desolación que ocasionarían los romanos, del cual más arriba se había dicho: (Mt 24,19) "¡Ay de las en cinta y que críen en aquellos días!". Es natural, que cuando

amenaza un cautiverio enemigo, se busquen los lugares altos y secretos, donde los hombres puedan esconderse. Por esto sigue: "Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotros, y a los collados: cubridnos". Refiere Josefo, que como resistiesen los judíos, los romanos registraron las cavernas de los montes y las cuevas de los collados buscando a los judíos. Cuando dice que deben llamarse bienaventuradas las estériles, se refiere, sin duda, a aquéllos de uno y otro sexo que se hicieron estériles por el reino de los cielos. Y cuando se dice a los montes y a los collados, caed sobre nosotros y cubridnos, que cuando se cae en una tentación por efecto de debilidad espiritual, se debe buscar el remedio en los ejemplos, en los consejos y en las oraciones de los fieles más elevados y espirituales.

Prosigue: "Porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?"

Como si dijese a todos: Si yo, que no he cometido culpa alguna y me llamo árbol de vida, no salgo de este mundo sin ser víctima del fuego de las pasiones humanas, ¿qué clase de tormentos creéis que sobrevendrán a los que carecen de fruto?

Y cuando llegaron al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí; y a los ladrones, uno a la diestra y otro a la siniestra. (v. 33)

Había varios sitios fuera de la ciudad en donde se decapitaba a los condenados a muerte, y tenían el nombre de Calavera, esto es, de los degollados; y así fue crucificado por la salud de todos, como culpable, entre los culpables; para que allí donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia. (Rom 5,20)

Los dos ladrones crucificados con Jesucristo, representan a aquellos que padecen por la fe de Cristo, o sufren los tormentos del martirio, o las penalidades de la mortificación austera. Pero los que padecen esto para alcanzar la vida eterna están representados por el ladrón de la derecha; mas el que obra así por merecer la humana alabanza, imita el proceder del mal ladrón.

Mas Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y dividiendo sus vestidos echaron suertes. Y el pueblo estaba mirando y los príncipes, juntamente con él, le denostaban y le decían: "A otros hizo salvos, sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios". Le escarnecían también los soldados, acercándose a El, presentándole vinagre, y diciéndole: "Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo". (vv. 34-37)

Y no se crea aquí que oró en vano, sino que alcanzó la conversión de aquellos que creyeron en El después que expiró. Debe advertirse que no rogó por aquellos que lo reconocieron como Hijo de Dios, y a pesar de ello prefirieron crucificarlo a confesarlo; sino por aquellos que no sabían lo que hacían, impulsados por la gloria de Dios, pero sin el verdadero conocimiento. Por lo que sigue: "No saben lo que hacen".

En la suerte vemos una señal de la gracia de Dios. Porque cuando se introduce la suerte, se somete el resultado, no a esta o a aquella persona, sino al desconocido juicio de Dios.

Los que aún contra su voluntad confiesan que ha salvado a otros. Prosigue: "Y decían: a otros hizo salvos; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios".

Debe notarse que los judíos se burlaban del nombre de Cristo, blasfemando y como si a ellos estuviese ya confiada la interpretación de las Sagradas Escrituras, pero los soldados, como las desconocían, no insultaban a Jesucristo como el escogido de Dios, sino como rey de los judíos.

Había también sobre El un título escrito en letras griegas, latinas y hebraicas: "Este es el rey de los judíos". Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Mas el otro, respondiendo, le reprendió en esta forma: "Ni aún tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio: y nosotros en verdad por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; mas éste, ningún mal ha hecho". Y decía a Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino". Y Jesús le dijo: "En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso". (vv. 38-43)

Todos los que somos bautizados en nombre de Jesucristo, somos bautizados en virtud de su muerte, porque siendo pecadores, hemos sido purificados por medio del bautismo (Rom 6,3). Pero hay algunos, que glorificando a Jesús muerto según la carne, son coronados; y otros, que no queriendo obrar según la fe y las promesas del bautismo, son privados de la gracia que recibieron.

Y era ya casi la hora de sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas, hasta la hora de nona: Y se oscureció el sol, y el velo del templo se rasgó por medio: Y Jesús, dando una grande voz, dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró". (vv. 44-46)

Queriendo San Lucas añadir un milagro a otro milagro añade: "Y el velo del templo se rasgó por medio". Esto sucedió al tiempo de expirar el Señor, como San Mateo y San Marcos atestiguan, pero San Lucas lo refiere anticipándose.

Invoca al Padre, manifiesta que El es el Hijo de Dios. Encomendando su espíritu en manos del Padre, no da a conocer su falta de virtud, sino su confianza en el poder del Padre.

Y cuando vio el centurión lo que había sucedido, glorificó a Dios, diciendo: "Verdaderamente que este hombre era justo". Y todo el gentío, que asistía a este espectáculo, y veía lo que pasaba, se volvía, dándose golpes en los pechos. Y todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que le habían seguido de Galilea, estaban a lo lejos, mirando estas cosas. (vv. 47-49)

Que herían sus pechos en señal de arrepentimiento y de penitencia, se conoce por dos razones: o bien porque sentían haber crucificado injustamente al que amaron en vida, o bien porque temían que aquella muerte que ellos recordaban haber pedido, había de ser más gloriosa para el Salvador. Debe advertirse que los gentiles, como temían a Dios, le

glorificaban, confesándole abiertamente, pero los judíos se volvían tristes a su casa, hiriendo únicamente sus pechos.

Por ello se da a conocer la fe de la Iglesia por medio del cenel centurión, que publica que Jesús es el Hijo de Dios, cuando la sinagoga lo calla. Se cumple la queja del Salvador respecto de su Padre, cuando le dice: (Sal 87,19) "Has apartado de mí al amigo y al prójimo, mis conocidos han sido para mí miseria". Por ello sigue: "Y todos los conocidos de Jesús estaban mirando de lejos".

Y he aquí un varón llamado José, el cual era senador, varón bueno y justo, que no había consentido en el consejo, ni en los hechos de los otros, de Arimatea, ciudad de la Judea, el cual esperaba también el reino de Dios. Este llegó a Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús: y habiéndole quitado, le envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro labrado en una peña, en el cual hasta entonces nadie había sido puesto. Y era el día de Parasceve, y ya rayaba el sábado. Y viniendo también las mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, vieron el sepulcro y cómo fue depositado su cuerpo. Y volviéndose, prepararon aromas y ungüentos: y reposaron el sábado conforme al mandamiento. (vv. 50-56)

Se llamaba senador o decurión 1, porque pertenecía a la curia 2, llenando los deberes de curial, cuyo nombre proviene de cuidar de los bienes generales. José era muy solícito en atender a los hombres, pero obtuvo un gran mérito respecto de Dios. Prosigue: "Varón bueno y justo, de Arimatea, ciudad de la Judea", etc. Arimatea era la misma Ramata, ciudad de Helcana y de Samuel (Sam 1).

Por lo tanto, por la justicia de sus méritos pudo conseguir el sepultar al Señor, como pudo pedirlo por la nobleza de su poder. Por esto sigue: "Y habiéndole quitado, lo envolvió en una sábana". Se condena la vanidad de los ricos en la sencillez de la sepultura del Señor, los que, ni aun en las tumbas quieren carecer de sus riquezas.

Esto significa, de una sola piedra, porque si lo hubiere hecho de muchas, se hubiera podido decir, después de la resurrección, que había sido

robado minando el sepulcro. Y sigue: "En el cual nadie hasta entonces había sido puesto". Para evitar que después de la resurrección, quedando otros cuerpos allí, se dudase si habría sido el del Salvador el que había resucitado. Como el hombre había sido creado en el sexto día el Señor quiso ser crucificado también en el sexto día, terminando así la gran obra de nuestra regeneración. Por lo que sigue: "Y era el día de Parasceve", que quiere decir preparación. Con este nombre se designa el sexto día, porque en él preparaban lo necesario para el sábado. Y como el séptimo día Dios descansó de todas sus obras, así Jesús descansó el sábado en el sepulcro. Por lo que sigue: "Y ya rayaba el sábado". Antes hemos leído que estaban todos los conocidos de Jesús a lo lejos, como también las mujeres que le habían seguido. Después de haber sepultado el cadáver, habiendo regresado a sus casas los conocidos, sólo las mujeres que más le amaban le seguían llorando y deseando ver el lugar donde lo ponían. Prosigue: "Y viniendo también las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, vieron el sepulcro, y cómo fue depositado su cuerpo", sin duda con el fin de poderle ofrecer los respetos de su devoción.

Después de sepultado el Señor, en cuanto se pudo trabajar -esto es en cuanto se puso el sol- se ocuparon en preparar los aromas y ungüentos. Estaba mandado que durante el sábado se guardase un profundo silencio -el descanso de vísperas a vísperas-. Prosigue: "Y reposaron el sábado conforme al mandamiento".

También envuelve a Jesús en una sábana limpia quien le recibe con corazón puro.

En cuanto a que el Señor fue crucificado en el sexto día, y que descansó en el sepulcro el séptimo, se da a conocer que nosotros padeceremos en la sexta edad del mundo y necesariamente seremos como crucificados al mundo, y que en la séptima (esto es después de la muerte), los cuerpos descansarán en el sepulcro y las almas con Dios. Pero hasta ahora, las santas mujeres (esto es, las almas humildes enfervorizadas por el amor) quieren venerar la pasión del Señor; y por si pueden imitarle, se proponen completarla en la forma que deben, y según el orden establecido. Por esto, una vez sabida, oída o recordada, se vuelven a preparar sus obras de virtud -en las que Cristo se complace- para que una vez terminada la

Parasceve de la presente vida, puedan salir al encuentro de Cristo, con los aromas de sus buenas acciones.

Notas

1. Jefe de diez ciudadanos o de una tropa de diez soldados entre los romanos.

2. Subdivisión de la sociedad romana.

Capítulo 24

Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado. Y hallaron revuelta la losa del sepulcro. Y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Y aconteció, que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon junto a ellas con vestiduras resplandecientes. Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro a la tierra, las dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí: mas ha resucitado; acordaos de lo que os habló, estando aún en Galilea, diciendo: es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día". Entonces se acordaron de las palabras de El. Y salieron del sepulcro, y fueron a contar todo esto a los once y a todos los demás. Y las que refirieron a los Apóstoles estas cosas, eran María Magdalena y Juana, y María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas. Mas ellos tuvieron por un delirio estas palabras, y no las creyeron. Mas levantándose Pedro, corrió hacia el sepulcro, y bajándose, vio sólo los lienzos que estaban allí echados, y se fue admirando dentro de sí lo que había sucedido. (vv. 1-12)

Aquellas piadosas mujeres, no sólo en el día de la parasceve, sino una vez concluido el sábado (esto es, cuando se puso el sol) cuando hubo permiso para trabajar, compraron aromas para ungir el cuerpo de Jesús. Así lo dice San Marcos: pero como en seguida se vino la noche, no pudieron ir al sepulcro, por ello dice el evangelista: "Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro", etc. El primer día del sábado -o sea el primer día que se encuentra después del sábado- es el que le sigue inmediatamente, al que quienes somos cristianos llamamos día de domingo por la resurrección del Señor. Si vinieron muy de mañana las mujeres al sepulcro, fue porque habían de enseñar a buscarlo y encontrarlo con el fervor de la caridad.

No se dice que cayeran estas santas mujeres postradas en tierra cuando vieron a los ángeles, sino que inclinaron la cabeza. Tampoco leemos

que alguno de los santos que vieron al Señor o a los ángeles después de la resurrección los adorasen postrados en tierra. Por esto sucede que el sacerdote católico, cuando hace mención de la resurrección gloriosa del Señor o cuando conmemora en los domingos la esperanza como en todo el tiempo de quincuagésima, no oremos arrodillados, sino con la cabeza inclinada hacia el suelo. No debía buscarse en el sepulcro -que es lugar donde habitan los muertos- Aquel que había resucitado a la vida. Por esto añade: "Les dijeron", esto es, los ángeles a las mujeres: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? no está aquí: mas ha resucitado". Como había dicho a las mujeres, y antes a sus discípulos varones, celebró el triunfo de su resurrección al tercer día. Por lo que sigue: "Acordaos de lo que os habló: es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, que sea crucificado y resucite al tercer día", etc. Por lo tanto, entregó su espíritu en la hora nona de la Parasceve, fue sepultado en la tarde del mismo día y resucitó al amanecer del primer día después del sábado.

Estuvo un día y dos noches en el sepulcro porque unió el brillo de su muerte sencilla a las tinieblas de nuestra muerte duplicada.

la hermana de Lázaro, "y Juana" (la mujer de Chus, procurador de Herodes) "y María, madre de Santiago" (esto es, la madre de Santiago el menor y de José). De las demás se habla en general, diciendo: "Y las demás que estaban con ellas", referían a los apóstoles todo esto. Para que la mujer no continuase sufriendo el castigo de su culpa sometida al dominio del hombre, la que le había transmitido la desgracia, le transmitió también la gracia.

En sentido místico puede decirse que las mujeres vinieron muy temprano al sepulcro, dándonos un ejemplo, para que vengamos a recibir el cuerpo del Señor tan pronto como desaparezcan las tinieblas de los pecados. Porque aquel sepulcro es figura del altar del Señor, en que los misterios del Cuerpo de Cristo deben consagrarse no en seda ni en paño teñido, sino en hilo puro, imagen de la sábana con la que José lo envolvió; porque el lienzo puro debe consagrarse. Y así como El ofreció a la muerte todo lo que tenía de humano, por testimonio de gratitud debemos ofrecerle sobre su altar, lo más puro de cuanto produce la tierra, lo más inocente y mortificado por medio de la penitencia, así ofreceremos el lino sobre el altar. Los aromas que llevaron las mujeres significan el olor que deben producir nuestras virtudes y

la suavidad de nuestra oración, con las que debemos aproximarnos al altar. La separación de la losa representa la resiembra de los misterios que estaban encubiertos con el velo de la letra de la Ley, escrita en piedra. Pero una vez quitada la piedra que cubría el cuerpo del Señor no se le encuentra muerto sino que se le anuncia vivo, porque aun cuando hemos visto vivir a Jesús en carne mortal, ahora ya no lo vemos. "Si conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos" (2 Cor 5,16). Como vemos que los ángeles se encuentran rodeando el cuerpo del Señor en el sepulcro, así debemos creer que también se encuentran tributándole homenaje en la consagración. Por lo tanto nosotros, a imitación de las santas mujeres, cuantas veces nos acerquemos a los Sagrados Misterios, debemos inclinar nuestra frente al suelo por respeto a los ángeles y reverencia a la Santa Ofrenda, recordando que somos tierra y ceniza.

Y dos de ellos, aquel mismo día, iban a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas, que habían acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús, y caminaba en su compañía. Mas los ojos de ellos estaban detenidos, para que no le conociesen, y les dijo: "¿Qué pláticas son éstas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?" Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: "¿Tú sólo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días?" El les dice: "¿Qué cosa?" Y respondieron: "De Jesús Nazareno, que fue un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes a condenación de muerte, y le crucificaron; mas nosotros esperábamos que El era el que había de redimir a Israel; ahora sobre todo esto ya hoy es el tercer día, que han acontecido estas cosas. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales, antes de amanecer, fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que El vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido, mas a El no lo hallaron". (vv. 13-24)

Esta es Nicópolis, ciudad distinguida de la Palestina que después de la guerra de la Judea fue restaurada por el príncipe Marco Aurelio Antonino, habiéndole cambiado la forma y el nombre. Un estadio -como dicen los griegos-, es un espacio de camino determinado 1, como había dispuesto Hércules, y es la octava parte de una milla, por lo tanto, sesenta estadios representan un espacio de siete mil cincuenta pasos, esto es siete millas y media. Este fue el espacio de camino que recorrieron aquellos que, estando seguros de la muerte y sepultura del Salvador, aún dudaban acerca de su resurrección. Porque nadie dudará que la resurrección -que se verificó después del séptimo día llamado sábado- está representada en el número ocho. Los discípulos que marchaban hablando del Señor habían completado seis millas del camino emprendido, porque se dolían de que El, habiendo vivido sin ofensa, hubiera llegado a la muerte que sufrió en el sexto día de la semana. Habían completado también la séptima milla porque no dudaban que hubiese descansado en el sepulcro. Pero no habían recorrido más que la mitad de la octava milla, porque no creían de un modo perfecto en la gloria de la resurrección que ya se había verificado.

Cuando hablaban de El, Jesús se aproximó y los acompañaba, para inculcar en ellos la fe de la resurrección y para cumplir lo que había ofrecido, de que "cuando estén congregados en mi nombre dos o tres, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20). Por esto sigue: "Y como fuesen hablando y deliberando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús".

Dice esto porque lo creían un peregrino, cuya cara no conocían. Y en verdad que para ellos era un peregrino, porque una vez realizada la gloria de la resurrección estaba muy distante de ellos, por lo que aparecía como peregrino para ellos, puesto que no creían aún en su resurrección. Pero el Señor pregunta: "Y El les dijo: ¿Qué cosa?". Y se pone a continuación la respuesta, cuando dicen: "De Jesús Nazareno que fue un varón profeta". Le confiesan profeta y se callan que sea Hijo de Dios porque como aún no creían con verdadera fe, y andaban con recelos de caer en manos de los judíos que los perseguían, como no sabían quién era, ocultaban lo que en realidad creían. A cuya recomendación añadieron: "Poderoso en obras y en palabras".

Con razón, pues, andaban tristes, y se reprendían a sí mismos por haber llegado a esperar que los redimiría Aquel que ya estaba muerto y en cuya resurrección no creían. Pero lo que más sentían era que había sido muerto sin motivo alguno, cuando lo creían inocente.

Notas

1 Unos 180 metros.

Y Jesús les dijo: "¡Oh necios y tardos de corazón, para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Pues qué, no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?" Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, se lo declaraba en todas las Escrituras, que hablan de El. Y se acercaron al castillo a donde iban; y El dio muestras de ir más lejos. Mas lo detuvieron por la fuerza, diciendo: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y está ya inclinado el día". Y entró con ellos. Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndolo partido se lo daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y El entonces se desapareció de su presencia. Y dijeron uno a otro: "¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?" Y levantándose en seguida, volvieron a Jerusalén; y hallaron congregados a los once, y a los que estaban con ellos, que decían: "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón". Y ellos contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan. (vv. 25-35)

Y si Moisés y los profetas han hablado de Jesucristo y han predicho que entraría en la gloria por medio de la pasión, ¿cómo puede gloriarse de llevar el nombre de cristiano quien no se ocupa de investigar de qué modo las Escrituras se refieren a Cristo? En este concepto no aspira a la gloria que desea tener con Cristo por medio de la pasión. Parece muy natural que el primero de los hombres a quien Jesús debía aparecerse era a Pedro, como atestiguan los cuatro evangelistas y San Pablo.

Y estando hablando estas cosas, se puso Jesús en medio de ellos, y les dijo: "Paz a vosotros; yo soy; no temáis". Mas ellos, turbados y espantados, creían que veían algún espíritu; y les dijo: "¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo": y dicho esto, les mostró las manos y los pies. (vv. 36-40)

Los discípulos sabían que el Salvador era verdadero hombre, puesto que habían tratado con El por espacio de mucho tiempo. Pero después que fue muerto, no creen que pudiera resucitar del sepulcro en verdadera carne. Por lo tanto, creen que ven el espíritu que salió de El en el momento de expirar. Por esto sigue: "Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían un espíritu". Aquel terror de los discípulos dio lugar a la secta de los Maniqueos.

¿Qué pensamientos, sino los falsos y recelosos? Jesucristo hubiese perdido todo el fruto de su pasión si no hubiese resucitado verdaderamente. Como si el buen labrador dijese: Lo que allí he plantado lo encontraré, esto es, la fe que baja sobre el corazón porque viene de lo alto. Pero estos pensamientos de los discípulos no bajaban de lo alto, sino que subían a sus corazones del abismo, como brota la mala hierba de la tierra.

En los que se vieron claramente las marcas de los clavos. Pero según San Juan, también les enseñó el costado que había sido abierto con la lanza, para que, viendo las cicatrices de las heridas, pudiesen curar las heridas de sus dudas. Los gentiles suelen juzgar diciendo que el Señor no pudo curar sus heridas. A éstos debe responderse que no hubiera dejado de hacer lo menor quien hizo lo mayor. Pero por sus fines especiales, el que había destruido la muerte no quiso borrar las señales de ella. En primer lugar, para confirmar la fe de la resurrección en sus discípulos; en segundo lugar, para poderlas presentar a su Padre cuando intercediese por nosotros, manifestándole la clase de muerte que había sufrido por nosotros; en tercer lugar, para demostrar siempre a los redimidos con su muerte la gran caridad que con ellos empleó, presentándoles las señales de su pasión; y finalmente, para probar la justicia con que serán condenados los impíos el día del juicio.

Mas como aún no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: "¿Tenéis aquí algo de comer?" Y ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dio diciéndoles: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: Que era necesario que se cumpliese lo que está escrito de mí, en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos". (vv. 41-44)

Para demostrarles la veracidad de su resurrección, no sólo quiso que le tocasen sus discípulos, sino que se dignó comer con ellos para que viesen que había aparecido de una manera real y no de un modo fantasmal. Por esto sigue: "Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dio". Comió para manifestar que podía, y no por necesidad. La tierra sedienta absorbe el agua de un modo distinto a como la absorbe el sol ardiente: La primera por necesidad, el segundo por potencia.

No comió después de su resurrección porque necesitase comer, ni para decirnos que necesitaremos comer después de la resurrección que esperamos, sino para enseñarnos la forma en que resucitará nuestra naturaleza corporal.

En sentido místico, el pez asado que comió el Salvador representa a Jesucristo que ha padecido, porque El se dignó estar oculto en las aguas de la humanidad, quiso ser cogido en el lazo de nuestra muerte, y ser asado en el fuego de la tribulación durante el tiempo de su pasión, pero nos ofreció el panal de miel en su resurrección. Demostró la doble naturaleza de su única persona en el panal de miel: el panal consta de cera mezclada con miel, y miel mezclada con cera, como la divinidad está en la humanidad.

Después que el Señor fue visto y tocado, y después que comió para que no pareciese que había engañado a alguno de los sentidos humanos, empezó a ocuparse de las Escrituras. Por esto sigue: "Y les dijo: éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros", esto es, cuando aún vivía en carne mortal, como vivís vosotros. Entonces había resucitado en la misma carne, pero que ya no estaba en la misma mortalidad, y añade: "Que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés", etc.

Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: "Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase al tercer día de entre los muertos, y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas, y yo envío al Prometido de mi Padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto". (vv. 45-49)

Después que el Señor se dejó ver y tocar, les recordó lo que decían las Escrituras, y a continuación les abrió el entendimiento para que entendiesen lo que leían. Por esto sigue: "Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras".

Jesucristo hubiese perdido el fruto de su pasión si su resurrección no hubiese sido verdadera. Por ello dice: "Y resucitase de entre los muertos", etc. Después de probar la realidad de su cuerpo, recomienda la unidad de su Iglesia, añadiendo: "Y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones".

No sólo porque a los de Jerusalén venía confiada la revelación divina y tenían la gloria de haber sido adoptados como hijos, sino porque como se habían contaminado con algunos de los errores de los gentiles, debían ser los primeros llamados a tener la esperanza de alcanzar la piedad divina, en virtud de la que podían obtener el perdón aun aquéllos mismos que habían crucificado al Hijo de Dios.

Acerca de este poder, es decir, del Espíritu Santo, el ángel dijo también a María: "Y la virtud del Altísimo te cubrirá" (Lc 1,35). Y el mismo Señor en otro lugar: "Porque he conocido que ha salido de un poder de mí " (Lc 8,46).

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos les bendijo; y aconteció, que mientras los bendecía, se apartó de ellos, y era llevado al cielo. Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con grande gozo. Y estaban siempre en el templo, loando y bendiciendo a Dios. Amén. (vv. 50-53)

Omitiendo todo lo que el Señor había hecho con sus discípulos en el espacio de cuarenta días, el evangelista pasa del primer día de su resurrección al último día en que subió a los cielos, diciendo: "Los sacó fuera, hasta Betania". Ante todo, por lo que dice el nombre de la ciudad -que quiere decir casa de obediencia - entendemos que el que había bajado del cielo por la desobediencia de los malos, subió por la obediencia de los convertidos. Además, por el lugar que ocupaba la ciudad (que según se dice estaba a la falda del monte de los Olivos), porque la casa de la Iglesia obediente debía estar a la falda del monte mismo (esto es, de Cristo), en donde ha colocado los fundamentos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Bendijo a quienes había mandado enseñar. Por ello sigue: "Y alzando las manos los bendijo".

Habiendo subido el Señor a los cielos y habiendo adorado sus discípulos el último lugar que pisaron sus pies, volvieron apresuradamente a Jerusalén, en donde se les había mandado esperar la promesa del Padre. Prosigue: "Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron", etc. Estaban embargados de una grande alegría, porque después del triunfo de la resurrección, habían visto a su Dios y Señor penetrar en los cielos.

Obsérvese que San Lucas se distingue por el toro, entre los cuatro animales del cielo, porque el toro se ofrecía como víctima por los sacerdotes, y en atención a que se ocupó del sacerdocio más que los otros evangelistas. Además empezó su Evangelio por el ministerio sacerdotal de Zacarías en el templo, y lo concluyó con la reunión de los apóstoles en el templo, no ofreciendo sacrificios cruentos, sino como ministros del nuevo sacerdocio, alabando y bendiciendo a Dios, para prepararse así a recibir dignamente la venida del Espíritu Santo.